

BOSCÁN ALMOGÁVER, JUAN (CA. 1487-1542)

LIBRO III

INDICE:

LEANDRO

CAPITULO

ESPISTOLA

EPÍSTOLA DE D. DIEGO DE MENDOÇA A BOSCÁN

RESPUESTA DE BOSCÁN A DON DIEGO DE MENDOÇA

OCTAVA RIMA

LEANDRO

Canta con boz süave y dolorosa,
¡oh Musa!, los amores lastimeros,
que'n süave dolor fueron criados.
Canta también la triste mar en medio,
y a Sesto, d'una parte, y d'otra, Abido,
y Amor acá y allá, yendo y viniendo;
y aquella diligente lumbrezilla,
testigo fiel y dulce mensagera
de dos fieles y dulces amadores.

¡O mereciente luz de ser estrella
luziente y principal en las estrellas,
que fueron desd'acá al cielo embiadas
y alcançaron allá notables nombres!
Pero comiença ya de cantar, Musa,
el proceso y el fin de'stos amantes:
el mirar, el hablar, el entenderse,
el ir del uno, el esperar del otro,
el desear y el acudir conforme,
la lumbre muerta y a Leandro muerto.

Sesto y Abido fueron dos lugares,
a los cuales en frente uno del otro,
ést'en Asia y aquél siendo en Europa,
un estrecho de mar los dividía.
Con sus ondas Neptuno en ellos dava;

oíanse los gallos y los perros
de'ntrambos y los humos se topavan.

El dios d'Amor contra estos dos lugares,
por su plazer o por lo que'l se sabe,
su mano convirtió con tanta fuerça,
que aun hizo mayor mal del que pensava;
y en ambos dio con una sola flecha,
dando en el corazón d'un gentil moço
y en otro corazón d'una donzella,
los nombres de los cuales eran estos:
era Leandro el dél, y el d'ella Hero,
iguales en linage y en hazienda,
en valer, en saber y en hermosura.

Él estava en Abido y ella en Sesto;
d'ambos lugares, ambos eran gloria,
honra y plazer de sus contentos padres,
aunque tamaño bien, algunas vezes,
en tanta mocedad le recelavan.
En Sesto, un'alta torre Hero tenía,
sobre la mar, en buen asiento puesta,
dentro en la cual morava, repartiendo
sus oras en onestos ejercicios,
para vivir sabrosa y cuerdamente.

Este lugar sus padres se le dieron,
pero no se le dieron por guardalla
con guardas, ni con premias, ni estrechezas.
Su misma voluntad era su guarda.
Su vivir era libre, mas no suelto;
haziendo su querer quanto quería,
no hazía sino lo razonable;
y en esta discordançia concordava.

Alegre'stava, 'stando retraída,
no buscava solaz ni pasatiempos,
antes los pasatiempos la buscavan.
Virgen y virginal su vivir era;
no andava en competencias ni asonadas,
ni en cuentas con agenas hermosuras.
Tan apartada de tener imbidia
estava, que, aun de quien se la tenía,
se dolía entre sí y se lastimava.

En tanto que esta vida ella sostuvo,

no pudo Amor entralle en su morada,
porque subir no suele a'scala vista,
ni suele romper muros, ni por fuerça
entrar donde l'echan con buen tiento.
No vence a quien no quiere ser vencido.
Sólo para ladrón dizen que's ábil,
y nunca os hurtará cosa que valga,
sino cuando's verá que'stáis durmiendo,
o cuando'stéis en gran tropel de gente,
adonde vanamente'stéis atento.

Allí se os meterá no sé por dónde,
y hurtándoos lo mejor y más guardado,
nunca lo sentiréis, hasta ya cuando
con la mano tentéis lo que allí os falta.

Esto halló por prueba esta señora,
que mientras' estuvo dentro de sus puertas,
el amor no osó entrar a fatigalla.
Mas luego que salió do andava gente,
con maña le hurtó sus muchos bienes,
tanto, que la dexó pobre de rica.

Ella bivía, según havemos dicho,
recogida en su torre cueradamente
y embuelta en ejercicios virginales;
con sacrificios santos y continos
trabajava en placar a la gran Madre
del Niño, que jamás pudo placarse.

Mas esto no valió contra su'strella,
porque la triste, en fin, de pasar uvo
por do sus tristes hados la pudieron
poco a poco llevar, con blanda fuerça.

Llegava la sazón del santo día,
los sestios en el cual solenizavan
la gran fiesta de Venus y d'Adonis.
Cubiertos los caminos y los campos
ivan de gente alegre y presurosa,
los unos caminando con silencio,
los otros con cantar alegres himnos,
hazia'l templo dond'eran estas fiestas.

Ni hombre ni muger uvo en las islas
del Egeo, ni en todo el Helesponto,

ni a donde en la Cithere enciensos queman,
que aquestos sacrificios no acudiesen.
Muchos de Cipro y muchos de Thesalia
fueron aquí, y Phrigia y las montañas
del Líbano quedaron despobladas.
Pues tras éstos, ya veis, si los de Sesto
y d'Abido pudieron escusarse
d'acudir, por su parte, en tal jornada.

Todos fueron en son d'alegre fiesta,
ceñidas sus cabeças d'arrayanes,
diversidad de flores esparziendo,
flores que Amor y amores influían.
Los mancebos, en quien la sangre hierve,
de la solenidad curavan poco;
no curavan sino de las mugeres.
Vían entrar las unas y las otras:
de las unas notavan hermosura,
de las otras notavan otras gracias.
Ellos estando así, veis donde asoma,
por la más principal puerta del templo,
Hero, la virgen generosa, ilustre.
Entrava con sus rayos d'hermosura,
acá y allá mil gracias descubriendo,
mil gracias que'ncubrir no se podían.

Como salir la blanca aurora suele,
con su color las rosas imitando,
y el oro figurando en sus cabellos;
y al su salir, las gentes s'alboroçan
y empieçan a sentir nueva alegría,
renovándose en sus viejos trabajos:
así salió la virgen, cuando entrava
por el templo de Venus, y así iva,
haziendo'star atentos mil sentidos.

Movía con su gesto, y refrenava,
cuantos eran allí, y en un momento
contrarios accidentes produzía.
En su cuerpo su alma se mostrava,
y víase también claro en su alma,
que a tal alma, tal cuerpo se devía.
Levantava los ojos a su tiempo,
sin parecer que s'acordava dello,
dando con un descuido mil cuidados.

El andar, el mirar, el estar queda,
andavan en tal son que descubrían
un cierto no sé qué tan admirable,
tan tendido por todo y por sus partes,
con tal orden y fuerza recogido,
que era imposible dalle lugar cierto;
y con su luz tan presto dava el golpe,
que sin herir, al parecer, matava,
como rayo que mata al primer punto.

Las tres gracias, que dicen los poetas
que no son sino tres, eran en ella
infinitas, según todos dezían.
Unos dezían: «Si Júpiter la viera
los días que acordó d'andar vagando
en diversas figuras trasformado,
¡cuán lexos fuera Leda de ser madre
de Cástor y de Pólux y d'Helena!,
¡y cuán lexos de ser Dánae burlada,
sintiéndose llover oro en sus haldas!»

Dezien otros: «Por ésta fuera bueno,
no por Briseis, desavenirse Achilles
d'Agamenón, y'starse así en su tienda
cantando y lamentando sus congoxas,
y dexando morir los tristes griegos
debaxo de la cruda'spada d'Héctor.»
«¡O si alcançase –sospirava el otro–
tenella por muger siquiera un'ora,
y en sus braços me resolviese todo,
como al sol, nieve, o como cera al fuego!
En tanto bien, tal brevedad sufrirse
podría con razón, pues no s'á visto
que tanto bien no s'acabase presto.»

Acudía, tras éste, otro mancebo,
diziendo: «Yo, en Esparta y en Athenas,
y en la ciudad Lacedemón, é'stado,
adonde ay competencias d'hermosuras,
y adonde sus thesoros puso Venus,
mas nunca vi belleza en tanto grado,
que igualar a la désta se pudiese.»
Dezía más: «Mis ojos son vencidos
de tanta luz, de contemplar tan alto,
mas la parte inmortal nunca se vence
del manjar natural de quella bive.»

Otros eran allí más sensüales,
con vulgares palabras y acidentés,
y'stávanse diziendo unos a otros:
«¡Quién pudiese saber adónde duerme,
para tocar la ropa donde s'echa!
¡O quién besase agora donde pisa!
¡O quién siquiera su pariente fuese,
para poder hablalle algunas vezes,
o, si no su pariente, su criado,
para servilla de cualquier oficio!»

Estas tales razones y otras muchas
dezían todos estos con ardientes
sospiros y alborozos entrañables.
Solo, Leandro calla y solo muere,
solo cierra su boca y aun sus ojos,
apretándose en su profunda llaga.
Como el doliente que su muerte teme,
que no osa dezir donde le duele,
y de miedo del mal se da por sano,
de flaco y d'apretado haziendo esfuerços,
así el cuitado de Leandro'stava
sintiéndose venir su muerte cerca.

Conoció la saeta emponçoñada,
vio la mano de donde salió el tiro,
sintió que al corazón l'acudió el golpe,
entendió más, cuál llaga se le hizo,
y concluyó que por manera alguna
no podía escaparse de la muerte.
Pero, desengañado, se'ngañava,
y dávas'antender que biviría,
y viendo la verdad, se dava maña
a creer no sé cómo la mentira.

Él, luego que la virgen vio en el templo,
estuvo sobre sí como espantado
d'un tan grande milagro d'hermosura.
Y en verdad quisiera hallarse lexos
d'un peligro tan presto y tan estraño,
y diera, por entonces, todo el gusto
y todo el bien, de ver un bien tamaño,
por no verse en un mal de tanto aprieto.

Tras esto, rebolvió su sentimiento,

y empezó a recibir aquella vista
d'aquel sol que aserenava el mundo.
Dexó estender sus rayos por su alma,
hechando su calor y luz por ella,
y así l'esclareció, y él levantóse
con nuevos alborozos levantados,
y empezó con Amor a entrar en cuenta,
acordando de no dexar morirle.

El esperanza, allí, vino a su tiempo,
prometiéndole muy fundadamente
cosas que ya el deseo le pedía.
Y allí el fuego'stendió sus bivas llamas,
y empezaron a hazerse grandes torres
d'amor y de verdad, y no de viento.
Él echava sus ojos en los della,
y ella también alguna vez alçava
los suyos hazia él, de tal manera
qué'l no podía bien certificarse
aquello si era acaso o si era adrede.

Con esto, andava Amor más en su fuerça;
mas como quiera, en fin, que aquesto fuese,
si los ojos d'entrambos se topavan,
allí era el salir a recibirse,
allí era el mezclarse de las almas,
no embargante que aquella de Leandro
la mayor parte del camino andava.

Las saetas d'Amor eran espesas,
de los ojos al corazón bolavan,
y allí luego la yerva s'embolvía
con la más pura sangre que topava.
A él, tres cosas le ocurrieron juntas,
cada una en su grado por extremo,
con las cuales Amor se muestra fuerte:
hermosura y linage y clara fama,
que'n esta virgen reluzían todas,
y alumbravan en ella otras mil gracias.

Con esto, y con aquello que emos dicho,
y con lo más que mi'scrivir no alcança,
Leandro'stava tal, que le convino
emprender de seguir do Amor quería.
Y así, puestos los ojos en el gesto
della, y un poco más osadamente

mirándola, empezó de dar indicios
de temor y d'amor y de deseo.

Viose dentro en el campo ya metido,
y vio cómo s'avía descubierto,
al primer punto, más que no deviera.
Pero tornar atrás no convenía,
porque'n peligro tal, lo más seguro
es osar más, después d'aver osado.
Acidentes contrarios l'acudieron,
atónito quedava muchas vezes,
y algunas un gran ímpetu le dava,
con esfuerço mayor del que'l quisiera.

Luego, después, su corazón temblando,
se le tornava atrás, y s'encogía,
arrepentido bien de sus esfuerços.
Veníale tras esto una vergüença
de mil miserias, que de cosas grandes
Amor muy presto la vergüença quita.

Mas el deseo, en fin, atizó el fuego,
y en gran parte quitó los movimientos
del triste miedo y del grosero empacho.
Y así, cobrando esfuerço poco a poco,
movió sus pies el afligido amante
hazia dond'ella'stava al otro cabo.

¡Cuántas vezes estuvo por tornarse,
cuántas vezes quisiera hallar estorvo,
y cuántas no quisiera ser nacido!
Parecíale bien mudar acuerdo
o diferir lo començado un poco.
Mas, en fin, no podía, y así andava
cayendo y levantando en sus deseos.

Y al cabo, no sé cómo, vacilando,
y sin determinarse, hizo cosa
mucho mayor que uviera jamás hecho
un fuerte corazón determinado.
Porque'l llegó bien cerca donde'stava
ella, y allí delante se le puso,
y empezó con los ojos d'hablalle
tanta verdad, que presto fue entendido.

A ratos la mirava con cautela,

arrebatando presto alguna vista,
a hurto de la gente que allí andava.
Otras vezes, se trasportava todo,
y sin tener en sí cuenta con nada,
abría los sus ojos ciegamente,
dexándolos topar en aquel rostro,
do su bien y su mal estaban juntos.

Descubría su alma en su momento,
y allí, después d'averse descubierto,
disimulava tan de veras, luego,
como si allí disimulara siempre.
Estos tan verdaderos sentimientos
que Leandro mostrava en cien mil cosas,
tanta fuerça tuvieron sobre Hero,
que, quanto a lo primero, la movieron
a cierta vanidad y loçanía,
que l'hazían pensar su hermosura,
teniéndola contenta de sus gracias.
Este gusto ya veis que, una por una,
Leandro se le dava, porque'l era
en quien ella a sí misma contemplava.

Seguíase d'aquí ser agradable
a ella, él, pues él era la causa
de quien ella su gusto recibía.
Aquesta fue la principal entrada,
la primera, a lo menos, por dond'ella
al deleite empeçó d'abrir la puerta.

Començó a querer bien muy sanamente,
sanamente según ella entendía,
mas este su entender era engañoso.
Debaxo de'sta sanidad andava
la pestilencia, entrando por las venas,
esperando matar súpitamente.

Y la razón estava descuidada
con el bien aparente, y no creía,
por su bondad, sino qu'era muy bueno
sentir una ternéz, una blandura,
un buen contentamiento moderado,
conforme al bien de nuestro ser humano.
Con estas cosas Hero fue engañada,
con esto Amor sus tratos componía,
con estos echadizos era cierta

la traición, que'stava muy secreta,
para salir en oportuno tiempo.

Concebido, pues, ella, el sentimiento
que vio salir del gesto del mancebo,
abaxó los sus ojos blandamente,
con una pura y virginal vergüença,
que luego se'stendió toda en su rostro;
y un no sé qué le puso d'hermosura
por encima d'aquel que ya tenía.
Abaxó los sus ojos, como digo;
luego, después, los levantó a su tiempo,
bolviéndos'a Leandro mansamente.

Mas esto fue con ademán tan cuerdo,
que'l seso se mostró muy descubierdo,
y d'Amor pareció sola una sombra.
Sintió Leandro en l'amorosa flecha
salida del mirar de'sta donzella
un gozo tal, con una tal blandura,
que si no aconteciera en los comienços,
que suelen ser alborozados todos,
en lágrimas parara este accidente.
¡Tanto se'nterneció el alma del moço!

En fin, él s'alegró d'una alegría
confiada, de ver que era admitido
su corazón en el corazón della.
Mas este sentimiento fue tan alto,
y vínole este bien tan sin pensallo,
que, sabiendo por do se confiava,
temía sin saber por dó temía.

Como aquel que, 'n descuido, cosa nueva
de lexos ve, que calla y'stá quedo,
y entre sí con silencio s'alborozça,
mirando bien sus ojos si le'ngañan,
y al cabo no se fía en lo que vee,
hasta tanto que claro lo á juzgado:
así Leandro'stava temeroso,
no temiendo porque su bien no viesse,
mas porque l'iva tanto en no engañarse,
que'n esto de sus ojos no fiava,
ni fiava tampoco de los della,
los cuales claramente le mostravan
un puro amor con un encogimiento,

que suele andar embuelto casi siempre
con las cosas que'l hombre tiene en tanto,
que teme a cada paso que an de'rrarse.

Mas, en fin, como quiera que'sto fuese,
el alma dél sintió, como de lexos,
un ardor y una luz, que la movieron
a deseo, 'sperança y alegría.
El deseo empeçó a tomar la mano
siguiendo el esperança por sus pasos.
Y así'stava Leandro deseando
y'sperando su bien, y componiendo
mil formas d'alcançar lo que quería;
tanto que allí pensó y determinóse
de llegar y d'hablar a su señora,
o bien o mal, como mejor pudiese.

Mas porque'l templo donde ellos estavan
era lleno de gente y mil mancebos
y mugeres, que's más, ivan cayendo
en esto que aora os cuento d'esta istoria,
a él le pareçió mejor consejo
esperar que la noche con su manto
ocupase los ojos siempre ociosos,
en las vidas ajenas ocupados.

Y así, entre tanto qu'él esto'sperava,
l'Aurora que a Titón bolver quería,
por descansar en sus amados braços,
por las puertas se entró del Oçidente.
Y allí, tras ella, el sol con sus cavallos
cabullióse en la mar del viejo Atlante.
Entonces las tinieblas se'stendieron
por la haz de la tierra, poco a poco.

Y el templo, do los dos amantes eran,
tomó la'scuridad que convenía
al caso que tratamos, y aun a todos
los casos que enridar suele Cupido.
Leandro, desde vio oportuno el tiempo,
a Hero se llegó, con tanto miedo,
que apenas pudo Amor obrar su fuerça.

Provó a callar y estarse padeçiendo
su miseria entre sí, pero no'stava
tan de'spacio, que'star callando osase,

y así empezó de hablar, su boz temblando,
sus rodillas también, que no podían
la carga sostener del triste cuerpo.
Dixo mal su razón, y por mal cabo.

Mas este su dizir tuvo más fuerça
y pudo más, de solo poder poco,
que si fuera el mejor, y el más ornado,
el más ardiente, y copioso'stilo,
que fue'l de cuantos fueron celebrados,
en Roma y en Athenas, en el tiempo
que la dulce eloqüencia competía
con el furor de las luzientes armas.

Su embaraço fue tal, y su turbarse,
que, con sólo mostrar muestras de miedo,
mostró, con puro amor, puro deseo.
Y mostró más, estar determinado
a la muerte que Amor quisiese dalle.
Ella, que'sto entendió tan a la letra,
que ni fue menester querer creello,
ni atenerse a testigos ni a argumentos,
ni discurrir razones necesarias,
para alcançar una verdad tan grande,
como en un punto vio el alma tendida,
de su amador, y vio todas sus llagas,
así también vençida fue en un punto.

Y en un punto fue hecho lo que'l tiempo
jamás pudiera hazer, por más que pueda
bolver y rebolver la mortal gente.
En Leandro bolvió a encenders'el fuego
con el calor que'n Hero vio movido.
Y así se fue esforçando entre sí mismo,
y su pasión templando por un rato.
Sus ojos rebolvió por todo el templo,
y viendo bien que nadie no le vía,
aseguróse lo mejor que pudo.

Y con acatamiento conveniente,
començó a hablar con coraçón más firme,
no diziendo regalos ni dulçuras,
no requiebros, según la vulgar gente
los llama; no razones bien compuestas,
no palabras pensadas en la noche,
no mentiras en forma de verdades,

ni verdades en forma de mentiras;
no dezía sino puras llanezas,
habladas llanamente y con descanso,
que siempre la verdad es descansada.

Ella'stava escuchando todo aquesto
con un callar atento a las palabras
que oía, con bolverse algunas vezes,
agora colorada, ora amarilla,
d'amarillez que apenas se mostrava.
Señalava, otra vez, algún empacho
con varios y confusos movimientos;
componía, sin tiempo, sus cabellos;
la mano alçava a concertar su toca;
no hallava lugar para su manto;
acá y allá, le andava rebolviendo
sin saber cómo'star, cómo ni dónde.
Mesurava, tras esto, su semblante,
no por hazerse grave o desdañosa,
mas por quitar de sí el desasosiego,
que'l temor y el empacho le traían.

Entre'stos accidentes, en fin, uvo
de dexars'ir y de entregarse un poco
al blando amor, al dulce sentimiento,
que a formarse en su alma començava.
Dieron desto señal, luego, los ojos,
y en Leandro empeçaron a meterse,
con una tal blandura y caimiento,
que'l triste amante se sintió cortados,
de seso y libertad, todos los nervios.

Y así, sin más, sin ver lo que hazía,
perdido el miedo que'l amor le dava,
perdido el conocer del desacato
perdido el contemplar del valer della,
perdido el contentarse con miralla,
perdida la memoria de sí mismo,
perdida, en fin, la fuerça de su alma,
atrevióse a tomar la mano d'Hero,
d'Hero la mano s'atrevió a tomalla.

Mas esto fue con un ardor tamaño,
d'una congoxa tal, tan entrañable,
con un gemir tan baxo y tan profundo,
de su necesidad tan gran testigo,

que desculpó la culpa del pecado.
Y el merecer, tan junto al pecar, vino,
que no sé cuál fue más, ni cuál primero.

Ella, al punto que vio tan nuevo hecho,
y se sintió tan presto salteada,
no supo qué hazer de sí, ni supo
sino quedar tan atajada d'esto,
que ni pudo star brava ni enojarse,
ni pudo atrás tirar su blanca mano,
por no dar a entender lo que'ntendía,
y por disimular consigo misma,
lo que después disimular no pudo.

Así que, 'stando onesta, 'stuvo queda
como'stuviera'stando desonesta.
La vergüença, tras esto, variava
sobre'lla, rebolviendo, por otr'arte,
por do movió nuevo accidente en ella.
Porque después que'stuvo como dixe,
sin hazer movimiento de atajada,
començóse a encender su sangre un poco,
dentro en su corazón moviendo saña.

Mas esto sólo fue para animalla
a querer defender algo su punto,
y así empeço a tornar atrás la mano,
cubierto de color su lindo rostro,
arredrándose un poco de do'stava,
como suele parars'el alondrilla,
en mitad del tendido y raso campo,
cuando el bravo alcotán sobre'lla mueve
las alas, meneándolas al viento;
de miedo'stá la cuitadilla queda,
elada, yerta, el corazón pasmado;
mas si cobra después algún esfuerço,
métese'n algún surco por reparo.

Leandro, que'ntendió tales mudanças,
y un contraste tan grande d'acidentes,
viose tener la suya sobre'l hito.
Y así llevo a tomalla por el manto,
provando d'apartalla de la gente,
hazia un lugar que'stava más escuro.
Ella, movida entonces con más saña,
ni se dexó llevar por dond'él quiso,

ni sobre'l manto le sufrió la mano.
Mas buelta sobre sí, con grave gesto,
semejantes palabras de'stas dixo:

«¡O hombre, que veniste por mal tuyo,
a este templo, a deslustrar mi honra,
sin entender cuán gran locura emprendes!
¿No sabes tú que soy sierva de Venus,
y virgen, y por virgen que la sirvo?
¿No sabes tú, los hombres de mi sangre,
que te castigarán si saben esto?
¿Y no sabes, también, que'stoy criada
en gran encerramiento con mis padres?
¿Y que nunca salí? Querer llegar
al lecho virginal es cosa dura.
¡Vete, y jamás parezcas do'stuvia!»

Esto dicho, calló como vençida,
con lágrimas venidas a los ojos,
pero bueltas atrás, luego en un punto.
Leandro, aunque oyó tales palabras,
que a los oídos le sonaron fuertes,
dentro en ella sintió cierta blandura,
que montó más que'l triste son de fuera.
Y así no desmayó, antes fiando
d'un dulce enternecer, que'n sí sentía,
soltando la su boz así responde:

«¡O señora, y gran reina d'hermosura,
tanto, que competir puedes con Venus
y en saber puedes ser otra Minerva!
Yo muy bien sé que todo lo que as dicho
es gran verdad, sin recibir contrario,
y sé muy bien cuán gran locura emprendo.
Mas el amor ningún peligro escucha,
ni por dificultad suele atajarse.
Constreñido por él, a tus pies m'hecho,
ofreciéndote'l alma por don grande
para Dios, cuanto más para los hombres.

El cuerpo á d'ir tras ella en compañía
súfrele, pues es cuerpo de tu alma,
que la mía es ya tuya puramente,
por ley d'Amor escrita en nuestras almas,
y más que te la doy, y tú la tienes.
Yo vine aquí, como an venido muchos,

puesto que como yo nadi ha venido,
y vine así al bulto de la fiesta,
por ver, mas no ¡cuitado! por ver tanto.

¡O cuánto mejor fuera! Pero, al cabo,
lo que á de ser no puede prevenirse.
Vite'ntrar por la puerta de'ste templo
tal, que no ay para qué gastar palabras
en querer explicallo, cuanto más,
que cosa que no cabe en el sentido,
mucho menos cabrá en ninguna lengua.

Al cabo, yo te vi, señora mía;
tras esto, no sé yo más qué dezirte.
No sé sino que'stoy puesto en tus manos,
herido mortalmente de tu mano.
Herísteme, y quizá tú no lo piensas;
pues ¿cómo pensarás en el remedio?
Si no puede'l amor que'n mí conoces
en ti hazer el fruto que devría,
mi gran necesidad te mueva un poco,
sabiendo que por ti me veo en ella.

Acuérdate qué as dicho, que'res sierva
de Venus y que'stás puesta en servilla.
Si esto es así ¿no sabes que'sta reina
es reina principal de cuantos aman,
y a éstos da favor, y éstos son suyos?
¿No as oído dezir, cuando ella pone
al duro corazón su blanda mano,
que todo lo más fuerte s'enternece?
¿El Amor, no t'an dicho que's su hijo,
nacido de mitad de sus entrañas,
y ella también de Júpiter nacida,
ques dios benigno y amador muy grande?

Y el proprio y natural oficio dellos
es acordar las discordantes almas.
Ama si quieres, pues, ser agradable
al hijo, y a la madre y al agüelo.
Las vírgines irán tras su Dïana,
en soledad de vida, por los yermos.
Tú, y las que'stáis a Venus consagradas,
en lecho conjugal havéis de veros.
Tu santa religión, sagrada y pura,
será corresponder, por igual peso,

al punto del amor que te presento,
atándote en la ley del matrimonio.

Tú ves cómo me tienes, y en qué paso;
entrégame al oficio que quisieres;
si quieres tanto onrarme que me quieras
por marido y por siervo, yo soy tuyo,
venido aquí por Venus embiado;
y herido de la flecha de su hijo,
huyendo del morir, con la saeta
travesada en mitad de mis entrañas,
vengo a caer de ojos en tus manos.
Así embió Mercurio al fuerte Alcides
al servicio de Jardane donzella,
sus fuerças al chapín della entregando.

¿Tú no as leído el caso de Atalanta,
virgen d'Arcadia, hermosa estrañamente,
que, por guardar su donzellez entera,
al triste Melanión fue tanto cruda
que le hizo pasar cien mil martirios,
hasta que Venus, enojada d'esto,
así la castigó de sus cruezas,
que so los pies de su amador la puso?

Y alguna vez no le valieron lloros,
ni le valió llamarse desdichada,
ni al cielo levantar sus tristes ojos.
No pienses que te traigo a la memoria
estas istorias por traerte enxemplos,
que donde la razón está tan clara,
escusado será cualquier enxemplo.
Dígolo por dezirte lo que pasa,
porque no yerres contra la que sierves.

¡Qué gran error sería si tú errases!
D'esto tengo cuidado y esto miro,
que lo que a mí me toca no lo pienso.
En mí muy poco va que yo me pierda
por lo que soy; va mucho, por ser tuyo:
si agora é de perder, todo es perdido,
poca pena será tan breve cuenta,
do no abrá que contar sino dos puntos:
o servirte y bivar para ti sola,
o apartarme y morir generalmente.»

Después que de lo hondo de su pecho,
uvo Leandro echado estas razones,
no dixo más, sino que con solloços
habló callando lo que hablar no pudo,
de lágrimas cuajada su garganta.
Con esto, y con lo más que é referido,
Hero acabó de verse sometida
al yugo del amor que tanto puede.

Y así, sin replicar palabra entonces,
sus ojos abaxó con cierto empacho,
no de cosa que'n sí viese mal hecha,
sino de lo que vio que se sentía,
que le mostrava ya lo venidero.
Así que cuanto más los accidentes
blandos d'amor al corazón l'entravan,
tanto más la vergüença l'apretava,
porque ésta en los principios trae su cuenta.

Ella mostrava mil señales d'esto,
ascondiendo su gesto algunas vezes,
queriendo hablar y enmudeciendo luego.
Pero poniendo, en fin, todos sus ojos,
d'una parte, en el rostro de Leandro,
el cual era notable en hermosura,
y d'otra, en el dolor que'n él se vía,
que bastara a romper cualquier dureza,
determinóse a posponello todo
y d'entregarse a la más blanda parte.

Parecióle también que no hazer esto
era crueza de persona fiera,
y que'ra culpa, y pareciera mal,
dexar morir así un hombre tan noble;
un hombre que tan presto supo amalla,
un hombre tan hermoso y de tal casta,
que bien vio en él l'alteza de su sangre;
un hombre que'n su gesto señalava,
en armas, corazón y en paz buen trato,
un hombre tal, en fin, que'lla le amava.

¡O Polimnia, ya agora el tiempo pide
que te vuelva a pedir algún socorro
con que des a mi canto un nuevo aliento!
La noche, con su buelo, ya encumbrava
el alta cumbre del luziente cielo,

y las estrellas decendiendo davan
a los mortales la sazón del sueño,
cuando Hero se vio puesta en el punto,
no de dormir, sino d'abrir sus ojos,
y su boca a dezir su triste suerte.

Y así, con su blandura declarada,
a su dulce amador replicó esto:
«Amigo mío, que este nombre es tuyo,
y así t'é de llamar yo dend'agora,
¿qué dicha o qué desdicha á sido ésta?
¡Que ayas puesto los pies en esta tierra
para mover así mi entendimiento
con nuevos y diversos pensamientos!
Tus palabras m'an puesto en lo que vees;
¡que no sean palabras Dios lo quiera!
Si me'ngañas, no sé lo que se's esto,
que no merezco ser de ti engañada.
Començar a quererte, ya pasara;
disimulando como muchas hazen,
todo fuera sentir algún trabajo.
Pero verme cuitada en un momento,
los términos pasar todos d'un golpe,
y, en partiendo, llegar al postrer punto,
es cosa que quiçá nunca s'á visto.

Esto que agora aquí contigo paso,
ya puede ser que muchas lo an pasado
consigo solas, o con sus amigas,
con ellas descansando de sus males.
Mas yo, pasallo así, sin más rodeo,
contigo, de quien yo devo guardarme,
Amor esto no sé si puede hazello.
Sospecho que's algún pecado mío,
o quiçá la sobervia de mis padres,
que siempre confiaron de mí tanto,
que alguna vez, oyendo hablar d'algunas
que uvieron por amor hecho algún yerro,
luego dezían: —¡Cuán lexos nuestra hija
de verse en otro tanto, por más fuertes
que fuesen los combates que le diesen!

¡Tristes d'ellos, que así s'an engañado!
¡Triste de mí, que así les é salido,
tan al revés de como me'speravan!
Mas ¿para qué son ya tantas querellas?

¡Qué'n fin mi voluntad es la culpada,
y así lo quiero yo que'lla lo sea!
Con todo, no querría tal extremo;
bien huelgo de quererte, mas no tanto;
que'n lo mucho'stá el mal y'stá el peligro
y está el temor d'errar contra mi honra;
y el sospechar que te parezco mal.
Y estoy aquí del arte que me vees;
tú mira un poco por lo que conviene,
a poder abonarme yo conmigo,
y a no perder al mundo la vergüença.

Quererte por senyor y por marido,
¡juzga tú mismo aquí si é de querello!
Pero ¿cómo será, que abiertamente
no podrá ser, que no querrán mis padres,
que a mi virginidad m'an dedicado?
Pues a hurto tampoco veo cómo
se pueda hazer que no lo entiendan todos.
Los hombres d'esta tierra andan baldíos,
no entendiendo sino en vidas ajenas;
si acaso por Abido andar te vieren,
de rastro sacarán todos tus pasos.
Tú, solo y tan turbado como dizes,
¿podrás así engañar a todo un pueblo?
Lo que solo contigo abrás pensado,
pasmado quedarás, dende a dos oras,
de ver que anda vertido por las plaças.

Mas, dexándolo todo a tu jüizio,
tiempo será que sepa yo tu nombre,
y que sepa la tierra do naciste;
esto me di, que todo lo demás
que yo agora podría preguntarte
tú ya me lo dixiste, antes d'hablarme.

De mí, si saber quieres otro tanto,
a mí me llaman Hero, y es mi patria
Sesto, una gran ciudad que oy avrás visto;
cabe la cual parece un alta torre,
pegada con la mar sobre una peña;
mi aposiento es allí, donde'stoy sola,
con una sola dueña que me sirve,
mi mocedad pasando estrechamente.

No ay ver fiestas allí, ni otros plazerés,

o de bailar o d'otros regozijos
con que suele la gente alborozarse.
Los vientos son los músicos continos,
que a medianoche siento a mis ventanas;
las olas a su son andan bailando,
saltando por las peñas tan sin arte,
que temo alguna vez que no me lleven,
desd'allí donde'stoy, puesta en lo alto.
Pero'sto no es nada; la costumbre
holgar me haze ya con esta vida.

Lo que sufrir no puedo sin gran pena
es no tener con quien descansar pueda,
agora en especial, que tanto tengo
que descansar, cuitada; pero vaya
que si contigo descansar no puedo,
poco aprovechará cualquier descanso.»
Atajada quedó en diziendo esto,
y así calló, sus ojos en el suelo,
cogiendo su cabeça entre los ombros.
Leandro, que subir se vio tan presto
a un estado tan alto de fortuna,
dexóse'star así por un buen rato,
sin saber responder a tanto gozo.

Su corazón se'nterneció del todo,
dando en llorar, mas fue muy diferente
este llorar d'un otro que emos dicho.
Las lágrimas que fueron de dolor,
en lágrimas d'amor se convirtieron.
Ya después que s'abrió con esto un poco
su alma, y tornó en sí, cobrando fuerças,
dixo: «Señora, tras un bien tan alto,
¿qué á de dezir un hombre, que's tan baxo?

A bienaventurança nunca vista,
palabras nunca dichas se merecen.
Aquestas no las ay en mí ni en otro;
lo que tengo t'é dado, que's el alma;
en ésta'stán las obras y palabras;
tómalo todo junto, si no en partes,
del arte que tú misma lo quisieres.

Yo me llamo Leandro y soy d'Abido,
que's un lugar que'stá en frente del tuyo;
el Helesponto ves como'stá en medio;

duro estrecho de mar para nosotros,
no embargante que a mí, el trabajo en esto,
descanso me dará en cualquier trabajo,
y el peligro porná mayor esfuerço.

Todavía la mar nos está en medio;
duro estrecho d'amor que nos aparta
los cuerpos, ayuntándonos las almas;
mas tú me das aliento para todo,
y házesme ver lo que las gentes dizen,
y dízenlo quiçá porque lo oyen,
mas no porque lo entiendan ni lo sientan
que al verdadero amante todo es fácil.
Así lo será a mí pasar a nado
este braço de mar, yendo a tu torre,
que ir en barco sería perder tiempo.
Y tomar para esto por compañía
sería no acudir a tu secreto.
Cosa tan importante y deseada,
yo solo é de gozar d'hazella toda.

Yo mismo seré'l barco y el remero,
y siendo el llevador seré'l llevado.
Yo romperé las ondas de Neptuno,
y mi proa porné contra los vientos
d'Eolo, y no me turbarán los Phocas,
ni me ternán las muy peinadas Nimphas,
aunque Thetis allí venga con ellas,
mostrando los sus pechos sobre'l agua.
Ni aquellos con sus rostros monstruosos,
ni aquestas con sus hermosuras blandas,
divertirme podrán de mi camino.

No temeré los montes de las aguas,
ni el bramido del mar embravecido,
viendo que voy adonde'stás, iré
por camino muy llano y muy seguro.
Solamente una cosa t'encomiendo:
que, cuando acordarás que yo a ti vaya,
en la noche me pongas una lumbre,
muy junto a la ventana donde duermes,
porque mejor saber yo pueda el punto
de cuándo é d'ir, y al tiempo que ya fuere,
en lo oscuro, atinar sea más fácil.

Tu lumbre me será la cierta guía

con que será guiado mi viage
hasta tomar derechamente'l puerto.
No será menester alçar los ojos,
cansados y adormidos, para'l norte.
Como el piloto en medio del gran golfo,
pasado lo peor ya della noche,
no curaré del reluziente carro,
ni de su carretero que le buelve,
ni las estrellas, que fortuna mueven
en la mar, moverán mi seso un punto,
haziéndome torcer mi governalle.

El Orión podrá espantar los otros,
y el Arcturo también cuanto quisiere,
mas a mí no, pues eres tú mi'strella
sola de donde mi fortuna pende.
Ser el çielo sereno o ser oscuro,
ser prósperos los vientos o contrarios,
por mi seguridad, poco m'importa;
por donde yo querría el cielo claro,
y el aire sin moverse puesto en calma,
es por tener segura nuestra seña,
no nos la mate algún maligno viento.

Esto sólo t'encargo cuanto puedo,
que a nuestra lumbrezilla des gran cobro,
porque'n su luz está toda la mía.
Si la viere morir desde'l estrecho,
donde fuere luchando con las ondas,
yo moriré también en aquel punto.
Y tú te quedarás, aunque al principio
soledad sentirás, o mucha o poca,
d'un hombre que por ti quedó tendido,
escupido del agua en la ribera,
hecho manjar de perros y de cuervos.»

Hero no pudo aquí más refrenarse,
y dixo: «¡Dios tan grande mal no quiera
que tú te pierdas por ninguna vía!,
pero si esto á de ser, lo cual no sea,
¿cómo piénsaste tú que'stoy tan tibia
que no tenga pensado ya el remedio?
Mi triste imaginar, de punto en punto,
va rebolviendo por cien mil peligros,
y los que ay y no ay se representan,
y como en ti desastre, si le pinto,

sólo el pensarlo me trastorna y mata,
y é de pensar por fuerça lo que temo.

Pienso luego también en los remedios,
triste, por no morir antes de tiempo,
y en todos los que voy imaginando,
la muerte es la primera que m'ocurre
y la postrera en quien resuelta quedo.
Yo tengo preparada así la istoria,
que emos de ser en vida y muerte juntos,
y tú'stásme deziendo gentilezas
y unas cosas que ofenden los oídos
tanto, que ya no sé si perdonallas.»

Dest'arte platicavan sus conciertos,
y en palabras y en obras pretendían,
entre'llos concluido casamiento.
Mas al cabo, lo más que refirmaron
fue venir él a nado, como dixo,
y ella poner la lumbre a la ventana,
con muy grande cuidado de guardalla,
que algún viento crüel no la matase.
Estando en esto, alçaron los sus ojos,
y el bullir sintieron de la gente,
que ya la noche, resfriando, dava
señal de la venida del luzero.

Y así, de miedo del luziente día,
descubridor de tenebrosos hechos,
se uvieron de partir los dos amantes,
entre'llos debatiendo un muy gran rato
cuál de los dos primero partiría,
queriendo cada cual ser el postrero.
Él se fue, en fin, primero, por poder
pasar antes del día por la torre,
de la cual informado muy bien era.

Llegando allá se le alteró la sangre,
y acudiéronle mil cosas tan juntas,
que un rato le turbaron el sentido;
luego, tornando en sí, puso los ojos
en las ventanas donde sospechava
que solía asomarse su señora;
y allí le fue presente'l pasar suyo,
rompiendo por las ondas fortunales,
y el asomar, de cuando en cuando, della,

mirando y escuchando en la tiniebla,
y aquella diligente lumbrezilla
que sola fue tercera en sus conciertos.

Estando en esto, vio romper el alva,
y allí luego temió ser descubierto,
mas, sosegando el corazón un poco,
su tino aseguró discretamente,
viendo el lugar, la torre y el camino,
a fin que, cuando uviese de pasar,
según quedava entre'llos concertado,
ni con la escuridad de la gran noche,
ni con la tempestad de la fortuna,
desatinar su alma no pudiese.

Después desto se dio gran priesa en irse,
yéndose hazia do'stava un navío,
que adereçado los suyos tenían,
para poder pasar cómodamente
el estrecho hasta dar dentro en Abido.
Navegava Leandro el Helesponto,
siguiendo su jornada con buen viento,
la mar segura, el cielo favorable,
descuidado el piloto en su exercicio,
cantando con plazer los marineros,
sin acordarse de templar la vela.

Él sólo estava puesto en su negocio,
trayendo con la mar estrecha cuenta,
notando bien sus movimientos todos;
dezía dentro en sí: «Si esta bonança
se pudiese guardar hasta la buelta,
cualquiera tempestad que ora viniese
sería para mí próspero tiempo.»

Contemplando tras esto en las mudanças
de la mar y del viento, contemplado
con las prestas mudanças de fortuna,
las mudanças también de las mugeres,
y la falta común, l'hazían miedo;
mas luego este temor todo parado,
en grande confiança de su dama
y en claro conocer cuán diferente
era la cuenta della, de las otras.

Con estos pensamientos navegando,

llegó su nave a la ciudad d'Abido,
dond'él se vio tan nuevo en sus plazeres,
y en todo su exercicio tan mudado,
que todos sus amigos se'spantavan
de velle tal, y entre'llos conferían,
hechando mil jüizios sobre aquello.

No preguntó en llegando por sus perros;
tampoco preguntó por sus cavallos;
cargávas'en extremo con las fiestas,
y con las justas y con los torneos,
y más con sus amigos que con todos,
que descubrirse a nadie no podía;
holgava poco de salir al campo,
sino solo y adonde no le viesen.

Hablava allí consigo y con las piedras,
a lo menos hablava con aquellas
piedras y cantos de la torre d'Hero.
No alcançava plazer ni pasatiempo,
si no era'star contino imaginando
en las gracias que de'lla le quedaron
pintadas en el alma para siempre.
Bolvía sobre un punto cien mil vezes,
no acabando jamás de contentarse
d'imaginarlo así como ello era,
o gustando también de contemplarlo
tanto, que no podía desasirse
d'aquello que una vez le avía entrado.

Otras vezes, entre'stos pensamientos,
se le pegava algún escrupulillo,
no con razón alguna ni con causa,
sino por una natural dolencia,
de cuantos son nacidos en el mundo,
en especial d'aquellos que bien aman.
Que cuando el pensamiento anda más alto,
llegando, al cabo, el gusto de su gloria,
á de topar de pura fuerça entonces
en algo que l'estorve su deleite,
tanto el temor está cabe'l deseo
y tanto la tristeza cabe'l gozo.

Mas, tras esto, donde'l más escarvava
y donde más andava su sentido
era en sentir una congoxa estraña,

de ver que se tardava ya la seña,
porque seis días eran, con sus noches,
pasados ya, y la lumbre no asomava
ni se vía señal de cosa buena.

Y así las tardes, cuando el sol ya iva
asomando su luz a l'otra gente
que'stá'sperando entonces su salida,
esperava él también cuando saldría
aquel luziente sol d'aquella lumbre
que su alma alumbrar sólo pudiera.

Y él triste, en ver que nunca parecía,
podéis pensar cuál era su tiniebla,
viéndos'estar en noche tan perpetua,
como si en los cimmericos estuviese.
En su alma contrarios acidentes
igualmente sobre'sto padecía:
antes d'anohecer, grand'alborço;
después d'anohecido, una tristeza
profunda; la su luz nunca asomava,
y un tan desesperado caimiento,
que todos los afetos fallecían.

Fallecían, mas no quedavan muertos,
que aún la'sperança resollava un poco,
y aun tenía su pulso movimiento,
como el ascua cubierta de ceniza,
que ni luz ni calor muestra de fuego,
tiniendo entrambas cosas en sí bivas,
pero vas'acabando poco a poco
si algún soplo de viento no socorre.

Pues Hero, acullá dentro donde'stava,
yo fío que su parte le cabía;
sentía su dolor y el de Leandro,
y más el de Leandro que no el suyo.
Todo su bien, su vida y su deseo
estava en ver a él, y cuanto a esto,
la carga bien igual era d'entrambos.

Mas sin esto, el dolor quella sentía
por mayor y más fuerte en sus entrañas,
era entender que aquello por donde ella
quedava con agustia intolerable,
que aquello mismo la pusiese en culpa

en los ojos d'aquél, cuyo sentido
satisfecho tener tanto quería.

Pero quiçá querrán saber algunos,
atentos en leer toda esta istoria,
por donde fue que Hero no pudiese
tan presto hazer su seña deseada.
Yo lo diré si con plazer me'scuchan
y me dan facultad que me divierta
un poco del propósito empeçado.

Cuando Aristeo, el hijo de Cirene,
por la maldad que hizo contra Orpheo,
incurrió en tan gran odio de las Nimphas
que por ello perdió cuanto tenía,
afligido y lloroso d'este daño,
dexando las florestas de Peneo,
partióse para do'stava su madre,
por lamentar con ella su desdicha
y pedille remedio conveniente
a la pérdida grande recebida.

Y así, por su camino caminando,
junto al Pindo llegó, do'stá la fuente
de Peneo, y allí viendo el gran lago
do morava Cirene con sus Nimphas,
quedóse cabezbaxo y fatigado.
Y allí, después que un rato en su silencio
stuvo, recoziendo su congoxa,
con alta boz, de llanto dolorosa,
doliéndose, a su madre dixo esto:
«Madre Cirene, madre, que ahí tienes
tu asiento, en lo más hondo d'esas aguas,
¿por qué d'Apolo tú me concebiste?

Pues, concebido, al mundo m'as echado,
echándome a los hados importunos,
¿a qué servió hazerme del linage
d'aquellos dioses, grandes inmortales,
si avía de parar, toda esta honra,
en ser de los mortales el más baxo?
¿Qué se hizo el amor que me tenías,
cuando me prometiste dar el cielo?

No solamente'l cielo no m'as dado,
mas aquello que yo, con mi trabajo

y con mi pura industria y diligencia,
en la tierra alcancé, que á sido el arte
d'arar los campos, de plantar las viñas,
d'apacentar los útiles ganados,
su fértil criazón multiplicando,
de componer las casas y costumbres
a las enxambres de las abejas;
agora veo, siéndome tú madre,
que todo lo é perdido, no sé cómo.

¡Inche tu corazón, si gana tienes
de destruir un pecador nacido
de tus entrañas; echa ardiente fuego
en mitad de los campos, abrasando
las frescas vegas, los espesos montes,
los rastrojos, barbechos y sembrados,
arranca de raíz las verdes viñas,
cuando en su flor amstrarán más fruto,
embía a los ganados pestilencia,
pon el cuchillo de tu ira en todo,
si tanto t'aborreces con mi honra!»

Oyó la madre, desde allá do'stava,
el sonido del llanto de su hijo,
y estuvo así, con los oídos altos,
un poco sobre sí, puesta en su'strado.
Estaban a sus pies todas las Nymphas
d'hermosura y valor más estimadas,
ocupadas en varios ejercicios.
Unas labrando'stán, otras texendo,
otras sacan el hilo con sus husos
de las puras madexas de la seda,
o verdes de color o christolinas.

Xantho y Lisea, Drimo y Philodoce,
allí'stavan con los cabellos sueltos,
ondeando por sus blancos pescueços.
Estaban más, en esta compañía,
Cimodoce y Thalía, con Nisea,
y la fresca Licoris, con Cidipe,
la una virgen, la otra poco antes
provada en los trabajos de Luçina.

Dos hermanas también, Clío y Beroe,
ambas hijas del gran Oceano, ambas
con su oro, con sus nebridas ambas

y Ephire, y la hermosa Deyopea,
y Arethusia tras éstas, que aun entonces
dexava sus saetas y su arco.

A bueltas del lavor que'stas hazían,
eran d'oír los cuentos que contavan.
Clímene recitava los amores
de Mares y de Venus, y los celos
de Vulcano, y la red por él compuesta;
contava Chao de Júpiter las artes,
d'Apolo y de Neptuno, y d'otros dioses,
cómo en diversas formas transformados
engaños amorosos compusieron.

Estando así, desacordadas todas,
atentas escuchando estas istorias,
sintió otra vez Cirene el triste llanto
del triste hijo, demudóse toda,
por do también se demudaron todas.

Y así, de los asientos, donde'stavan,
de vidrio y de christal, se levantaron,
y heridas de la boz d'un tan gran lloro,
acudieron a ver lo que era aquello.
Aretusa fue allí la más ligera,
porque llegó primero que las otras,
a sacar su cabeça sobre'l agua.
Y en esto, rebolviendo a la otra parte,

«O Cirene –gritó– bastante causa
tuviste d'alterarte como vimos.
Sábeta que Aristeo, tu dulce hijo,
a l'orilla del agua'stá llorando:
queréllase de tí, con grandes bozes,
llamándote por nombre crüel madre.»

Atónita Cirene de'stas nuevas,
«Traelde –respondió– traelde, hermanas,
puedan sus pies, que yo les doy licencia,
tocar los aposientos divinales.»
Esto dicho, mandó luego a las aguas
que, apartándose, abriesen el camino
por do su hijo entrase fácilmente.

Y así el agua s'abrió hazia lo baxo,
y encorvándose toda por arriba,

se hizo como en forma de montaña,
y tomando Aristeo dentro en su seno,
metióle en el hondón del alto río.

Ya entrava en los palacios el mancebo
de la hija immortal del gran Peneo,
mirando al derredor con maravilla
las casas, los castillos, los adarves,
los grandes y sobervios aposientos
de peñas y de grutas naturales,
con paredes y techos todos d'agua.

Vía, con esto, estrañedad de montes,
con altas espesuras resonantes,
y alegres vegas, y riberas frescas
de ríos, que corrían mansamente,
entre los cuales vio Phasis y Lico,
y las fuente do nace el Enipeo.
Y vio el Danubio, que con sus rebueltas,
acá y allá, se parte a cada paso,
y Rheno, y Tíber, Liris y Garona,
y Eridano con cuernos, hecho un toro.

Después que uvo llegado a lo más dentro,
en vista de los ojos de su madre,
y ella entendió la causa de sus lloros,
mandó que s'asentase y que pusiesen
las mesas, y fue echo en continente.
Luego allí truxeron abundancia
de diversas viandas y de vinos;
los altares delante'stavan puestos,
ardiendo encima d'ellos toda Arabia.

Dixo Cirene entonces: «Toma, hijo,
d'ese vino de Lidia en esa copa;
sacrifiquemos dél al gran Oceano.»
Y en esto començó d'hazer sus ruegos
al gran padre del mundo de las aguas
y a dozientas hermanas principales:
las ciento son, cien Nimphas de cien montes,
las otras son cien Nimphas de cien ríos.
Mandó, después, del vino más precioso,
por tres vezes echar dentro en el fuego,
que ardiendo'stava allí en los sacrificios;
el fuego, cada vez que'l vino echaron,
su llama levantó visiblemente

hasta llegar con ella al alto techo.

Con este buen agüero confirmada,
Cirene comenzó de dezir esto:
«Allá, en la mar del isla de Carpatho,
un adevino'stá d'ilustre fama;
á por nombre Proteo, el cual corriendo
en su carro, llevado por cavallos
marinos (la mitad atrás son peces),
por el campo del agua da sus bueltas;
no á mucho qu'él acá bolvió, en Thesalia,
a gozar de su patria deseada;
las Nimphas le veneran, y Nereo,
por su saber, por quanto el gran profeta,
por gracia que ha alcançado de Neptuno,
alcança quando quiere en un momento:
lo que's y lo que fue y lo que será.

As de tomar, ¡o hijo!, este gran sabio
y atalle bien con fuertes ataduras,
que d'otra arte jamás avrá remedio;
qu'él t'informe de cosa que le pidas,
y aunque a sus pies tú t'eches umilmente,
mostrándole con lágrimas tu cuita,
y aunque vea que'l alma se t'arranca,
no esperes que por eso d'él alcances
palabra, para ti, que buena sea,
si primero con fuerça no le vences.

Mañana, cuando el sol esté bien alto,
y los ganados buscarán las sombras,
y cantarán apriesa las chicharras,
yo te quiero llevar do'stá este viejo,
hasta ponerte dentro en su gran cueva,
en la cual, él por descansar se mete,
refrescando sus miembros calurosos,
y al sueño dando sus cansados ojos.

Allí le tomarás con gran ventaja,
tendido y adormido como muerto.
Entonces le podrás atar, mi hijo.
Mas, porque estés en todo previnido,
as de saber que, cuando le tuvieres
atado en tu poder, como t'é dicho,
engañarte querrá con mil visiones,
convirtiéndose en diversas formas.

Agora se te hará un valiente toro,
ora un bravo león, agora un tigre,
ora dirás que's un pesado puerco
y otra vez que's una ligera cierva.
Tras esto, mudars'á en forma de fuego,
y luego bolverá en corriente agua.

Mas mira bien que, mientras con más formas
te quisiere engañar el falso viejo,
que'ntonces más as tú de costreñirle,
y más le as d'apretar con dura fuerça,
hasta tanto que vuelva en su figura,
en aquella en que tú ya l'avrás visto,
sin cuidado, dormir dentro en su cueva.»

Esto dicho, mandó todo rocialle
con agua d'odorífera ambrosía,
y él se sintió, con esto, un nuevo spirtu,
tomando un nuevo ser d'un nuevo hombre.
Al lado de unas peñas carcomidas,
d'una sierra que asoma una gran punta,
donde brama la mar y echa su'spuma,
yendo y viniendo por compás contino,
ay una gruta de grandeza estraña,
cabe la cual los tristes marineros
solían guarecerse, en otro tiempo,
del tiempo fortunal que'l viento dava:
su morada Proteo aquí tenía.

Eran su puerta y tranca los peñascos,
donde'stava cerrado, sin cerrarse,
en un rincón dest'ascondrijo oscuro.
A su hijo dexó la Nimpha puesto,
y en dexándole allí, fuese bolando
metida dentro d'una espesa nube.

La muy temida'strella, en el verano,
que'n la frente del can está en el cielo,
y es su uso quemar los secos indios,
estava ya en su fuerça, y el sol dava
la buelta encima del balcón más alto,
marchitando las verdes arboledas,
secando los arroyos y las fuentes,
cuando Proteo, por refrescar su cuerpo,
a su fresca morada s'acogía.

Ivan cabe'l, saltándole delante,
gran multitud del pueblo de Neptuno,
el aire rociando con sus colas:
los bezerros marinos se caían,
acá y allá, de sueño en la ribera,
y él estávase en medio, puesto en alto,
asentado en su peña, recontando
los rebaños a él encomendados,
como el pastor que buelve su ganado
hazia'l corral con las barrigas llenas,
a la ora que'l sol se va ascondiendo,
y abivan los corderos y cabritos,
con su balar, la hambre de los lobos.

Apenas s'uvo retirado el viejo,
y, tendido en sus hondos aposientos,
al sueño los sus ojos entregando,
cuando Aristeo arremetió con grita,
apañándole todo entre sus braços
para podelle atar de pies y manos.
El triste recordó y viose en aprieto,
y así provó a valerse con sus artes,
trasformándose en mil nuevos milagros,
en fuego, en agua, en espantosas fieras.

Después que vio sus artes no bastavan
a valelle, y se vio vencido y preso,
dexóse d'andar más en sus engaños.
Y en sí bolvió, bolviendo en su figura,
hablando esta razón con boz humana:

«¡O moço confiado, más que cuantos
confiados al mundo son nacidos!
¿Quién te mandó venir a mis rincones
a fatigar mis sosegadas canas?
¿Qué buscas o qué quieres? ¿Tras qué andas
por comarcas tan ásperas y solas?»
«Tú lo sabes, Proteo, respondió el moço,
tú lo sabes muy bien, pues nada puede
a tu grande saber ser ascondido.
Yo vengo aquí por mandamiento espreso
del alta divinal sabiduría,
y véngote a pedir algún socorro
a mi calamidad tan miserable.»

No dixo más, y en esto el duro viejo,
apretado, entre sí, con pura fuerça,
retorciendo sus ojos fieramente,
batiendo los sus dientes, y gruñiendo,
abrió su boz, abriendo los secretos
ascondidos en los profundos hados,
y sus concetos declaró dest'arte:

«Movieron tus locuras, ¡o mancebo!,
la saña contra ti del alto coro,
y sabe que, según tu culpa á sido,
no pagas la mitad de lo que as hecho.
Orpheo es quien las cuitas que padeces
te procura, en vengança de la muerte
de su muger, que de las tristes parcas
arreatada fue súpitamente.

¡Triste della, que, huyendo de tus manos,
por librarse de tu maldita fuerça,
dexádos'ir corriendo, sin aviso,
por la ladera d'un florido prado,
topó su pie con una ponçoñosa
bívora, que'n la yerva puesta'stava!
Lloráronla en los montes las Driadas,
inchiendo d'alaridos las montañas;
lloróla toda Thracia, hasta las cumbres
más altas de Rhódope y de Pangeo;
lloráronla los Getas comarcanos;
lloróla el caudal Hebro y otros ríos,
con lágrimas corriendo de sus fuentes.

El cuitado d'Orpheo ya no llorava,
ya su dolor dexava atrás los lloros,
ya buscava consuelos, ya quisiera
un poco descansar de su trabajo,
y así, con su vihuela desfogando,
o a lo menos provando si podría
desfogar su dolor por algún modo,
a ti, dulce muger, cantando andava,
retumbando su boz por las riberas.

Cantávate en partiendo el claro día,
cantávate en viniendo la mañana,
andava discurriendo mil lugares,
por dar lugar a su afligido pecho.
No le bastavan ya los largos campos,

no tampoco las sierras ni los montes;
no hallava su mal dónde cupiese,
sino donde su bien traspuesto'stava.
Y así dicen que'ntró por las gargantas
del reino de Plutón, profundo abismo,
y por los bosques de cerrada niebla,
cuajados de temor oscuro y frío,
y osó llegar hasta las tristes almas,
hasta'l rostro del rey, fiero, espantoso.

Y supo entrar en pláticas y ruegos,
con aquellos que nunca fueron vistos,
por ruegos ni palabras ser vencidos.
Con su cantar, la cárcel tenebrosa
mudó su sentimiento y ejercicio;
iva el tropel de las delgadas sombras
y figuras de lumbre carecientes,
desde sus pozos, a'scuchar el canto
de su boz, con el son de su vihuela.

Tantas aves no van para los sotos,
a descansar de sus continos buelos,
cuando el agua o la noche las aprieta,
cuantas a aquesto concurrieron almas,
madres, hijos, maridos y mugeres,
mochachos, y mancebos, y donzellas,
varones señalados en sus artes,
cavalleros en armas, y letrados,
reyes grandes y princeps ilustres,
los cuales todos, ya hediondo cieno,
y espesura de cañas ya podridas,
y el agua negra en su cenagal fixa
de la laguna Estigia y de Cocito,
ceñidos y cubiertos los tenía.

Y allí, también, delante, se movieron
con esta novedad las tres hermanas,
escuras hijas de la'scura noche.
Y'stuvo enternecido el can Cerbero,
abriendo sus tres bocas trasportado.
Y en Ixión cesó la rueda un poco.
Y el águila de Tirio'stuvo queda.
Todo el abismo, en fin, quedó vencido,
sin poder resistir al son d'Orpheo.
Él s'iva ya, su Eurídice llevando
empós dél, porque así se lo mandara

Prosérpina, y que nunca se bolviese
a mirar si tras él ella venía,
hasta tanto que'stuviese en salvo.

Ya que llegavan junto a la salida,
a salir al abierto y claro cielo,
después de mil trabajos y peligros,
el cuitado amador, por amor puro,
con deseo de ver su compañera,
olvidado daquello que emportava
tanto, bolvióse atrás, y en siendo buelto
cayó en su yerro, el cual era por cierto
de perdonar, si allí se perdonase.
Los trabajos en esto fueron todos
perdidos, y perdidas, ¡o cuitado!,
tus tantas y tan grandes diligencias,
quebrado el patto del tirano crudo.

Por tres vezes se vio temblar l'infierno,
y otras tantas s'oyó rugir la furia
d'Alecto y Tisiphone y de Megera.
Eurídice entendió su perdimiento,
y dixo: —¡O Orptheo! ¿quién tanto mal nos hizo,
que así nos destruyese en un momento?
¡Qué desacuerdo fue tan grande'l tuyo!
Ves ya como otra vez los tristes hados
me'stán llamando, y el eterno sueño
mis ojos, que'ran tuyos, va cerrando.
¡Queda con Dios, yo voy de la gran noche
universal llevada a los abismos,
y dándote mis manos como puedo!—
Aquí su boz faltó, y ella partióse,
como humo delgado, por el aire,
desparzido y resuelto en un instante.

El cuitado d'Orfeo bolvió, queriendo
abraçar su muger, y abraçó el viento;
y en esto, con la furia del deseo,
corrió a pasar la miserable barca;
mas el viejo Carón, que's el barquero,
no le dexó, y así quedó en l'arena,
sin seso, sin consejo y sin amparo.
El triste, ¿qué hará para valerse?
¿Adónd'irá? ¿Dó buscará socorro,
después de muerta su muger dos vezes?
¿Con qué llanto podrá mover de nuevo

las almas y los dioses so la tierra?

Siete meses continos, según fama,
llorando'stuvo, echando entre las peñas
desiertas de Strimón, y allí quexando
con alta boz su miserable suerte,
los tigres y leones amansava
y llevaba tras sí los fuertes robles,
cual suele'l ruiseñor, entre las sombras
de las hojas del olmo o de la haya,
la pérdida llorar de sus hijuelos,
a los cuales, sin plumas, aleando,
el duro labrador tomó del nido;
llora la triste paxarilla entonces
la noche entera sin descanso alguno,
y desd'allí do'stá puesta en su ramo,
renovando su llanto dolorido,
de sus querellas inche todo'l campo.

Ningún amor, por blando que viniese,
onesto o desonesto, pudo hazelle
desocupar de su trabajo un poco.
Solo s'andava, rodeando el yelo
y las nieves que soplan de la Scitia,
la muerte de su Eurídice llorando,
y blasfemando las mercedes vanas
que Plutón por Prosérpina le hizo.

Con esto, las mugeres de la Thracia,
yendo tras él, y siendo desdeñadas,
en tanta saña se'ncendieron luego,
que andando en los nocturnos sacrificios
de Bacho, le hizieron mil pedaços,
los cuales, siendo desparzidos todos,
ensangrentaron feamente'l campo;
su cabeça, arrancada de los ombros,
fue echada en el caudal entonces d'Hebro,
y así como la trastornava el agua,
llevándola en su fuerça la corriente,
su lengua fría «¡Eurídice!» llamava;

«¡Ah cuitada d'Eurídice!» bolví
a dezir, con el alma que se le iva;
allí las fuertes peñas respondían,
con el retumbo «Eurídice» sonando.
Esto dixo Proteo, y echóse luego

de la peña en la mar hasta lo hondo,
mordiéndose las manos de despecho,
y con esta su ravia, acordó d'irse
a Neptuno a quejarse de sí mismo,
porque sufrir podía los trabajos
que importunos le davan cada día.

Y así, con este fin, determinado,
caminando tres días so las aguas,
que'n su carro no quiso d'afligido,
arribó a los palacios del rey grande,
donde vio multitud d'úmida gente,
guardando alderredor la real casa.

Todos en velle s'inclinaron luego,
señalando plazer de su venida,
mas después, viendo el ceño desabrido
y el descontentamiento que trahía,
bolvieron sobre sí con gran silencio,
mirándose los unos a los otros,
alguna fuerte novedad temiendo.
Neptuno'stava dentro retirado,
con Thetis y Nereo, y con Eolo,
que vino a defenderse de las quejas
que dava en contra dél el padre Oceano,
el cual también allí'stava presente.

Ellos estando así, llegó el estruendo
del venir de Proteo, y así Neptuno
saliól'a recibir allá delante,
tomando su tridente en su derecha.
Entró el prudente viejo, con sus pasos
mesurados y mansos, encubriendo
gran parte del dolor que padecía.
Y en llegando a su rey, puso en el suelo
las rodillas, postrándose de pechos;
y en haziendo su justo acatamiento,
mandado levantar, en pie se puso.

Y viendo alderredor la mucha gente
que atenta'stava, abriendo ojos y boca,
hizo un cierto ademán, significando
que quisiera poder allí'star solo,
o a lo menos con menos compañía.
Neptuno, conociendo su deseo,
y su necesidad viendo en su gesto,

luego mandó que se saliesen todos,
sino aquellos con quien primero' stava
retirado, según os emos dicho.

Proteo entonces, entendido el tiempo
y el lugar conveniente a su negocio,
dexadas otras pláticas aparte,
así empezó d'hablar lo que se sigue:
«Mi mal y mi dolor, ¡o rey tan alto!,
que eres después de Júpiter, tu ermano,
no sufre ornamentos ni rodeos,
ni aun palabras por simples que'llas sean;
mi caso, así desnudo si se cuenta,
bien bastará para mover a todos,
por poco que se muestre su miseria.

E empezar a dezille es cosa dura,
ya veis lo que será, si se prosigue.
Tú m'as hecho merced, yo lo confieso,
tanto mayor d'aquella que merezco,
que quizá de muy ancha yo no basto
para llevalla, así, sin gran trabajo,
por ti alcancé a saber todas las cosas
presentes, venideras y pasadas.
Tanto, que ya el oráculo de Delphos
quedava alguna vez casi olvidado.

No pudo ser no se siguiese imbidia
a tanto bien, y así empezó Fortuna,
o el influxo crüel de las estrellas,
a bolver contra mí toda su fuerça,
que desd'un tiempo acá, no sé por dónde,
ni sé por qué razón, hombres perdidos
a fatigarme vienen cada punto,
pidiéndome remedio a sus congoxas.

Y si fuese por cosas importantes,
conformes a mi ser, aún sufrir sía,
pero vienen corriendo a importunarme:
el uno, porque l'an movido pleito;
el otro, porque nunca alcançar puede,
con su muger, un rato descansado;
otros vienen mesándose las barbas,
porque ricos no son como desean;
otros mueren por gobernar el mundo,
por alcançar de reyes grandes cargos;

y muchos ay, mas de'stos yo me río,
y alguna vez no m'aborrecen tanto,
que lloran como niños y se quexan,
diziendo que d'amores andan muertos,
y cuéntanme los tiros que les hazen;
y no es nada, sino que'l otro día,
por buena enmienda d'stos mis trabajos,
vino a mí no sé quién muy fatigado
porque se le murieron sus abejas
y le salieron mal sus grangerías.

Fatíganme con estas vanidades;
no las puedo sufrir, y así no quiero
muchas vezes quitellos de congoxa,
sino déxome'star endurecido,
sin responder palabra a sus preguntas;
con esto, yo quedara satisfecho,
vengado del enojo que me hazen,
sino que'ste remedio no me vale.
Que no alcanço cuál dios o cuál demonio
les á mostrado agora este secreto,
que me toman estando descuidado,
y átanme fuertemente como a esclavo,
y por más que me valga de mis artes,
convirtiéndome en mil nuevas figuras,
todavía me tienen y m'aprietan,
hasta que les respondo a lo que quieren.
Y este postrero labrador maldito
que vino a mí buscando sus abejas,
matóme est'otro día con sus fuerças,
haziéndome pasar cien mil martirios.

Aguardóme'l traidor en fuerte tiempo,
viniendo yo d'apacentar tus phocas,
cansado y muerto, sin poder valerme,
del ardiente calor del fuerte día.
Acogíme a mi cueva, y aún apenas
tuve mi cuerpo echado en mi reposo,
y mis ojos al sueño trastornados,
cuando el ladrón m'arrebato durmiendo,
y a poder de prisiones y d'aprietos
sacóme, d'en mitad de mis entrañas,
mis secretos más altos y escondidos.
¿Cosa es ésta para poder sofrirse,
que'l saber que a los otros da gran onra
y provecho y deleite, me dé a mí

desonra y daño y sinsabor contino?
¿Tan cuitado é de ser y tan astroso,
que la grande merced que tú m'as hecho
se me buelva en las manos crudo agravio?

No será así, sino que he de bolverte
cuanto m'as dado; dalo a quien quisieres,
que no quiero saber ni entender nada;
ni quiero más apacentar tus monstruos,
ni quiero aprovecharme de mis artes,
sino andarme con los de baxa suerte,
entre los más rüines de tu corte;
y enxemplo ser a todos manifiesto,
de las mudanças que'n tu reino s'usan:
en Vertunio se quede'l transformarse,
y el misterio d'adevinar en Phebo;
¡esténs'allá con sus divinidades,
temidos y adorados de la gente!

Acá yo m'averné con mi miseria,
sin los pesados cargos de la fama.
Muy mejor me será ser Poliphemo
y andarme consolando en mi pobreza,
con mi flauta colgada del pescueço,
que ser Proteo y ser, por una parte,
estimado de todos como sabio,
y por otra, bivar siempre afrentado,
pues puede cada cual hazerme fuerça,
haziéndome con ásperos tormentos
confesar la verdad a pesar mío.»

Acabada esta habla, en aquel punto,
los que'stavan allí se'ntristecieron,
por parte de Proteo mostrando duelo,
y aun Eolo, también, aunque enemigo,
no dexó de sentir tan triste caso,
consigo haziendo un movimiento fuerte.
De lo cual se movio su compañía,
Euro y Bóreas, Áfrico y Favonio.
Y por poco que'n sí se rebolvieron,
levantóse la mar con tal braveza
que si Neptuno allí con su tridente
la cosa presto no pacificara,
perdieran navegantes y navíos
sus cuerpos en mitad del agua triste.

Ya después que'l gran rey con su semblante
hizo que todos estuviesen quedos,
atentos a'scuchar lo que'l diría,
con su boz divinal así comiença:
«Proteo, después que'n el dolor troyano,
donde padres y madres lamentaron
las pérdidas sangrientas de sus hijos,
lloré también un hijo que fue muerto
por la mano crüel del fiero Achilles,
no m'acuerdo que tal dolor sintiese
cual agora le siento por tu causa,
sobre'l caso que aquí m'as referido.
Tú as visto bien que la merced que t'hize
no la hize sino por onra tuya
y por gratificarte tus servicios.
Si han salido después esos trabajos,
no ha sido culpa mía, tú lo sabes,
pues sabes lo que siempre yo t'he amado.

Lo que ha sido, no puede no aver sido;
en lo de por venir, demos remedio;
éste se dará tal cual tú quisieres.
Los que aquí'stán son padre y madre tuyos,
y los otros también son tus amigos,
a lo menos seránlo en este caso.
Digan su parecer todos en esto;
yo seré'l secutor de vuestro acuerdo,
con voluntad tan firme de complille,
cuanta la ternás tú de que se cumpla.»

Acabó su razón aquí Neptuno,
y'stando así los unos y los otros
esperando cuál dellos hablaría,
Thetis quisiera allí ser la primera,
mas tomóle la mano el gran Oceano,
y en pie se levantó por hablar esto:
«Si ser pudiese, dixo, por un rato,
que dexase Proteo de ser mi hijo,
yo lo confieso aquí que m'holgaría,
porque agora quiçá con ser su padre,
(puesto que la verdad al cabo vence),
mi razón no terná toda su fuerça,
que, o serán mis palabras sospechosas,
cuando con más hervor yo las dixiere,
o serán flacas si con este miedo
el amor paternal queda oprimido.

Mas como quiera, en fin, que'sto suceda,
é de dezir mi voto en esta causa,
viendo que la razón está tan clara.
Y, si por caso, me'ngañare en algo,
con causa natural será el engaño,
engañándome en esto como padre.

Pero viniendo al punto del negocio,
dexando los preámbulos aparte,
digo que aquí no hallo yo disputa
ni hallo sino un caso miserable
y un lastimoso género de vida
que pasa por Proteo, como emos visto.

Él está aquí sus llagas descubriendo,
su misma desventura por él habla;
no demanda justicia contra nadie,
ni requiere vengança de ninguno;
sólo para su mal pide remedio,
y aun no pide remedio, sólo muestra
la gran causa que tiene de pedille.
Si s'á de dar, o no, padre Neptuno,
tú lo as mostrado ya con tus palabras
y as dado la sentencia de tu boca.

A nosotros agora no nos queda
sino alabar lo que hazes por nosotros,
haziendo por Proteo lo que'l te pide.
Lo demás que á de ser, dar nuestro voto
en cuál será el mejor remedio en esto,
haremoslo siguiendo lo que mandas.
Y pues yo'stoy tan adelante ya,
brevemente diré lo que m'ocurre,
dexando el concluir para los otros.
En el mal que Proteo nos ha mostrado,
dos miserias parece entre las otras
que s'an de ponderar, principalmente.
La pena de su cuerpo es la primera,
la cual sufrió en el tiempo que fue atado;
la desonra, después, es la segunda,
la cual también en la primera cabe,
quando a poder d'ultrajes fue forçado
a dezir los secretos nunca dichos.

Estas cosas con otras dos contrarias

s'an de curar, por orden de natura.
La pena que'n su cuerpo ha recebido
cúrese con plazer d'aquí adelante,
la desonra con onra se repare,
y así todo'stará buelto a su punto.

Mas esto, dicho así, generalmente,
s'á d'ordenar en partes reduzido,
dando forma en el cómo y en el cuándo
el descanso y la onra, que ora andamos
buscando para dalle, ha de ser d'arte
que sin que pierda el bien, que agora tiene,
de la antigua merced que tú l'as hecho,
alcance estos remedios que dezimos.

Esto'stá así, mas ¿cómo ha de ser esto?
Será fácil, pues quien es poderoso
para todo, ha de ser el author d'ello.
Neptuno, tú que alcanças en tu reino,
y en los reinos también de tus hermanos,
como señor y hermano, cuanto quieres,
tú lo as d'hazer y tú m'as de dar gracia,
para dezir la forma que avrá en esto.

El bien, para llegar a ser perfeto,
es cierto que ha de ser comunicado,
y así es bivo, y d'otra arte será muerto.
El don del gran saber que Proteo tiene
razón es que se'stienda por el mundo:
con la luz del claro sol se stiende.

Y si hasta'quí s'ha divulgado a algunos,
avráse divulgado'strechamente,
y así los que necesidad tenían
d'aprovecharse dél, hanle buscado
como el herido ciervo busca el agua
¡D'aquí han sido las luchas y las premias!
Agora, para dar remedio en todo,
avráse de mudar todo este juego,
haziendo que cada año, en ciertos tiempos,
en públicos lugares señalados,
se ponga a descubrir sus profecías,
a fin que todos queden satisfechos,
con certitud d'aquello que dudavan.
Y dest'arte, pensando quedar todos
del general oráculo informados,

no ternán para qué ser importunos,
fatigándole dentro en su morada.

Pero, porque según ya avéis oído,
no quede por curar ninguna llaga,
y queden sus afrientas y fatigas
con enmienda bastante reparadas,
terné por bien que, al plazo señalado,
cuando todos vernán, como a la fuente,
para coger misterios y secretos,
se hagan fiestas de diversos juegos.
Entiendan en solaz todas las gentes,
las orgías de Baco se celebren,
los thiasos se muevan con sus sonos,
todos acá y allá desparzan flores
del árbol que's a Venus agradable.
Sacrificios sobre'sto se levanten,
el humo de las víctimas inchiendo
el aire al derredor, subiendo al cielo,
y esto, todo por onra y alegría
del grande sabidor que lo merece.»

No bien uvo acabado estas razones
el padre de la nimpha de Nereo,
cuando todos con gestos y ademanos,
y palabras, su voto confirmaron.
Y Neptuno, abaxando su cabeça,
sinificó quél era muy contento,
y así mandó que todo fuese hecho,
sin quitar ni poner, como s'ha dicho.

Desde'ntonce Proteo siguió este'stilo,
que cada'ño, en sus tiempos señalados,
con público pregón, por muchas partes,
el día y el lugar notificando,
andava repartiendo los thesoros
del prophético don que le fue dado.

Mas tanta era la gente que acudía
a la boz del oráculo divino,
que'l prudente varón por orden puso
que donde sus ministros allegasen
a dar el plazo de su santo día,
los d'aquella provincia solamente
al lugar acudiesen dedicado.

Y aun proveyó, con el poder bastante
que le fue dado para todo aquesto,
que los d'otras comarcas no pudiesen
este plazo saber por ningún modo,
hasta ya que su ora les viniese
para acudir a do les fuese dicho.

Poco tiempo después que'sto se hizo,
fueron los tiempos de Leandro y d'Hero.
Y aconteció, por caso de fortuna,
o por la eternal orden de los hados,
que a la sazón que fue ido Leandro,
y pasado el estrecho par'Abido,
cuando Hero, ya después d'esclarecido,
començava a salir fuera del templo
para bolverse a la ciudad de Sesto,
levantóse'l rumor de la llegada
del gran Proteo, y luego los pregones
publicaron que dentro de tres días
avía de llegar a lugar cierto
a derramar la boz de sus misterios.

En el piélagos grande de Propontis,
muy junto a do s'acaba el Helesponto,
a la parte d'Europa, un promontorio
pequeño'stá ceñido d'un gran llano,
donde hay una ciudad y otros lugares.
Aquí mandó Proteo que se juntasen
los vezinos de toda aquella tierra,
por do convino a Hero y a su padres
partir siguiendo el hilo de la gente.

Y así, poniendo priesa en su camino,
sin parar más en Sesto de dos oras,
hizieron brevemente su jornada,
mas no tan brevemente que a la triste
se le hiziese breve un solo paso
de los muchos que dio en aquel camino.
Era de ver el alborozo'straño
que'n cuantos allí andavan se mostrava;
ella sola, en mitad de tantos pueblos
alegres iba triste y descaída
sino que alguna vez también sentía
algún plazer, pensando que supiera
de l'alta boz del divinal propheta
algo que a su negocio conviniese.

Pero luego volvía su tristeza,
no pudiéndol'entrar cosa en provecho,
sino'star en su torre y asomarse
cada punto a mirar el sol do andava,
para poder hazer su dulce seña.

Llegados al lugar do el gran milagro
había de ser visto por las gentes,
en la ora, Proteo, por él nombrada,
se puso en un'altura señalando
que todos estuviesen muy atentos.
Entonces, de su boz abriendo el caño,
anduvo derramando maravillas,
y tocando en los unos y en los otros,
secretamente, las cubiertas llagas,
entre las cuales no olvidó la d'Hero,
antes la señaló con tantas sombras,
y así la repitió con tal ahínco,
que notaron en él un cierto afecto
dolorido, sobre'sto, y lastimoso.
En las palabras dél, ella bien vido
gran parte del proceso ya pasado
y aun d'aquello que por venir estava.
En lo de por venir, s'alteró mucho.

El primer movimiento fue entendello,
mas el segundo fue cerrar los ojos,
no queriendo entender lo que'ntendía.
¡O crudo Amor, que al que sigue tus pasos
no hay engañarle ni desengañarle!
Todo lo vee y todo lo sospecha,
y lo que'l mismo ha visto y sospechado,
cuando otro se lo dize, no lo cree.

Tardóse en esta fiesta cuatro días,
y tardóse otros seis en el camino,
de ida y de venida para Sesto.
Aquesta fue la causa del tardarse
la triste d'Hero en asomar su lumbre;
esto a Leandro dio tales diez días
tan malos, tan penosos y tan largos,
que no lo fueron tanto los diez años
que los griegos tuvieron sobre Troya.
Hero, llegando en vista de su torre,
en su alma sintió entrañable gozo.

Representóle Amor en aquel punto
el tiempo y el lugar d'hazer su seña,
el venir de Leandro y su'speralle,
el estar juntos, aunque'n esto un poco
la virginal vergüença l'atajava,
de la cual trabajava en defenderse
con pensar y entender que eran casados.
Y así podía contemplar sus gozos
más libremente y con menos empacho.

Discurrió el Sol, del Ganges a Marruecos,
estendiendo su luz por nuestro mundo,
y la su queda ausencia, que's la noche,
debaxo de su manto recogía,
como a sus hijos, quanto animales
caseros y silvestres tienen vida.
Hero, que vio tendida la tiniebla
y vio llegar la ora del reposo
universal y del deleite suyo,
no pudiendo encubrir sus alborozos,
encerróse en su torre, porque sola,
con más plazer y menos embaraço,
pudiese recibir los sentimientos
que'l Amor nuevamente l'embiava.

Allí viéndose sola'star tan cerca
de tener en sus braços su bien todo,
no podía sufrir, por una parte,
un gozo tan de l'alma y tan estraño;
por otra, un poco la templava el miedo,
el cual, con el amor, anda contino,
dando avisos no aviendo por qué dallos,
quanto más adonde hay tales peligros
cuales eran los de'stos dos amantes.

Ya que'ntendió la ora ser llegada,
y fuera dilatar hazerse agravio,
temblando, como tiembla el azogado,
tomó su lumbre y fuese a la ventana,
asentándola allí discretamente,
porque del viento defendida fuese.
No fue tan presto allí puesta la lumbre,
que Leandro tan presto no la viese,
con los ojos que Amor le dava siempre.
Con éstos recibió la luz y el fuego

de la seña encendida, y así ardiendo
s'aparejó para'l camino extraño.

Puesto ya junto do'l estrecho bravo
dava sus golpes sin jamás cansarse,
estuvo así mirando la tiniebla
tendida en su color por todo'l aire.
Su frente alzó, tras esto, a ver el cielo,
y allí con cada'strella s'alegrava,
pensando recibir favor de todas.

Después desto, 'scuchó con diligencia
por todo alderredor si se oiría
cosa de que guardarse conviniese.
Y nunca sus oídos alcançaron
en qué topar pudiesen, sino sólo
en el contino son del mar dond'Hele
dexó con su caída y su renombre.

La'scuridad, embuelta en el estruendo,
dava temor al pecho del amante,
mas no porque pudiese ser movido
su corazón a más d'un sentimiento,
que no era más su efecto de sentirse;
la verdad suya y su voluntad cierta
era seguir su fin determinado,
contra del cual ninguna fuerça avía
de viento, ni de mar, ni de tiniebla,
antes si en esto alguna fuerça cupo
fue poner más firmeza en su deseo.

Bolviendo sobre sí, con este'sfuerço,
el valiente amador, por animarse
más y por más vencer toda flaqueza,
contra el temor así s'embravecía,
como s'embravecieron los leones
del carro de la grande madre Idea,
cuando fue a castigar al triste d'Atis
en los desiertos montes de la Phrigia;
en fin, él rebolvió sobre su miedo,
diziendo con enojo estas palabras:

«¡O flaco corazón!, después que osaste
emprender la más alta y peligrosa
empresa que jamás s'haya emprendido:
¿no osaste tú mirar Hero en el templo?»

¿no osaste tener cuenta con sus ojos?;
¿no osaste declararte por su siervo?;
¿no osaste recibir la merced grande
que su valer te hizo en admitirte?;
¿no osaste, en fin, tan alto levantarte
que pudiste alcanzar merecimiento
de ser en breve tiempo su marido?;
pues si esto osaste ¿qué hay que osar agora?;
¿temes quizá del mar las bravas ondas?;
¿no temes más aún el fuego ardiente
que abrasando te'stá dentro en tu alma?

Implacable es la mar, pero implacable
es más el fuerte amor, que'n ti'stá ardiendo.
Confía, corazón, de l'alta Venus,
pues que'n la mar nació y en ella reina.
¿Qué se hizo el esfuerço que tenías
cuando muy en tu seso, allá en el templo,
dezías a tu Hero mansamente:
–Yo romperé las ondas de Neptuno,
y la proa porné contra los vientos
d'Eolo–? Más fue entonces prometello,
visto'l lugar a do lo prometiste,
que's agora cumplir lo prometido.
Mira do'stá tu lumbré a la ventana,
centelleando así tan bivamente,
que'n su centellear muestra llamarte.
¿Espérate tu gozo y tú te tardas?
Tu mayor bien t'aguarda ¿y tú no buelas?

¡O corazón, tú'stas allá en tu cuerpo,
no me dentengas más acá este mío!
Recógete en tu fuego y pasa el agua,
salta en la mar, ten ojo a la tu lumbré,
ella te llevará por do quisieres,
sin que llegues tus plantas a las ondas,
hasta dexarte puesto entre los braços
d'aquella para quien nació en el mundo.»

Apenas uvo dicho'stas palabras,
cuando sin más, con animoso acuerdo,
desnuda de su cuerpo sus vestidos,
haziendo dellos un pequeño lío,
se lo ató por cima en su cabeça.
Saltó en mitad, tras esto, del mar bravo,
y su vista a su'strella endereçando,

como el aguja s'endereça al norte,
empeçó de luchar contra la fuerça
de los golpes del agua inexorable.
Eran allí sus braços los sus remos,
servíanle los pies de governalle,
el fuerte pecho el agua iva cortando,
dexando con la'spuma un largo rastro.

Dezía el gran varón, casi entre dientes,
el rato que las olas l'apretavan:
«Mientras que voy, ¡o aguas!, amansaos,
ahogáme después cuando bolviere.»
Estando en la mitad de su jornada,
agora padeciendo, ora venciendo,
salióle Doris con sus hijas todas,
y todas le tomaron allí en medio,
por podelle valer en su trabajo.
Las unas l'ivan sostiniendo el cuerpo,
las otras l'allanavan el camino,
con manos poderosas hasta en esto.
Otras se davan a'sparzille rosas,
con arrayán cogido entre'l rocío,
de la tierra de Cipro floreciente.

Con aquestos regalos y otros muchos,
a l'orilla llegó, mas no tan sano
que no mostrase en sí muy gran quebranto.
No le pasó tan bien Hero este rato,
desd'allí donde'stava en su ventana,
no le pasó tan bien porque hartas vezes
ella quisiera más pasar nadando
el estrecho que no pasar la pena
que'sperando y temiendo padecía.

Un rato se quexava de sí misma,
porque puso su'sposo en tal peligro;
luego, después, se querellava d'él
culpándole porque tardava tanto.
Ningún peligro entonces sospechava,
sino de desamor o de descuido.
No temía la mar, sino las calles
y las casas d'Abido, y las ventanas.
Bolvía, después, a'segurarse de'sto,
y la mar y los vientos la'spantavan.

Y entonces ya tomara por partido

que'stuviera Leandro dondequiera,
holgando a su plazer, puesto en los braços
d'otra muger a quien más s'inclinase
con tal que su salud y vida fuesen
seguras de peligros desastrados.
Estando en este miedo, contemplava
la gran dificultad de su venida,
y'stava atenta si venir l'oyese.

Y a cada golpe de la mar que oía
pensava que'l sería, pero luego
con la verdad venía el desengaño,
y tornava de nuevo a'star atenta,
hasta que ya sintió que'ra llegado.
Y no uvo más lugar de pensamientos,
sino que hizo luego con presteza
y con cautela lo que convenía.

Y así, abaxando con medrosos pasos
a una puerta, que allí'stava, pequeña,
junto a l'orilla, donde dava el agua,
en l'arena asentado vio su'sposo,
goteando la mar de sus cabellos,
alcançándose'un huelgo con el otro,
no pudiendo mostrar sino cansancio,
teniendo tanto que mostrar entonces.
Y así corrió a tomalle entre sus braços,
abraçándole muy estrechamente,
sin podelle dizir ni una palabra.

Y después ya que'n esto'stuvo un poco,
empeçó de tomalle por la mano,
para llevalle arriba a su aposiento.
Y en tiniéndol'allí, viéndole laso,
y ensalgado de l'agua y de l'arena,
con sus cabellos le fregava el rostro,
con su trançado l'alimpiava el cuello,
y con sus mangas anchas de camisa
los braços y los pechos l'enxugava.

Y en el lugar do las amargas aguas
su vileza y hedor dexado avían,
otras aguas d'olor puso preciosas,
como aquellas que Venus, de sus manos,
compuso y rebolvió para Vulcano,
cuando con sus regalos y dulçuras

le hizo fabricar las fuertes armas
con las cuales a Turno mató Eneas.

Después que así l'estuvo regalando,
con sus lágrimas tiernas y gozosas,
empeçóle d'hablar estas blanduras:
«Mi dulce bien, mi dulce'sposo y dulce
coraçón mío por quien todo me's dulce,
¿pudiste tú, mi bien, tan gran trabajo
y peligro pasar como as pasado?
¿Pudiste tú romper las fuertes olas
con la blanda ternéz desos tus pechos?
¿Y pude yo ponerte en aventura
de perderte en un punto y de perderme?
¿Pude ponerte yo en tanto peligro
como ha sido pasar la mar a nado?
Si fuera tu enemiga, ¿qué pudiera
hazer más contra ti de lo que te he hecho?»

Yo te tengo en los braços, y aún me pesa
del trance peligroso en que t'é puesto.
Ya el peligro pasó, mas todavía
le temo, como cuando era presente.
Descansa ya, mi bien, en estos braços,
echa acá tu sudor y tus trabajos,
pon en mi rostro el amargor de l'agua
que'n el tuyo se puso injustamente.
Buélvete a mí y en mí toma vengança
del viento y de la mar y de la noche.
¡Entrégate de cuanto has trabajado
entrégate de cuanto has padecido,
y entrégate de mí, que'stó entregada!»

A tanto amor, Leandro ¿qué pudiera
responder con palabras respondiéndolo?
Calló de puro tierno y derretido
un rato, casi de sentido fuera.
Tras esto, con dulçuras entrañables,
a todo satisfizo de tal arte
que'l amor de los dos quedó en un punto,
correspondiente'l uno con el otro.
Y así fue'l casamiento celebrado,
y quedaron entrambos, desde'ntonces,
atados a la ley del matrimonio.

No fueron estas bodas con padrinos,

ni con solemnidad d'alegres fiestas;
no asistió Juno presidiendo al lecho;
no'speraron para llevar la'sposa
la salida del Héspero luziente;
no hubo epitaláneos de poetas,
ni tañer d'instrumentos sonorosos;
no hubo lumbres colgadas de los techos,
ni ligero bailar con grandes saltos;
no hubo sino tiniebla, con silencio,
y soledad bastante a poner miedo;
y en lugar de cantar el himineo
los moços y donzellas sestianas,
cantó el mochuelo desde las almenas
los agoreros y funestos versos
que acostumbra cantar en los principios
de muchos lastimosos infortunios.

Nunca el aurora vio el tálamo destes
amantes, desdichados y contentos;
la noche sola fue quien les compuso
todos los ornamentos y adereços,
porque, después que'ntrambos fueron llenos
del gozo que'l amor vende tan caro,
ya que sus mensageros la mañana
començava a embiar, su poco a poco,
uvo Leandro de partirse apriesa.
Y Sesto fue con lágrimas de muerte,
y con dolor de lástima entrañable.
¡O tú, amador que amaste en algún tiempo,
tú puedes vello agora y contemplallo!

Él iba fluctuando para Abido,
como cuerpo caído en la mar triste,
llevado por las ondas tristemente.
Y así, dando como al través en tierra,
llegó desesperado, no pensando
sino en cuán poco le duró su gozo,
aunque también tras esto s'acordava
cómo quedava entrellos concertado
de verse muchas vezes, pero en esto
el dolor de l'ausencia era tan grave
que muy poco podía sosegarse.

En tanto que'l pasava estos trabajos,
Hero quedava dentro en l'alta torre,
mirando en su ventana y escuchando

como desamparada en tierra ajena,
poco menos doliente y afligida
que la hija quedó, del rey de Creta,
al tiempo que Theseo la dexó sola,
olvidada en la isla entre alimañas.
Estuvo allí de l'arte que os he dicho,
sin hazer movimiento de sí misma,
hasta que anduvo más entrando el día
y bullía la gente en sus negocios.

Tornóse ha echar entonces en su cama,
fingiendo mal, mas bueno era fingillo.
Huvo de levantarse, no pudiendo
sosegar ni valerse en algún modo.
Vistióse, pero no como solía,
porque'ran antes desto sus vestidos
de colores alegres y agradables,
a su hermosura y juventud conformes;
vístese agora de vestidos tristes,
y tócase también de tristes tocas,
fingiendo todavía no'star buena.

Andava, así, pasando su miseria,
contemplando la mar y aquel camino,
como si en él quedara rastro alguno.
Eran sus ejercicios ver el tiempo,
y entender las mudanças de la luna,
y saber de los signos y planetas,
las ásperas y blandas impresiones.
Y esto no lo aprendió por las escuelas
d'aquellos que interpretan Ptolomeo.

Nunca piloto, en golfo navegando,
desde su popa'stuvo tan atento
a'scudriñar pronosticando el cielo,
como ella'stava, desde su ventana,
puesta en mirar el sol si se ponía
oscuro o claro, o si al salir la luna
dava señal de viento o de bonança.

El fin de su negocio aquí tratava,
porque'l concierto dellos no tenía
otra dificultad, sino era sólo
la de la mar, la cual ya entonces era
más de temer, por ser el principio
del triste invierno, do los vientos andan

por salir de su cárcel y vengarse
de lo poco que han hecho en el verano.

Ésta fue la razón por do Leandro,
al tiempo que se fue de'star con Hero,
casi se fue perdida el esperança,
y Hero también quedó con poco aliento,
sin poders'ayudar de los consuelos
que da el amor a aquellos sus queridos
que alcançan por merced hecha a muy pocos
amar por un igual y ser amados.

El bravo Escorpión ya levantava
su cabeça al ardor del gran planeta,
y las estrellas, que'n su cuerpo moran,
ivan echando fuertes amenazas,
cuando los dos amantes se turbavan,
rebolviéndoseles toda la sangre;
viendo turbarse'l aire, a cada paso,
los días caminavan hazia'l punto
de donde suelen dar su buelta presto;
los puertos se cerravan y la gente
no andava ya tan suelta en sus comercios;
los tristes navegantes se guardavan
de fiar sus navíos de las playas;
dava la mar sus espumosos golpes
en la riberas d'Asia y de l'Europa.

¿Qué hará la cuitada en tal afrenta?
¿Engañars'ha diziendo que no es nada
la fuerça de la mar y de los vientos
contra las flacas fuerças de un mancebo?
¿Desengañars'ha, pues, determinando
de no mostrar su lumbre hasta'l verano?
¿Podrá tragar d'un trago tantos días,
tan duros, tan amargos y tan largos?
¿Quién te dará consejo en tal aprieto,
¡o Hero!, quién podrá con tu alvedrío,
pudiendo tu alvedrío ya tan poco?

Conséjate mi fe contigo misma,
pues para ti no queda otro consejo.
Déxate ir ya corriendo tu fortuna,
has lo peor si quies determinarte.
Y pierde tu negocio, pues no puedes
sufrirte un breve tiempo por ganalle.

Cargava el crudo invierno cada día,
y cargava el dolor d'esta señora,
no alcançando remedio en su deseo,
sino aquel que'n poder del viento'stava.
Si algún descanso alguna vez tenía,
era subirse a lo alto de su torre,
y a su plazer d'allí mirar Abido.
Y en tanta multitud de tantas torres,
luego le dava el alma en la primera
si sería la de Leandro aquélla,
y empeçava sin más a contemplalla.

Vido una tarde, desde su ventana,
unas pisadas d'hombre en el arena,
y luego imaginando entre sí misma
«¡O si éstas, dixo, fuesen las pisadas
que aquí dexó Leandro cuando vino!»
Muchas noches dezía: «Ésta fue el ora
que aquí llegó mi bien», y así empeçava
por orden a pensar lo que pasaron,
mas luego la memoria s'encogía,
que no es manjar de tristes lo pasado
cuando de lo presente es tan contrario.

Otras vezes, andando la mar alta,
y estando en mayor fuerça la fortuna,
se l'antojava que abonava el tiempo,
y entonces s'alegrava, pero luego
tornava a la verdad, y a su tristeza.
Otro día, después, le parecía
que la noche pasada bien pudiera
haver puesto su lumbre y que Leandro
pudiera aver venido sin peligro.

Y mientras que'ste antojo le durava,
era el morir y el fuerte congoxarse,
era el darse mil culpas y el reñirse,
era el quedar quexosa de sí sola,
sin tener qué dezir contra los vientos,
y era el determinar con grandes fuerças
de no hazer otro tanto esotra noche.

Mas después que la noche era venida,
viendo la tempestad toda en su fuerça,
midiendo la presente y la pasada,
vía su proprio error abiertamente.

¿Qué diremos agora de Leandro?
¿Qué diremos, sino que padecía
los mismos accidentes y dolores?

En entrambos ardía un mismo fuego;
havía d'hazer por fuerça un mismo efeto.
Y así stava el cuitado allá, en su playa,
lo más del día y la noche toda entera,
tristemente asentado en una peña;
y allí la peña y su alma se partían
los golpes de las olas igualmente.
No le dava'sperança la fortuna,
que se hiziese la seña con tal tiempo,
mas era tan ardiente su deseo
que total desengaño no sufría.

Y así tenía el ojo, a ver su lumbre,
de punto en punto imaginando vella.
Y con este cuidado acontecióle
tres vezes parecelle que la vía,
y cada vez le pareció esto tanto,
que, sin más, acordó d'aventurarse,
no pensando por donde era el camino,
sino sólo acordándose dond'iva,
y así se desnudó todas tres vezes,
rostro a rostro a la mar arremetiendo,
y todas le bolvió la mar en tierra,
haziéndole tragar sus fuertes tragos.

Entonces se bolvió su duelo en saña,
y con palabras de furor terrible,
«¡O Bóreas –gritó– ¿por qué así quieres
destruirme y matarme con tus furias?
Esa mar que levantas ¿tú no entiendes
que sólo contra mí'stá levantada?
Tantos días ha ya que començaste
a mostrar tu poder, que ya no puedes
topar con quien no'sté puesto a recado.
Puestas están las naves en sus puertos,
seguras de tus manos, los tratantes
entienden en sus tratos dentro en tierra.
Los que pescan sus redes han cogido
y en sus choças están juntos holgando.

Las Nimphas con su madre en sus moradas
dobladas estarán sobre tus fuerças.

Los phocas y delphines y otros monstruos
ya saben adond'han de guarecerse.
Todos están, en fin, puestos en cobro.
Yo solo soy quien tus movimientos
descargan su malicia cuanto pueden;
dondequiera m'alcança tu fortuna;
no hay puerto para mí si no es sol'uno,
y déste tú m'apartas y tú m'echas,
echándome al través doquier que vaya.

¿No t'acuerdas de ti, de cuando amaste,
con cuánto ardor tu frío bolvió en fuego?
¿Quién t'atajara entonces tus deseos,
pudieras no perder el sufrimiento?
¿Y si tu rey la cárcel no t'abriera,
cuando fúiste a tomar a tu Orithia,
quedaras a plazer dentro en tu cueva?
Mide mi desear con aquél tuyo
(aunque siempre muy mal se mide'l mío),
y entenderás la muerte a que m'obligas.
¡Acuérdate ora un poco d'aquel tiempo
que tuviste en tus braços tus amores!
Y si agora con esto no t'ablandas,
y no t'echas, cayéndote en tu lecho,
yo acabo de perder toda'sperança,
y no gasto más tiempo en conjurarte,
ni en echarme a tus pies, echando gritos,
después de tantas lágrimas echadas.»

Bolvió a sentir, tras estas sus querellas,
la tempestad bolver como de nuevo,
y en esto no fue tiempo de más saña,
ni d'echar más palabras contra'l viento,
sino de desmayar y de entregarse
a cuanta adversidad venir quisiese.
Estuvo así tres días con sus noches,
la fortuna durando y él muriendo,
tendido como muerto entre las peñas.

Mas el amor, que aún desto no s'hartava,
y quería acabar ya su tragedia,
llegando el postrer auto al postrer punto,
no le quiso dexar en sus desmayos,
sino que, con la mano del deseo,
le levantó del triste caimiento,
adonde casi ya'stava enterrado.

Y así, un día, después d'anohecido,
dixo entre sí: «Sé que'ste bravo tiempo
ha de tener sus términos por fuerça.
Y si dezimos que's ira del cielo,
también terná su punto donde pare;
no puede ser tan grande la vengança
de los dioses que'l mundo ora s'acabe.
Pues si esto ha de parar tarde o temprano,
¿no es mejor esforçarme y'star fuerte
para cuando la seña pareciere,
que ser entonces muerto o'star flaco
que no vea mi lumbre o que la vea
para no poder ir do me llamare?»

Con esto se'sforçó consigo mismo,
y empeçó a levantarse poco a poco,
tomando su camino para Abido.
Y allí'stuvo dos días trabajando,
de darse algún alivio y cobrar fuerças.
Iva saliendo el sol ya del Centauro
y callentava del Cabrón los cuernos,
cuando Leandro, saliendo una mañana,
a l'orilla de l'agua a ver el tiempo,
vio que la mar sus ondas levantava
algo menos inchadas que solía;
y'stando atento al discurrir de l'agua,
vio que sus golpes s'alargavan menos,
y menos ocupavan la ribera.

Entonces, con un gozo dulce y blando,
començó a echar las lágrimas que suelen
echar los tristes, cuando en sus tristezas
algún modo les viene d'esperança.
Y de sí le tomó un dolor tan tierno
de ver el mal en que visto s'havía,
que aumentava el llorar en abundancia.
Todavía abonava la fortuna,
entrando más el día, y aún el cielo
arrasava la parte do era el viento,
y así el fuerte amador levantó su alma
a hazer sus cuentas y a pensar el cómo
y el cuándo la su luz parecería.

Pasó aquel día en esperar la noche,
estando atento al revolver del cielo.

Nunca tan fixo fue'l mirar de Clicia
mirando'l sol, ni cuando bivió nimpha
ni después cuando en yerva fue tornada,
como fue'l de Leandro en este día,
contando los momentos que faltavan
al punto de la noche deseada.
Estendióse la sombra por el mundo,
escureciendo las más altas sierras,
y aunque'n esta tal ora suele'l viento
echarse muchas vezes, no fue entonces,
antes se levantó como de nuevo.
Y empeçó a renovar su paroxismo,
puesto que, a la verdad, no era tan grande
como fueron los otros ya pasados.

Todavía la'scuridad cargava,
y por allá, al extremo de los polos,
s'oían ciertos truenos, y allá dentro,
el piélagó bramava fuertemente.
Si allí fuera Leandro Palinuro,
o no fuera Leandro, claro viera
el peligro que'l tiempo amenazava,
mas así'stava arriba ya ordenado,
y así no vía el triste lo que vía.

Hero, de l'otra parte, 'stava ardiendo,
no pudiendo sufrirse en su deseo,
y así le pareció todo ser fácil
sin andar más en pláticas consigo.
Por lo cual, no curando de más cuentas,
determinó d'hazer lo que quería
quemándosele'l alma en bivo fuego,
como aquella que'stava resoluta,
después d'haver gran tiempo vacilado.

Llegada, pues, la ora de la noche,
que a todos en reposo es concedida,
quiso poner su lumbre a la ventana,
mas el viento, que andava apoderado,
reforçó más en aquel mismo punto,
y como si a sabiendas lo hiziera,
envistió en la ventana, con tal furia,
que la lumbre mató y echó de dentro
a la triste'n mitad del duro suelo.
Del caer no sintió sino el agüero
y el estorvo d'aquel poco de tiempo.

Mas como quien ligeramente corre,
y al precio señalado va el primero,
y de vencer es tanta su codicia,
que, aunque caya en mitad de la corrida,
sin poner tiempo en levantarse, buelve
a correr mucho más ligeramente,
así la desdichada tornó luego
con un ímpetu nuevo a su negocio.
Y bolviendo a querer hazer su seña,
otro golpe de viento bolvió a dalle,
derribándola así como el primero.

¡O porfía d'amor!, ¿a qué no bastas
con tus fuerças en nuestros coraçones?
Otra vez uvo de'ncender su lumbre,
otra vez le fue fuerça que'ncendida
la llevase a poner en su ventana,
poniéndole reparos contra'l viento.
Súpitamente, en esto, las tres Parcas
sus cuchillos tomaron en las manos,
apercibidas, aguardando el punto
para cortar los tratos y las vidas
destos tristes amantes mal logrados.

La lumbre'stava ardiendo en la ventana;
Leandro, a l'otra parte, en la ribera;
y como vio su'strella amanecida,
la noche se le hizo día claro,
la fortuna se l'antojó bonança,
y el crudo viento un aire sosegado;
todavía tras esto era el deseo
tan grande d'acertar lo que'mprendía,
que, por razón, y por amor, estava
temiendo aquello que temer no supo.

Y en este punto s'ofreció tras todo
oír, acullá, lexos grandes bozes
y llantos d'una nao que se perdía.
Saltóle'l coraçón dentro en sus pechos,
mudósele'l color de las mexillas,
y púsosele enhiesto su cabello,
viendo presente allí su muerte biva.
Entonces, sus rodillas por el suelo,
bolviendo al cielo sus cansados ojos,
a los mayores dioses, y menores,

a todos, invocó con grandes ruegos,
y a Venus y a Neptuno más que a todos,
con lágrimas, diciendo estas palabras:

«¡O santa Venus, que'n la mar naciste,
para valer a cuantos te siguiesen,
ardiendo por amor, como yo ardo,
vesm'n la mar y vesme que te sigo,
sin poderte seguir, si no me vales!
Un moço fui criado entre mis padres,
sin desear hazer agravio a nadie,
con ganas de seguir buenas custumbres,
guardéme d'andar suelto, entre los vicios,
en que suelen andar sueltos los moços.

Nunca salí vagando por el mundo,
ni é salido jamás sino a tu templo,
adonde m'inspiraste'l amor grande,
por el cual é caído en lo que vees.
Si este proceso de bivar merece
lo que no merecieron los gigantes,
cuando guerra movieron contra'l cielo,
muy justos me vernán estos martirios.
Mas si mi juventud y mi inocentia,
y el hazer de mi alma sacrificio
en los altares de tus mandamientos,
merecen gualardón y no castigo,
¿por qué consientes que me den más penas
que sufre Salmoneu y sufre Ticio?

Presentes a tus ojos mis sentidos
todos están, sin ascondese alguno.
¡Duélate mi dolor, que tanto duele,
muevan ya mis entrañas a las tuyas;
ten lástima d'un moço que se pierde
al primer paso de su dulce vida!

Y tú, Neptuno rey desto que'n suerte
te cupo, en el partir con tus hermanos,
mira la causa de mis tristes llantos.
Verás que por amor está en peligro
de perderme'n mitad deste tu reino.
Tú sabes por amor cuántos dolores
padecen los mortales y inmortales.
¿Qué padiciste tú por Menalipe?
Por Ceres, ¿qué pasaste, y por Medusa?

¿No bolviste'n delphín, tú, por Melantho?

¡Así pudiese yo bolverme'n esto!
Mas en tanta miseria mucho pido.
Si en los males que pasan por los unos
hazen sentir los males de los otros,
¿por qué mi mal no sientes ¡o Neptuno!?
¿Y por qué, si le sientes, no me hazes
camino por mitad destas tus aguas?
No sufre tanto bien mi fuerte'strella

Pero ya pueda más tu santo pecho
con las blanduras que d'amor te quedan,
que no el bravo furor de mi fortuna
con la dureza de mi nacimiento.
Si de mis pocos años no te dueles,
duélete de los muchos de mi padre
y de los fuertes llantos que la triste
de mi madre hará, cuando supiere
el desastrado género de muerte
que me'stuvo aguardando entre tus ondas.

Considera el morir que ha de ser éste,
ir yo a mi bien, teniéndole tan cerca,
y en la ida morir ante sus ojos:
ir apriesa a llegar do'stá mi vida
y topar con la muerte en el camino;
veré mi luz que me'stará llamando,
terné la mar que me andará sorbiendo;
llevarm'á el alborozo de la torre
y enterrarm'ha de l'agua la braveza;
pensaré yo llegar donde'stá Hero
para gozar de toda su hermosura,
y a trueque desto, llegaré a lo hondo,
para ser allí muerto entre los peces.

¡O Hero mía, o Hero, mis entrañas!,
¿qué dolor será el tuyo cuando vieres
a l'orilla de l'agua'star tendido
este tu cuerpo sin esta alma tuya?
Porque voy para ti, de ti me parto,
despídome de ti, para ti yendo.
¡O'straño despedir, o'straña ida,
que la fuerça que pongo por hallarte,
toda la veo puesta ya en perderte!
No te duela, ¡o mi bien!, mi muerte tanto,

como, triste, é temor que ha de dolerte.
Tiempla tu amor, después de ser yo muerto,
que aun allá do'stuvia, terné alivio
cada vez que supiere de tu vida,
y allá descansaré con tu descanso,
y gozaré de cuanto tú gozares,
como aquí gozaría si quisieses.

¡O Neptuno!, que a ti quiero bolverme
y tornar otra vez a suplicarte,
por estas tantas lágrimas que vierto,
por el mal entrañable que padesco,
por la vegez y el llanto de mis padres,
por el afrenta y por la muerte d'Hero,
por los dolores que d'amor sentiste
en el amor de cuantas t'he nombrado,
que atajes esta mar que anda bolviendo
a levantar sus poderosas fuerças
contra un hombre tan flaco y tan cuitado,
como agora yo'stoy en esta arena.»

En acabando la postrer palabra,
acabóse de desnudar y luego
saltó en la mar con ánimo admirable,
como saltó el troyano entre los griegos
el día que mató al triste Patroclo.
Un rato fue siguiendo su camino,
con trabajo, pero podía hazello,
mas ya después que allá, más adelante
llegó, la mar s'embraveció del todo,
rebentando sus furias concebidas;
envistieron los vientos con sus fuerças,
el Aquilón, el Áfrico y el Euro,
haziendo sierras espantosas d'agua;
los truenos y los rayos s'alcançavan;
el cielo se rompía en torbellinos
y la mar del furor que padecía
hasta'l hondón s'abría espesas vezes.

Peleava en mitad destas fortunas
sin desmayar un punto el triste moço,
luchando con sus pies y con sus manos,
rompiendo por la muerte y por las ondas,
teniéndose entre tantos enemigos;
pero la tempestad creciendo andava,
y aunque la noche a la mañana s'iva,

no había'sperança allí de ningún día.
Este andar peleando duró tanto
que Leandro, que'n fin era de carne,
començó, el triste, de perder sus fuerças.

Empeçaron sus braços a vencerse,
sus piernas anduvieron desmayando,
entrávale la muerte con el agua,
y dél a su plazer tomava el tiempo.
Él, viéndose morir entre'stos males,
la postrer cosa que hizo el desdichado
fue alçar los ojos a mirar su lumbre.
Y aquel poco d'aliento que tenía,
echóle todo en un gemido baxo,
embuelto en la mitad del nombre d'Hero.
Y allí un golpe le dio del mar tan bravo,
que le sorbió del todo en un instante,
y en este mismo punto, un torbellino
acabó de matar la lumbrezilla,
testigo fiel y dulce mensagera,
d'estos fieles y dulces amadores.

Começó a esclarecer en este tiempo,
y Hero, con furia de mortal congoxa,
con los ojos buscando toda el agua,
buscando las riberas y buscando
más allá que llegava con su vista,
no viendo nada, en fin, cayó de pechos
en la ventana, sobre las barandas.
Y acaso, sin sentir cosa que hiziese,
que ya poco sentido le quedava,
hazia'l pie de la torre miró el suelo,
y su Leandro vio muerto en l'arena.

Entonces, con la ravia de la muerte,
a rasgar empeçó sus vestiduras,
mesando sus cabellos y arañando
su lindo rostro, sus hermosos pechos,
inchiendo d'aullidos todo'l campo.
Tras esto, así, sin más pensar su muerte,
dexándose caer de la ventana,
dio sobre'l cuerpo muerto de Leandro,
que aún entonces se l'acabava el mundo.
Y así se fueron juntas las dos almas
a los campos Elisios para siempre.

CAPÍTULO

Aunque scrivir es ya tan escusado
como es hablar, y entrambas cosas dañan,
según he visto siempre qu'an dañado,

a bueltas de otras cosas que m'engañan,
quiero, también en ésta, yo engañarme,
hurtando'l cuerpo a las que desengañan,

qu'agora en tanto mal desengañarme,
tentar a Dios parece que sería
y sería quizá desesperarme.

Por eso toda junta el alma mía
s'echa a tus pies merced te demandando,
para poder servirte noche y día.

Acuérdate, señora, cómo amando
tu hermosura, y tu valer sintiendo,
tus gracias una a una imaginando

y tu saber en parte conociendo,
mis días y momentos he gastado,
a mí y a mi salud y a ti perdiendo.

Si con mi voluntad havert'amado,
con mi entender haverte yo entendido,
con mi memoria haverte en mí pintado,

si haver, en fin, con todo mi sentido,
mi alma, en ti, como en su bien entero,
del todo trasportado y convertido,

son causa principal porqu'así muero,
a tal crueldad, a tanta sinjusticia,
no sé buscar, ni pido, ni requiero

emienda, ni razón, ni otra justicia,
sino qu'acabes ya lo començado,
hinchendo de mi sangre tu codicia.

Mas esto'stá por ti tan acabado,

que'mpacho será hazer cosa tan hecha:
en esto tu poder s'ha bien mostrado.

Mi vida está por ti ya tan desecha,
quel poder que mostraste en deshazella
muestra l'ora en que'sté por ti rehecha;

mira bien qué será de nuevo hazella
y qué será hazella de no nada;
hazla, pues, ya siquier para perdella.

Tu fuerça será aquí toda provada,
y mostrars'ha tu mano poderosa
en obra que entre mil será nombrada.

Para hazer mal bastante es cualquier cosa:
la fuerça, que en sí es flaca, torna fuerte
el rato que acaesce ser dañosa;

¿quién ay tan ruin que no pueda dar muerte?
Puede matar un yerva o un gusano,
y otra cosa si la ay de menor suerte.

Dar vida no la da poder liviano,
ni hazer bien tampoco no acaece
salir sino de valerosa mano.

¡Da vida pues al que por ti fenece,
haz ya, señora, bien al afligido
quen puro amor puro dolor padece!

Córrete de perder lo que es perdido
y ónrate de curar lo tan dañado,
que aun el provecho es daño en mi sentido.

Mira el proceso de mi gran cuidado,
buelve mi corazón de hoja en hoja:
verás la vida que por ti he pasado,

que ora corta, ora larga se m'antoja
según pinta mi mal mi fantasía,
y cómo Amor m'enoja o desenoja.

Si agora te contase desde'l día
primero que te vi lo que he sufrido,
¡qué lástima y dolor te movería!

Desto tu corazón cuasi vencido,
si por desdicha cura de ablandarse,
daría en quedar del todo endurecido.

Por eso mi dolor n'osa mostrarse
por no cargar agravios a mis queexas,
que ¿quién no s'harta en vano de quexarse?

No sólo tú mil vezes no me dexas
o quejar o llorar con mis heridas,
mas eres la que entonces más te queexas.

¿Qué harán, pues, mis llagas doloridas,
si aun este remedio tan cuitado
me quitan tus palabras desabridas?

Todavía mi mal, como forçado,
a ti, con sus querellas se presenta,
mostrándote la sombra de su stado.

Esta será una suma o breve cuenta
de mi pena, la cual imaginando
mi corazón en lágrimas rebienta.

No oso pensar el día y hora cuando
mis ojos començaron a mirarte
su vista poco a poco desmandando.

Entonces comencé a considerarte
con pensamientos que ivan y venían
y cuasi no era más d'imaginarte.

Los unos blandamente me dezían
que con mi corazón todo t'amase,
los otros s'alteravan y temían.

Fuerça fue en fin que poco a poco entrase
a conoscer mi triste entendimiento,
que era bien que tus cosas contemplase.

Allí se levantó mi pensamiento
haziendo su descurso en mil ojetos
y todos sobre un mismo fundamento.

Allí d'amor vinieron los efetos,

los unos a los otros estorvando
y produziendo en mí nuevos concetos.

Entonces fui cad'hora más amando,
con miedos y deseos juntamente,
mostrando mi dolor, disimulando.

Si entonces ante ti'stava presente,
tam baxo me hallava, que allí luego
quisiera haver estado siempre ausente;

de ver tu hermosura'stava ciego,
sintiendo mil miserias y flaquezas
que agora por mi honra te las niego;

andava sobr'aviso en mis tristezas
templando mi dolor, mas la templança
movía contra mí más asperezas.

Una vez me hallé con esperança
de dezirte mis males como quiera,
o con poca o con mucha confiança.

Mas luego dixé en mí que mejor era
llevar temporizando mi sentido
que mi pena mostrar tan lastimera.

Y así saqué, señora, por partido
de dezirte mi mal dende á diez años
y aun me pesó dar término finido.

Todos estos, en fin, eran engaños,
que d'apretada el alma no podía
dexar de descubrir sus grandes daños.

Desto m'acaeció, señora mía,
que el coraçón te descubrí en el punto
que menos acordado lo tenía.

El tormento salió todo tan junto,
tan llanamente, tan sin vanidad,
tan conforme a sazón, y tan a punto,

que tuvo tanta fuerça esta verdad,
que aunque no te venció para vencerte,
a lo menos venció tu crueldad.

Y así pudiste tú no embravecerte,
y pude yo mi muerte señalarte,
y pudieron mis lágrimas moverte.

Creciendo fui en siempre contemplarte,
tanto, que en mí parece que cesava
el acordar, cesando el olvidarte.

Tan puesto en ti mi entendimiento'stava,
tan asida también mi fantasía,
que cuasi la memoria atrás quedava.

Tu cuerpo letra a letra le leía,
aunque miralle particularmente
mi seso pocas vezes lo sufría;

y aun todo contemplalle juntamente
no podía sino como pasando
mi sentido por él medidamente.

Parecía quel alma andava hurtando,
ora una vista, y ora dende un rato,
de su necesidad s'aprovechando.

Tratava Amor conmigo un nuevo trato,
mil figuras al corazón trayendo,
que ora costavan caro, ora barato.

Era éste tu cuerpo, el cual yo viendo,
tan grand'era mi miedo y mi deseo,
que moría entre yelo y fuego ardiendo.

Pues ya de tu alma si'scrivir deseo
tanto he de andar por lo alto rodeando,
que avrá de ser perderme en el rodeo.

Andaré pues así como traçando
las figuras por sí, sin las colores,
la obra con mis fuerças conformando.

No basta Amor, ni bastan los amores,
a levantar tan alto mi sentido,
que muy baxos no queden mis loores.

El saber de tu alma es infinido:

¿cómo podré de vista no perdelle,
con éste mi entender ques tan finido?

Harto será de lexos sólo velle;
y aun este ver será en mí tan confuso,
que su bulto veré sin conocelle.

El cielo acá en el mundo te dispuso,
con obra tal que al tiempo que te hizo,
el bien que en él pusieron en ti puso.

Natura en tu labor se satisfizo:
lo presente por ti subió de punto,
y lo pasado en ti también rehízo.

Cuanto bien entendemos está junto
en tu spirtu, del cual su rayo estiende
en tu cuerpo su luz de punto en punto.

Y por aquí también su llama enciende
aquel ardiente fuego que consume
todo el mal en el alma do s'aprende.

Cuanto vale'l amor, por ti presume;
lo que dél por acá y allá s'alcança,
en ti sola señora se resume.

Por ti nuestro entender tiene sperança
de levantars'al movedor primero,
d'una en otra y en otra semejança.

Hago mucho pues yo si por ti muero,
si aun en el bien estoy tan sin sosiego,
si mil vezes espero y desespero;

aunque perdido'stoy, no'stoy tan ciego
que en lo que hago piense que merezco:
que forçado es quemarme si'stó en fuego.

Merezco sólo yo en lo que padezco,
por ser tan voluntario mi tormento,
que en las penas penar no me parezco.

Y aunque en esto quiçá dirán que miento,
y muchos pensarán ques delgadeza,
lo que agora diré de lo que siento,

digo que Amor me llega a tal fineza
que grangeo mi mal y le regalo,
y m'alivio con él en mi tristeza.

Sólo el tibio sentir tengo por malo;
cualquier otro dolor, si es muy ardiente,
es luego para mí muy gran regalo.

Cuando d'amor me da algún accidente,
tal temor he que presto ha de dexarme,
que nunca gustó dél enterarme.

Mi bien y mi descanso es regalarme
en amarte, servirte, obedecerte,
en valer para ti y en mejorarme.

Deseo tu querer para quererte,
quel tuyo es necesario para el mío,
y más por uno ciento he de bolverte.

No te parezca luego desvarío
si contigo me mato y más conmigo,
cuando de tu querer yo desconfío.

Carecer yo d'aquello que'n ti sigo,
bien se puede sufrir, mas no se puede
carecer del amor que ora en ti digo.

Por doquiera que mi fortuna ruede,
cualquier cosa mi mal haga o deshaga,
o alto, mi corazón, o baxo quede,

siempre'stará por ti fresca mi llaga,
con que tu voluntad muy llanamente
con sólo tu querer me satisfaga,

¡o señora!, que mi crudo accidente,
según en mis entrañas yo le veo,
no es por amar hablando propiamente.

Mi deleite y mi bien es mi deseo,
mi quererte y amarte son riquezas
que m'enloquecen cuando las poseo.

Pero de mis congoxas las cruexas

son sobresaltos, son desconfianças,
sospechas y temores y tristezas;

y son desengañadas esperanças,
y celos y dolores y tormentos,
y muertes ante mí mis confianças.

Estos que'scrivo son los pensamientos
con quel amor de punto en punto cae,
aunque quedan enteros los cimientos.

El triste sospechar es el que trae
al coraçón las tristes chismeras
por do mi bien en más dolor recae.

Los desengaños son mis fantasías,
desdel cielo caídas hasta el suelo,
trastornando tras sí mis alegrías.

Los otros males que ay en este duelo,
nombre no les sé dar ni los entiendo,
por mucho más que en ellos me desvelo.

Mas lo que desto, en fin, triste comprendo
es que padesco desamor amando;
desamor, digo, en mí por ti sintiendo.

En el punto que'stoy más deseando,
gozando de entenderte y contemplarte,
y en esto toda el alma levantando,

no sé qué s'es quel bien deste gozarte
me le trastorna todo un pensamiento
que de verdad me fuerça a desamarte.

Desto padezco yo tan gran tormento
que bastaría, si esta culpa fuese,
a bolvella en mayor merecimiento.

¡O si el amor en mí bivar quisiese,
como en su casa descansadamente,
sin que sus enemigos acogiese,

de manera que amase blandamente
mi coraçón, con un deleite extraño,
cual ora alguna vez mi alma siente!

No sentiría yo, con bien tamaño,
aquel dolor, aquel crüel estrago,
aquel d'amor tan poderoso daño,

aquel mortal, aquel perpetuo trago
que los tristes amantes llaman celos
que, agora, pues le nombro, mucho hago.

¿Quién osará pensar en los recelos,
no recelos, sino crudos espantos,
que traen los celosos desconsuelos?

Éstos, señora, son tales y tantos,
que tiembla y s'entorpece la mi mano
con el triste desmayo de sus llantos.

Será, pues, bien en mal tan inhumano
pasar de buelo a gran correr, huyendo
por lo áspero dél y por lo llano.

Y con este correr andar siguiendo
aquel pintor del triste sacrificio,
que mucha parte dél pintó cubriendo.

Y aunque agora quiçá parezca vicio
ponerme yo en contar cuentos pasados,
teniendo los presentes por oficio,

para el dolor de mis tristes cuidados
no será malo un poco divertirse,
por divertir mis males tribulados.

Cuando el griego poder quiso partirse
d'Aulide, donde'stuvo recogido
sperando buen tiempo para irse,

un temporal tan presto fue movido
con tal furor quel griego ayuntamiento
uvo destar en Grecia detenido.

Hallada, pues, la causa d'aquel viento,
fue el remedio también presto hallado,
por do quedó el ejército contento;

que fue d'un sacerdote revelado

que una virgen allí sacrificasen
y cesaría el viento levantado.

Y así ordenaron suertes que se echasen,
y luego a quien la suerte le cabría
que con crüel cuchillo la matasen.

La suerte dio en la triste Iphigenia,
hija d'Agamenón, rey desdichado,
pues una hija tal así perdía.

Venido pues el término aplazado
que a la afligida virgen condenava
a cumplir exercicio tan malvado,

de rodillas la tierna moça'stava
ante'l crüel verdugo abominable
que ya en su corazón la degollava.

Era de ver el caso lamentable:
el mal sayón con ademán sangriento
y la virgen con gesto miserable.

El pueblo al triste oficio'stava atento,
con el semblante del mirar pasmado,
triste señal del triste sentimiento.

Cuando aquel virginal cuello cortado
fue, con la fuerça de la fuerte'spada,
y su spirtu en los vientos derramado,

tamaña crüeldad fue publicada,
y quedó entre las gentes por historia,
historia en toda Grecia muy llorada.

Y porque no cayese la memoria
deste tal caso, grandes escritores
ganaron, escriviéndole, gran gloria.

Asimismo también sabios pintores,
en pintar tan amarga desventura,
se pusieron en ser competidores.

Entre otras, hubo desto una pintura
en la cual un pintor puso artificio,
que igualava en gran parte la natura.

Pintó primero, en este sacrificio,
la muerte y el dolor desta donzella,
y más la fealdad del maleficio.

Y presentes pintó, en la muerte della,
sus hermanos con rostros d'amargura,
queriendo y no pudiendo solo vella.

Pintó después la madre en su figura,
no llorando, la triste, mas muriendo,
con cuanto extremo alcança la tristura.

Tras todo esto el buen pintor queriendo
pintar el padre como convenía,
más fuerça de congoxa en él poniendo,

conoció que en la triste madre había
puesto el dolor conforme a dolor tanto
cuanto pudo alcançar su fantasía,

y así, por no apocar del padre el llanto,
acordó de pintalle, el buen maestro,
la cabeça cubierta con un manto.

De'starte yo, con el dolor que nuestro,
si he de pintar mi pena en su figura,
havré de ser de pura fuerça diestro.

En el proceso desta mi pintura,
yo he pintado los tristes acidentes
d'aquel dolor quen mi alma se figura.

Y helos puesto así bien como parientes,
con sus rostros a su dolor conformes,
delante mi morir todos presentes.

Las mis penas he'scrito tan inormes,
tan amargos y tristes los mis duelos,
de cualquier otro duelo tan diformes,

que queriendo después pintar los celos,
como el mayor tormento en los amores
y como aquel ques rey de desconsuelos,

faltó el pinzel, faltaron los colores,

quedó de la labor vencida el arte,
para un dolor tan grande entre dolores.

Y así pues yo no soy agora parte
para'screvir tan principal tormento
que en los amantes es la total parte.

Pintaré deste mal su sentimiento
callándole y dexándole cubierto,
y harto mostraré lo que dél siento
mostrándome por él tendido y muerto.

EPÍSTOLA

El que sin ti vivir ya no querría,
y ha mucho tiempo que morir desea
por ver si tanto mal s'acabaría,

a tu merced suplica que'sta lea
porque no es para durar más parte
sin que de algún alivio se provea.

Y pues verás que en mi'scrivir no ay arte
sino dolor, comiença de dolerte
de quien a su pesar ha d'enojarte.

Triste de mí, pues no püedo verte,
mi remedio ha de ser importuno,
quel remedio también ha de ser fuerte.

Mis males escribirte de uno en uno,
ni puedo yo ni quiero aunque pudiese,
porque aun callando sé que te importuno.

Yo sé muy bien que si alguno dixese
cuál quedo aquí, que tú l'escucharías
puesto que más perdido o loco fuese,

y a mí, que digo las congoxas mías,
no sé por qué no quieres escucharme
y te plaze acabar mis cortos días.

Si piensas que ha de ser honra matarme,

yo moriré, señora, si lo mandas,
pero tú no querrás por no mandarme.

Querría saber cierto tras qué andas,
porque siga mi voluntad la tuya,
pues sigue cuanto mandas y desmandas.

No plega Dios que mi querer rehúya
cosa con que tú quedes satisfecha,
antes mi cuerpo y alma se destruya.

Pero, señora, lo que me despecha
es que no sé con qué serás servida,
y así el seso no sabe por dónde echa.

Mi voluntad está como perdida;
perdella es gran dolor siendo tan buena,
cayendo habrá de dar muy gran caída;

no tiene adonde asir sino en su pena;
esto no durará, que ley tan dura
que toda ley de hombre la condena.

¡O quién pintar pudiese la tristura
con que te scrivio agora estos ringlones
por testigos de tanta desventura!

Si bastan para esto mis razones,
bien podré yo bastar para moverte,
aunque tengas dozientos coraçones;

mas nunca yo podré hazer saberte
mi gran dolor, ni quiero procurallo:
basta tener poder para quererte.

Basta dezir que muero porque callo
y callaré si el mal me lo consiente,
mas tampoco podré según me hallo.

Dado es quejar a quien está doliente;
todos le dan para gritar licencia,
y él solo de dar bozes s'arrepiente.

Destarte yo, quebrando mi paciencia,
todos dizen que grite, que bien hago,
y sólo a mí m'acusa la conciencia;

pues yo por ti tan cruda muerte trago,
consiénteme'l quejar por gran remedio;
pequeño es, mas yo me satisfago.

Tan baxo estoy que desto me remedio;
mostróme la miseria contentarme
y querer dar en todo algún buen medio.

De nuevo, començar quiero a quejarme,
buélvete agora a las querellas mías:
no para más, señora, de'scucharme.

Mostrart'é brevemente los mis días;
mas cuando los verás, ¡o qué certeza
sonreírte y dezir: qué niñerías!

¿Niñerías, pues, son pasar tristeza,
que de un encuentro un hombre desbarata
y contra él mismo l'arma de cruera?

¿Y niñerías son do no se trata
sino de vida o d'alma o de la honra,
y do el saber su mismo dueño mata?

¿Y niñerías son do con deshonra
sufrimos tanto mal quel sufrimiento
que suele ser honrado nos deshonra?

¿Y niñerías son que un pensamiento
destruya tantos otros pensamientos
y sea el mayor daño estar contento?

¿Y niñerías son mil escarmientos,
y no quedar jamás escarmentados
antes buscar materia de tormentos?

¿Y niñerías son estos cuidados
que paso yo, biviendo no sé cómo?
Niñerías no son, mas son pecados.

Confieso yo que tienen poco tomo
muchas vezes mis cuitas y dolores,
pero muy graves son según las tomo.

Aquí verán los buenos amadores,

mientras de menos mi dolor se haze,
que deven ser más rezios mis amores;

mas sea todo en fin como a ti plaze;
tenga, señora, el nombre que le dieres
este dolor, que el alma me deshaze;

sea su nombre tal cual tú quisieres,
que su fuerça será matarme presto,
según las fuerças son con que me hieres.

Pero yo stoy con coraçón dispuesto
a padescer sin culpa cruda pena,
sin quejar del agravio que ay en esto;

terné tu sinrazón por razón buena,
seré con gran justicia condenado,
pues que tu sinjusticia me condena;

tu sola voluntad hará culpado
mi coraçón que nunca pudo errarte,
si no es errar haverte tanto amado.

Quiçá es error, señora, más amarte,
que, si de mí no quieres ser amada,
amarte no será sino cansarte;

mas ¿qué hará mi alma si es forçada
por tu valer y gracias a quererte?
¿No será con su fuerça desculpada?

Si mi querer, señora, es ofenderte,
y el querer nace del conoscimiento,
también te terné culpa en conocerte.

¡O'strecho paso de mi pensamiento,
que por tu culpa puede haver sospecha
de culpa en el amor que por ti siento!

Mi alma ¿cuál irá tan satisfecha,
si en aquello do está todo su gusto,
su valer y su gloria más derecha,

por ser tu coraçón contra mí injusto,
teme d'hazerte ofensa y desacato,
por do todo su bien torná en desgusto?

Mas triste agora yo, ¿de qué me mato?
Si mi ser y vivir está en amarte,
¿por qué agora sobre'sto más debato?

No plega a Dios que quiera yo enojarte,
ni te quiera un punto ser pesado,
mas mucho menos quiero desamarte.

Yo t'he de amar como hasta'quí t'he amado,
porque'ste no es amor para acabarse;
acábase lo ques mal començado.

Mis sentidos no saben levantarse
sino en sentir tus gracias y entendellas,
y andan siempre sobre'sto en mejorarse.

Procuero de mirallas o de vellas,
y desto en mí me pago y me contento
las vezes que no alcanço a conocellas.

Y aunque agora s'alivia mi tormento
con scrivir mis males toda vía,
no verte me destruye el pensamiento.

Escrivo y pienso cómo te vería;
no quita el desear no ser posible;
antes s'enciende más la fantasía.

No se refrena Amor con lo imposible;
ni la dificultad le da templança;
antes está con ella más terrible.

¡O crudo Amor!, ¿de quién tomas vengança,
en matarme, si nunca te hize afrentas?
Lo que é hecho es tener en ti sperança.

Mas, en fin, ¿para qué son ya más cuentas?
Basta que'stoy sin verte y sin oírte
éstar, señora, son todas mis rentas.

¡Qué cosas pierdo agora de dezirte,
que si me vieses las entenderías,
y todas las destruyo en escrevirte!

Yo sé muy bien que no te holgarías

por mucho mal que, triste, me quisieses,
cuando el estrago vieses de mis días.

¡O si de mí dolerte ya quisieses,
tanto, que yo pudiese conocello,
a fin que algún esfuerço me pusieses!

mas no oso'sperar esto ni creello,
y aun de pensallo el alma se congoxa,
según lexos estoy de jamás vello.

Lo que yo en esto veo es que m'afloxa
mi gran dolor, el cual al postrer punto
haze llegar el mal de mi congoxa.

Triste, que lo peor siempre barrunto,
y lo que o á de ser saber no puedo,
y en tanta confusión nada pregunto.

vida huyo y al morir he miedo,
y al cabo de rüin sé que no muero,
y en esto yo de mí quexoso quedo.

¡Si supieses las nuevas que ora espero!
No plega a Dios que yo te las escriba;
sea cuanto quisiere mi mal fiero.

Ando por m'engañar para que viva,
y en los esfuerços míos verás cierto
mi fortuna cuál es y cuán esquiva.

Cuantos remedios busco son de muerto;
tú'stás allá quiçá con quien te plaze;
yo'stoy tendido acá en este desierto;

y aquí'stoy tal que no me satisfaze
sino saber que, quanto acá tratamos,
brevemente se haze y se deshaze.

¡O tristes y cuitados los que amamos,
si nunca nos viniese al pensamiento
cómo todos en fin nos acabamos!

Mira pues ya qué buen consuelo sienta,
que m'aconsuela haver d'acabar esto;
es culpa, mas es culpa del tormento.

Deseo que s'acabe, mas no presto,
y cuando s'acabase quedaría
en que no s'acabase muy más puesto.

De noche pienso qué haré de día,
por pensar que seré para hazer algo,
y así pienso con qué pasar podría.

Alguna vez de congoxado salgo
hazia por donde'stás, aunque'stás lexos,
y allí luego desmayo y nada valgo:

allí doblan mis cuitas y mis quexos.
¡O crüel fuerça y general d'amor,
qué empieços son los tuyos y qué dexos!

Al reposo común tengo temor:
el lugar donde duermo así me'spanta
que paso en sólo velle gran dolor.

El oír buenas nuevas me quebranta,
mueve al dolor y enciende la herida
un poco bien en una pena tanta.

Si sé que huelgas, mi alma'stá sentida,
y me lastimo y de verdad m'ensañó
de ver tan diferente nuestra vida;

si dizen que'stás triste, siento daño;
por qué lo'stás, mil causas escudriño,
y en todas juraré que no m'engañó;

cosas pienso de que luego me riño,
más que todo m'ocupan las nonadas:
en esto yo confieso que soy niño.

Aunque si son mis penas contempladas,
muy más que hombre soy, pues así vivo
arrastrando a gran fuerça mis jornadas.

Con todo, yo cuitado, ¿por qué scrivo?
Si escusado só, yo sello a la carta;
escrivio porque sepas que soy vivo

y que será forçado que me parta

para verte; mas, no porque te vea,
basta lo que te devo tener harta.

Pero ¿cómo es posible que'sto sea?,
¿cómo'stará sin verte'l corazón,
que otra cosa más desta no desea?

Mas ¿qué haré, que llevo tal pasión
que, aunque voy donde'stás, moriré presto,
según crecen los males que'n mí son?

No me haze esa ida ningún gesto
para dexar el alma sosegada
ni que piense alcançar partido honesto.

Y por ser más la lástima acabada,
si en el camino acaso me muriere,
será el morir a la postrer jornada.

Esto será, mas sea lo que fuere,
que, 'n fin, yo partiré con confiança
de verte y bastarm'á cuando partiere
para todo el camino esta'sperança.

EPÍSTOLA DE DON DIEGO DE MENDOÇA A BOSCÁN

El no maravillarse hombre de nada
me parece, Boscán, ser una cosa
que basta a darnos vida descansada.

Esta orden del cielo presurosa,
este tiempo que huye por momentos,
las estrellas y sol que no reposa,

hombres ay que lo miran muy esentos,
y el miedo no les trae falsas visiones,
ni piensan en estraños movimientos.

¿Qué juzgas de la tierra y sus rincones,
del espacioso mar que así enriquece
los apartados indios con sus dones?

¿Qué dizes del que por subir padece

la ira del sobervio cortesano
y el desdén del privado cuando crece?

¿Qué del gallardo moço, que leviano
piensa entendolo todo y aprender
lo que tú dexarías por temprano?

¿Cómo s'an de tomar, cómo entender
las cosas altas y a las que son menos?
¿Qué gesto les devríamos hazer?

Esta tierra nos trata como agenos,
la otra nos esconde sus secretos:
¿para cuál piensas tú que somos buenos?

El que teme y desea están sugetos
a una misma mudança, a un sentimiento:
d'entrambos son los actos imperfetos.

Entrambos sienten un remordimiento,
maravíllanse entrambos de que quiera,
a entrambos turba un miedo el pensamiento.

Si se duele, si huelga, o si'spera,
si teme, todo es uno, pues están
a esperar mal, o bien d'una manera.

En cualquier novedad que se verán,
sea menos o más que su'sperança,
con el ánimo clavados estarán.

El cuerpo, ojos, sin hazer mudança,
con las manos adelante, por tomar
o escusar lo que o duele o no s'alcança.

El sabio se podría loco llamar
y el justo injusto el día que forçase
pasar a la virtud de su lugar.

Dime, ¿cuál sería el hombre que alcançase
a ver su incomparable fortaleza,
si más de lo que basta la buscase?

Admírate, Boscán, de la riqueza,
del rubio bronze, de la blanca piedra,
entallados con fuerça y sotileza.

Maravíllate d'esa verde yedra
que tu frente con tanta razón ciñe,
con cuanto de la mía ora s'arriedra;

del rosado color que'n Asia tiñe
la blanda seda y lana delicada
del contrario d'aquel que la destiñe;

la verde joya que's d'amor vedada,
porque'n el fin sagrado rompe luego
la transparente perla bien tallada,

y la que'n color vence el roxo fuego,
el duro diamante que al sol claro
turba su luz y al hombre torna ciego.

Aquella hermosura que tan caro
te cuesta, y que holgavas tanto en vella,
contra cuya herida no ay reparo,

admiróte otro tiempo ver cuán bella,
cuán sabia es, cuán gentil y cuán cortés,
y aun quiçá agora más te admiras della.

Y tu lengua que debaxo de los pies
trae'l sujeto, y nos lo va mostrando
como tú quieres, y no como ello es,

admírente mil hombres que'scuchando
tu canto'stán, y el pueblo que te mira
siempre mayores cosas esperando.

Con la primera noche te retira,
y con la luz dudosa te levanta
a escribir lo que al mundo tanto admira.

¿Cuál es aquel cativo que se'spanta,
que'l año fértil hincha los graneros,
al que fortuna y no razón levanta?

¿Por qué quieren que hagan los dineros,
que yo me admire dél y él no de mí,
pues ni él ni yo los ovimos d'herederos?

Lo que la tierra esconde dentro en sí,

la edad y el tiempo lo an de descubrir,
y encubrir lo que buela por aí.

En fin, señor Boscán, pues emos d'ir
los unos y los otros un camino,
trabaje el que pudiere de bivar.

Si en la cabeça algún dolor te vino
agudo, o en el cuerpo que t'ofenda,
procura huir dél y ten buen tino.

Si te puede sacar d'esta contienda
la virtud, como viene sola y pura,
al resto del deleite ten la rienda.

Por los desiertos montes va segura,
ni teme las saetas venenosas,
ni el fuego que no para en armadura;

no entrar en las batallas peligrosas,
no la cruda, importuna y larga guerra,
ni el bravo mar con ondas furiosas;

no la ira del cielo, que a la tierra
haze tremer, con terrible sonido,
cuando el rayo rompiéndola s'entierra.

El hombre bueno y justo no es movido
por ninguna destreza d'exercicios,
por oro ni metal bien esculpido;

no por las pesadumbres d'edificios,
adonde la grandeza vence al arte
y es natura sacada de sus quicios;

no por el que procura vana parte
y con el ojo gobernar el mundo,
forçando la fortuna, aunque s'aparte;

no por la eterna pena del profundo,
no por la vida larga o presta muerte,
no por ser uno solo y sin segundo.

Siempre bive contento con su suerte,
buena o mediana, como él se la haze,
y nunca estará más ni menos fuerte.

Cualquiera tiempo que llega, aquél le plaze,
cuando no puede huir la triste vez
y búrlase d'aquél a quien desplaze.

Todo se mira, de sí mismo es juez,
reposando en su vida está y seguro,
uno en la juventud y en la vejez.

Es por de dentro y por de fuera puro,
piensa en sí lo que dize y lo que á hecho,
duro en creer y en esperar más duro.

En cualquier medio bive satisfecho,
procura de ordenar (en cuanto puede),
que en todo la razón vença al provecho.

Esto no sigue tanto que'l no quede
dulce en humano trato y conversable,
ni de entender al mundo que le hiede.

Pónese en el estado razonable,
nunca espera, ni teme, ni se cura
de la que le parece que's mudable.

Jamás de todo en todo s'asigura,
ni se da tanto a la seguridad
que, por seguilla, olvide la blandura.

Dexa a veces vencer la voluntad,
mezclando de lo dulce con lo amargo,
y el deleite con la severidad.

De lo menos que'l puede s'haze cargo,
daña a ninguno y a todos aprovecha,
no haze por que deva dar descargo.

Éste va por la vía más derecha,
de todo lo que viene haze bueno,
de nada s'ensandece o se despecha.

Si la mano metiese hombre en su seno,
y uviese de llorar lo que no viene,
ni pararía en lo suyo ni en lo ageno.

El gran rey de Marruecos dizen que tiene

gran número de gentes y ganados,
pero nunca el dinero que conviene.

Algunos en la guerra son guardados
con las riquezas, y otros con varones,
y algunos con los montes encumbrados,

otros con elegancias de razones;
mas el que lo tuviere todo junto,
será dichoso y libre de pasiones.

¡O quién pudiera verse en ese punto
cuanto al ánimo, aunque no cuanto al poder,
y tuviésemel mundo por defunto!

¡Comigo s'acabase allí mi ser,
y tan poca memoria de mí uviese,
como si nunca uviera de nacer!

¡La noche del olvido me cubriese
en esta medianeza comedida,
y el vano vulgo no me conociese!

Entonces haría yo sabrosa vida,
libre de las mareas del gobierno
y de la loca esperançã desabrida.

Ardería mi fuego en el invierno,
contino y claro, y el manjar sería
más rústico, pero más dulce y tierno.

El vino antiguo nunca faltaría,
que los pies y la lengua me travase,
mezclado con el agua clara y fría.

Y cuando el año se desinvernase,
vendría de pacer manso el ganado
a que la gruesa leche l'ordeñase;

llevarle el día al espacioso prado
me plazería, y tornallo a la majada
donde fuese seguro y sosegado;

otras veces a mano rodeada,
esparzería tras de los tardos bueyes
el rubio trigo o la'spera cevada.

A la noche'staría dando leyes,
al fuego, a los cansados labradores,
que vençiesen las de los grandes reyes;

oiría sus questões en amores,
y gustaría sus nuevas eloqüencias,
y sus desabrimientos y favores;

sus cuentos, sus donaires, sus sentencias,
sus enojos, sus fieros y su motín,
sus celos, sus cuidosas diferencias.

Vendrías tú y Jerónimo Agustín,
partes del alma mía, a descansar
de vuestros pensamientos y de su fin,

cansados ya de la vida del lugar,
llenos de turbulencia y de pasión,
uno de pleitos, el otro de juzgar;

vendría toda la bondad de corazón,
toda la vida sabrosa con Durall,
traeríades con vos a Monleón.

Allí se reiría del bien y del mal,
y cada uno hablaría a su guisa,
y escuchara el que no tiene caudal.

De contar mal no se pagaría sisa,
y podría ser venir otro Cetina
que la pacencia nos tornase'n risa.

¡O si –lo que mi alma no adevina–
la que aora me persigue y de mí huye,
y en quererme dañar es tan contina,

con aquella pasión que me destruye
tornada en compasión, y su cruel ira
en mansedumbre, que de ella más rehúye,

se hallase presente! ¡O tú, Marfira,
pues mi corazón, vengas o no vengas,
siempre á de sospirar como sospira,

ruégate'ste cativo que no tengas

tan duro ánimo en pecho tan hermoso,
ni tu inmortal presencia nos detengas!

¡Por ti me plaze'ste lugar sabroso,
por ti el olvido dulce con concierto,
por ti querría la vida y el reposo;

por ti la ardiente arena en el desierto,
por ti la nieve elada en la montaña,
por ti me plaze todo desconcierto!

¡Mira el sabroso olor de la campaña,
que dan las flores nuevas y süaves,
cubriendo el suelo de color estraña;

oye los dulces cantos que las aves
en la verde arboleda'stán haziendo,
con bozes aora agudas, aora graves;

mira las limpias aguas que reyendo
corren por los arroyos y estorvadas,
por las pintadas guijas van huyendo;

las sombras que al sol quitan sus entradas,
con los verdes y entretextidos ramos,
y las fruitas que dellos son colgadas!

Paréceme, Marfira, que ya estamos
en todo, y que no finge mi deseo
lo que querría, sino lo que pasamos.

Tú la verás, Boscán, y yo la veo
(que los que aman vemos más temprano):
hela en cabello negro y blanco arreo.

Ella te cogerá con blanda mano
las roxas uvas y la fruta cana,
dulces y frescos dones del verano.

Mira qué diligente y con qué gana
viene al nuevo servicio, qué pomposa
está con el trabajo y cuán ufana.

En blanca leche colorada rosa,
nunca para su amiga, vi al pastor
mezclar, que pareciese tan hermosa.

El verde arrayhán tuerce en derredor
de tu sagrada frente, con las flores
mezclando oro inmortal a la lavor.

Por cima van y vienen los amores,
con las alas en vino remojadas,
suenan en el carcax los pasadores.

Remede quien quisiere las pisadas,
de los grandes que'l mundo governaron,
cuyas obras quiçá están olvidadas;

desvélese en lo que ellos no alcançaron,
duerma descolorido sobre'l oro,
que no le quedará más que llevaron.

Yo, Boscán, no procuro otro tesoro
sino poder vivir medianamente,
ni escondo otra riqueza ni otra adoro.

Si aquí hallas algún inconveniente,
como hombre diestro, y no como yo soy,
me desengaña dello en continente,
y si no, ven conmigo a donde voy.

RESPUESTA DE BOSCÁN A DON DIEGO DE MENDOÇA

Holgué, señor, con vuestra carta tanto,
que levanté mi pensamiento luego
para tornar a mi olvidado canto.

Y así, aunque' stava a scuras como ciego,
sin saber atinar por dónde iría,
cobré tino en la luz de vuestro fuego.

La noche se me hizo claro día,
y al recordar mi soñoliento'stilo,
vuestra musa valió luego a la mía.

Vuestra mano añudó mi roto hilo,
y a mi alma regó vuestra corriente

con más fertilidad que riega el Nilo.

Por do, si mi'scrivir ora no siente
fértil vena, será la causa d'esto
ser mi ingenio incapaz naturalmente.

Pero viniendo a nuestro prosupuesto,
digo también que el no maravillarse
es propio de jüizio bien compuesto.

Quien sabe y quiere a la virtud llegarse,
pues las cosas verá desde lo alto,
nunca terná de qué pueda alterarse.

Todo lo alcançará sin dar gran salto:
sin moverse, andará por las estrellas,
seguro d'alboroço y sobresalto;

las cosas naturales verá bellas,
y bien dirá entre sí que son hermosas,
pero no parará por eso en ellas;

subirs'á al movedor de todas cosas,
y allí contemplará grandes secretos
hasta en las florezillas y en las rosas;

allí verá con causas los efetos,
y viendo los principios, y su fuente,
no avrá maravillillar en sus concetos.

Verá el correr del sol resplandeçiente,
y la velocidad incomparable
con que va, de levante hasta poniente.

Verá la luna y su mover mudable,
acá y allá mostrando desatinos,
tanto, que a los antigos fue admirable.

Verá mil otros cursos y caminos,
según que por acá nuevas tenemos
de los siete planetas por los sinos.

Verá, en fin, más que todo cuanto vemos,
y en maravillas no maravillado
estará, sin sentir jamás extremos.

Como digo, en lo alto irá encumbrado,
y viendo desde allí nuestras baxezas,
llorará y reirá de nuestro'stado.

Nuestras fuerças dirá que son flaquezas,
terná nuestros deleites por fatigas
y nuestras abundancias por pobreza.

Los hombres antojársel'an hormigas;
los robles, pensará que son retamas,
y a todo podrá hazer dozientas higas.

Qué graçia para él serán las damas,
qué burla terná en ver las diligencias
que tienen en soplar ardientes llamas.

Terná el saber nacido de'speriencias,
y sobre la mundana sinrazón
falso'stará y dará grandes sentencias.

Dezí: si veis bailar no oyendo el son
de los que bailan, ¿no'staréis burlando
y no os parecerá que locos son?

Así el sabio que bive descansando,
sin nunca oír el son de las pasiones,
que nos hazen andar como bailando,

sabrá burlar de nuestras turbaciones,
y reír's'á d'aquellos movimientos
que verá hazer a nuestros coraçones.

Así que dados estos fundamentos,
que entiende el sabio de raíz las cosas,
y que desprecia nuestros pensamientos,

las cosas para otros espantosas,
de nuevas o de grandes, no podrán
ser jamás para él maravillosas.

Cuidados a este tal no le darán
ni su propio dolor ni el bien ajeno,
ambos por una cuenta pasarán.

Dichoso aquel que d'esto'stará lleno,
biviendo entre las penas sosegado,

y en mitad de los vicios siendo bueno.

¡O gran saber del hombre reposado!,
¡cuánto más vales, aunque'estés durmiendo,
que'l del otro, aunque'esté más desvelado!

Pero es, en fin, en esto lo que entiendo,
que holgamos d'hablar bien cuando hablamos
magníficas sentencias componiendo.

Pero cuando a las obras nos llegamos,
rehuimos mi fe de la carrera
y con sólo el hablar nos contentamos.

Díxome no sé quién, una vez, que era
plazer hablar de Dios y obrar del mundo:
ésta es la ley de nuestra ruin manera.

Pero, señor, si a la virtud que fundo
llegar bien no podemos, a lo menos
escusemos del mal lo más profundo.

En tierra, do los vicios van tan llenos,
aquellos hombres que no son peores,
aquellos pasarán luego por buenos.

Yo no ando ya siguiendo a los mejores,
bástame alguna vez dar fruto alguno:
en lo demás conténtome de flores.

No quiero en la virtud ser importuno,
ni pretiendo rigor en mis costumbres,
con el glotón no pienso'star ayuno.

La tierra'stá con llanos y con cumbres,
lo tolerable al tiempo acomodemos,
y a su sazón hagámonos dos lumbres.

No curemos de andar tras los extremos,
pues dellos huye la philosophía
de los buenos autores que leemos.

Si en Xenócrates vemos dura vía,
sigamos a Platón, su gran maestro,
y templemos con él la fantasía.

Conviene en este mundo andar muy diestro,
templando con el miedo el esperança
y alargando con tiento el paso nuestro.

Ande firme y derecha la templança,
como hombre que pasea por maroma,
que no cae porque no s'abalança.

El que buen modo en sí y buen temple toma,
con pasos irá siempre descansados,
aunque vaya de Cáliz hasta Roma.

El estado mejor de los estados
es alcançar la buena medianía,
con la cual se remedian los cuidados.

Y así yo, por seguir aquesta vía,
éme casado con una muger
que's principio y fin del alma mía.

Ésta m'á dado luego un nuevo ser,
con tal felicidad, que me sostiene
llena la voluntad y el entender.

Ésta me haze ver que'lla conviene
a mí y las otras no me convenían;
a ésta yo tengo y ella me tiene.

En mí las otras ivan y venían,
y a poder de mudanças a montones
de mi puro dolor se mantenían.

Eran ya para mí sus gualardones,
como thesoros por encantamientos,
que luego se bolvían en carbones.

Agora son los bienes que en mí siento,
firmes, maciços, con verdad fundados,
y sabrosos en todo el sentimiento.

Solían mis plazerer dar cuidados,
y al tiempo que venían a gustarse
ya llegavan a mí casi dañados.

Agora el bien es bien para gozarse,
y el plazer es lo que es, que siempre plaze,

y el mal ya con el bien no á de juntarse.

Al satisfecho todo satisfaze,
y así también a mí por lo que é hecho
cuanto quiero y deseo se me haze.

El campo que'ra de batalla el lecho,
ya es lecho para mí de paz durable;
dos almas ay conformes en un pecho.

La mesa en otro tiempo abominable,
y el triste pan que'n ella yo comía,
y el vino que bebía lamentable,

infestándome siempre alguna harpía
que, en mitad del deleite, mi vianda
con amargos potajes embolvía,

agora el casto amor acude y manda
que todo se me haga muy sabroso,
andando siempre todo como anda.

De manera, señor, que aquel reposo
que nunca alcancé yo, por mi ventura,
con mi philosophar triste y pensoso,

una sola muger me l'asegura,
y en perfecta sazón me da en las manos
vitoria general de mi tristura.

Y aquellos pensamientos míos tan vanos
ella los va borrando con el dedo,
y escribe en lugar dellos otros sanos.

Así que yo ni quiero ya ni puedo
tratar sino de vida descansada,
sin colgar de'sperança ni de miedo.

Ya estoy pensando, 'stando en mi posada,
cómo podré con mi muger holgarme,
teniéndola en la cama o levantada.

Pienso también en cómo é de vengarme
de la pasada vida con la de ora,
en cómo é de saber della burlarme.

Otras veces también, pienso algún'ora,
las cosas de mi hacienda sin codicia,
aunque'sta comúnmente es la señora.

Bien puede el labrador sin avaricia
multiplicar cada año sus graneros,
guardando la igualdad de la justicia.

No curo yo de hazer cavar mineros,
de venas de metal ni otras riquezas,
para alcançar gran suma de dineros.

Sólo quiero escusar tristes pobreza,
por no sufrir sobervias d'hombres vanos,
ni de ricos estrechos, estrechezas.

Quiero tener dineros en mis manos,
tener para tener contenta vida
con los hidalgos y con los villanos.

Quienquiera se desmande y se desmida,
buscando el oro puro y reluziente,
y la concha del mar Indo venida.

Quienquiera esté cuidadoso y diligente,
haziendo granjear grandes jugadas
de tierra, do aproveche la semiente.

Si con esto se embuelven las lançadas,
las muertes entre hermanos y parientes,
y de reyes las guerras guerreadas,

¡huyan de mí los tales accidentes,
huyan de mí riquezas poderosas,
si son causa de mil males presentes!

Déxeme'star contento, entre mis cosas,
comiendo en compañía mansamente
comidas que no sean sospechosas.

Comigo y mi muger sabrosamente
esté, y alguna vez me pida celos,
con tal que me los pida blandamente.

Comamos y bevamos sin recelos,
la mesa de muchachos rodeada,

muchachos que nos hagan ser agüelos.

Pasaremos así nuestra jornada
agora en la ciudad ora en la'idea,
porque la vida esté más descansada.

Cuando pesada la ciudad nos sea,
iremos al lugar con la compañía,
adonde el importuno no nos vea.

Allí se bvirá con menos maña,
y no avrá el hombre tanto de guardarse
del malo o del grosero que os engaña.

Allí podrá mejor philosopharse,
con los bueyes y cabras y ovejas,
que con los que del vulgo an de tratarse.

Allí no serán malas las consejas
que contarán los simples labradores,
viniendo d'arrastrar las duras rejas.

¿Será, pues, malo allí tratar d'amores,
viendo que Apolo, con su gentileza,
anduvo namorado entre pastores?

¿Y Venus no se vio en grande'strechez
por Adonis, vagando entre los prados,
según l'antigüidad así lo reza?

¿Y Bacho no sintió fuertes cuidados
por la cuitada que quedó dormiendo
en mitad de los montes despoblados?

Las nimphas, por las aguas pareciendo,
y entre las arboledas las driadas
se veen, con los phaunos, rebulliendo.

Nosotros seguiremos sus pisadas,
digo yo y mi muger nos andaremos,
tratando allí las cosas namoradas.

A do corra algún río nos iremos,
y a la sombra d'alguna verde haya,
a do'stemos mejor, nos sentaremos.

Tenderm'á allí la halda de su saya,
y en regalos d'amor avrá porfía
cuál de'ntrambos hará más alta raya.

El río correrá por do es su vía,
nosotros correremos por la nuestra,
sin pensar en la noche ni en el día.

El ruiseñor nos cantará a la diestra,
y verná sin el cuervo la paloma,
haziendo en su venida alegre muestra.

No ternemos embidia al que'stá en Roma,
ni a los tesoros de los asianos,
ni a cuanto por acá del India asoma.

Ternemos nuestros libros en las manos,
y non se cansarán d'andar contando
los hechos celestiales y mundanos.

Virgilio a Eneas estará cantando,
y Homero el corazón d'Achiles fiero,
y el navegar d'Ulises rodeando.

Propercio verná allí por compañero,
el cual dirá con dulces armonías
del arte que a su Cinthia amo primero.

Catulo acudirá por otras vías,
y llorando de Lesbia los amores,
sus trampas llorará y chocarrerías.

Esto m'advertirá de mis dolores,
pero bolviendo a mi plazer presente,
terné mis escarmientos por mejores.

Ganancia sacaré del accidente
que otro tiempo mi sentir turbava,
traíéndome perdido entre la gente.

¿Qué haré d'acordarme cual estava
viéndome cual estoy, que estoy seguro
de nunca más pasar lo que pasava?

En mi fuerte'staré dentro en mi muro,
sin locura d'amor ni fantasía

que me pueda vencer con su conjuro.

Como digo'staré en mi compañía,
en todo me hará el camino llano,
su alegría mezclando con la mía.

Su mano me dará dentro en mi mano,
y acudirán deleites y blanduras,
d'un sano corazón en otro sano.

Los ojos holgarán con las verduras
de los montes y prados que veremos,
y con las sombras de las espesuras.

El correr de las aguas oiremos,
y su blando venir por las montañas,
que a su paso vernán donde'staremos.

El aire moverá las verdes cañas,
y bolverán entonces los ganados
balando por llegar a sus cabañas.

En esto ya que'l sol por los collados
sus largas sombras andará encumbrando,
embiando reposo a los cansados,

nosotros nos iremos paseando
hazia'l lugar do'stá nuestra morada,
en cosas que veremos platicando.

La compañía saldrá regozijada
a tomarnos entonces con gran fiesta,
diziendo a mi muger si'stá cansada.

Veremos al entrar la mesa puesta
y todo con concierto aparejado,
como es uso de cosa bien compuesta.

Después que un poco avremos reposado
sin ver bullir ni andar, yendo y viniendo,
y a cenar nos avremos asentado,

nuestros moços vernán allí, trayendo
viandas naturales y gustosas,
que nuestro gusto'stén todo moviendo.

Frutas pornán maduras y sabrosas,
por nosotros las más dellas cogidas,
embueltas en mil flores olorosas.

Las natas, por los platos estendidas,
acudirán, y el blanco requesón,
y otras cosas que dan cabras paridas.

Después de esto, verná el tierno lechón,
y del gordo conejo el gaçapito,
y aquellos pollos que de pasto son.

Verná también allí el nuevo cabrito,
que a su madre jamás avrá seguido
por el campo, de tierno y de chiquito.

Después que todo'sto aya venido,
y que nosotros descansadamente
en nuestra cena ayamos bien comido,

pasaremos la noche dulcemente,
hasta venir al tiempo que la gana
del dormir toma al hombre comúnmente.

Lo que de'ste tiempo a la mañana
pasare, pase agora sin contarse,
pues no cura mi pluma de ser vana.

Basta saber que dos que tanto amarse
pudieron, no podrán hallar momento
en que puedan dexar siempre d'holgarse.

Pero tornando a proseguir el cuento,
nuestro bivar será de vida entera,
biviendo en el aldea como cuento.

Tras esto ya que'l corazón se quiera
desenfadar con variar la vida,
tomando nuevo gusto en su manera,

a la ciudad será nuestra partida,
a donde todo nos será plaziente
con el nuevo plazer de la venida.

Holgaremos entonce con la gente,
y con la novedad d'aver llegado,

trataremos con todos blandamente.

Y el cumplimiento, que's siempre pesado,
a lo menos aquel que, de ser vano,
no es menos enojoso que'scusado,

alaballe estará muy en la mano,
y dezir que por solo el cumplimiento,
se conserva en el mundo el trato umano.

Nuestro bivar así'stará contento,
y alcançaremos mil ratos gozosos,
en recompensa d'un desabrimiento.

Y aunque a vezes no falten enojos,
todavía entre nuestros conocidos,
los dulçes serán más y los sabrosos.

Pues ya con los amigos más queridos,
que será el alborço y el plazer,
y el bollicio de ser recién venidos

que será el nunca hartarnos de nos ver,
y el buscarnos cada ora y cada punto,
y el pesar del buscarse sin se ver.

Mosén Durall allí estará muy junto,
haziendo con su trato y su nobleza
sobre nuestro plazer el contrapunto.

Y con su buen burlar y su llaneza,
no sufrirá un momento tan rüin,
que en nuestro gran plazer mescle tristeza.

No faltará Jerónimo Agustín,
con su saber sabroso y agradable,
no menos que'n romance en el latín,

el cual, con gravedad mansa y tratable,
contando cosas bien, por él notadas,
nuestro buen conversar hará durable;

las burlas andarán por él mezcladas
con las veras, así con tal razón,
que unas, d'otras, serán bien ayudadas.

En esto acudirá el buen Monlleón,
con quien todos holgar mucho solemos,
y nosotros y cuantos con él son;

él nos dirá y nosotros gustaremos;
él reirá y hará que nos riamos,
y en esto enfadars'á de cuanto haremos.

Otras cosas avrá que las callamos,
porque tam buenas son para hazerse
que pierden el valor si las hablamos.

Pero tiempo es, en fin, de recojerse,
porque aya más para otro mensajero:
que si mi cuenta no ha de deshazerse,
no será, yo os prometo, 'ste'l postrero.

OCTAVA RIMA

En el lumbroso y fértil Oriente,
adonde más el cielo'stá templado,
vive una sosegada y dulce gente,
la cual en solo amar pone'l cuidado.
Esta jamás padece otro accidente,
sino es aquel que amores an causado.
Aquí governa, y siempre governó,
aquella reina que'n la mar nació.

Aquí su cetro y su corona tiene,
y desd'aquí sus dádivas reparte;
aquí su ley y su poder mantiene
mucho mejor que'n otra cualquier parte;
aquí si querelloso alguno viene,
sin quexa y sin pesar luego se parte;
aquí se gozan todos en sus llamas,
presentes las figuras de sus damas.

Amor es todo cuanto aquí se trata;
es la sazón del tiempo enamorada;
todo muere d'amor o d'amor mata;
sin amor no veréis ni una pisada;
d'amores se negocia y se barata;

toda la tierra en esto es ocupada;
si veis bullir d'un árbol una hoja,
diréis que amor aquello se os antoja.

Amor los edificios representan,
y aun las piedras aquí diréis que aman;
las fuentes así blandas se presentan,
que pensaréis que lágrimas derraman;
los ríos al correr d'amor os tientan,
y amor es lo que suenan y reclaman;
tan sabrosos aquí soplan los vientos
que os mueven amorosos pensamientos.

Sobre una fresca y verde y grande vega
la casa desta reina está asentada:
un río alderredor toda la riega,
dárboles la ribera está sembrada,
la sombra de los cuales al sol niega,
en el solsticio, la caliente entrada;
los árboles están llenos de flores,
por do cantando van los ruiseñores.

Otros arroyos mil andan corriendo,
acá y allá sus bueltas rodeando,
diversos labirinthos componiendo,
los unos por los otros travesando;
las flores, de los árboles cayendo,
las dulces aguas andan meneando,
y cada flor que déstas allí cae,
parece que al caer amor la trae.

Aquí veréis mil choças naturales,
de diferentes árboles compuestas,
con los asientos dentro de christales,
cerca las unas de las otras puestas;
en éstas, los que son d'amor iguales,
andan en sus demandas y respuestas,
y confieren aquí sus pensamientos,
sus plazeres y sus contentamientos.

El dios d'Amor, armado con sus flechas,
sobervio, por aquí todo lo hiere;
trae mil muertes hechas y derechas
para tirar a todos los que quiere;
dos fraguas tiene en dos contrarios hechas,
por las cuales el mundo bive y muere;

en la una se labran los amores,
los odios en la otra, y desamores.

Un'alta torre, puesta en tierra llana,
tiene este Niño en medio desta tierra;
súbese aquí la tarde y la mañana
para hazer con sus saetas guerra.
Al que hiere una vez, nunca le sana;
no viendo lo que haze, jamás yerra.
Al principio, no duelen sus heridas,
mas después, ¡guay de las cuitadas vidas!

Desde lo alto, las cuatro partes mira
de nuestro mundo, y todo en un instante;
su ceguedad, entonces, es mentira:
pasa su ver mil tierras adelante.
Sus flechas atraviesan, cuando tira,
la Thile, o el Ganges, Taprobane, Atlante.
Por los desiertos caen mil llagados,
mas caen muchos más por los poblados.

Después que de tirar está cansado
deciende desta torre el gran Cupido,
d'otros mil cupiditos rodeado,
que llevan dél cad'año su partido.
Éstos también d'amores dan cuidado
y saben dar la llaga en el sentido.
Dan llagas, pero dan llagas vulgares,
con vulgares plazerres y pesares.

Traen también sus arcos y saetas,
mas tráenlas sin hierros, desarmadas,
y así son sus heridas imperfetas,
hechas en gentes baxas y cuitadas.
Déstos salen concordias indiscretas,
no pensadas jamás ni concertadas;
no concluyen en camas ni en estrados,
sino en rincones suzios, desastrados.

En un lugar postrero desta tierra,
ay otra casa en una gran hondura,
cubierta casi toda d'una sierra,
cerrada al derredor d'alta espesura;
aquí jamás el sol claro s'encierra,
todo es tiniebla y todo es noche'scura.
El triste morador, que mora dentro,

es de dolor y de tristeza el centro.

No ay cosa en ella para descansaros,
ni suelo apenas en que reposéis;
no veréis cama do podáis echaros,
ni silla ni otro asiento en que os sentéis.
Mil vezes estaréis para ahorcaros,
y aún no os consentirán que os ahorquéis;
no ay muerte allí sino para temella,
o, por mejor hablar, para querella.

Está su dueño siempre reçongando,
lo que dize jamás os lo declara;
acá y allá se anda paseando
con nuevas doloridas en su cara.
Si porfiáis con él, estaos matando,
házeos la luz oscura de muy clara;
y aún las vezes que acierta a star contento,
siempre os dexa con un remordimiento.

No se come ni beve en esta casa,
porque tienen de yervas gran sospecha;
el fuego que ay es una sola brasa,
tan muerta, que'está ya ceniza hecha;
mas, si se'nciende alguna vez, abrasa
el monte y la morada, y flamas echa,
flamas que llegan hasta a los vezinos
a dalles sobresaltos muy continos.

Su dueño y morador es conocido,
tanto, que'stoy por no dezir su nombre;
Celos se llama, y dizen ques nacido,
como nosotros, de muger y hombre.
Sobre ser temeroso, es tan temido
que desto solo alcança su renombre;
de seso'stán sus ojos tan agenos,
que siempre es lo que vee más o menos.

D'aquí los truenos salen y los rayos,
que'n sana paz nos hieren y nos matan;
házense aquí los ásperos desmayos,
que'n medio del plazer nos desbaratan;
de dolores aquí son los ensayos
que nos trastornan, atan y desatan;
aquí se mudan todas las blanduras
en otros tantos males y tristuras.

La gran reina d'amor, con grandes gentes,
visita alguna vez esta morada;
trabaja en desterrar los accidentes
que vee salir de cárcel tan malvada;
mas no los puede echar, que son parientes,
y es esta casa dellos heredada:
de donde ella nació, nacieron ellos,
y así forçada es de sostenellos.

Forçada los sostiene y los consiente,
mas trabaja, si puede, en corregillos,
y procura d'estar dellos ausente,
sin tratillos, ni vellos, ni oíllos;
y así en su tierra'stá, donde no siente
sino dulces plazer, y en sentillos
se goza, se deleita y s'enternece,
y el mal, con este bien, desaparece.

Estáse con su pueblo recogido,
amando y entendiendo lo que ama,
ardiendo blandamente en su sentido,
con un ardor d'una luziente llama;
sobre plazer su cuerpo está tendido,
tendida está sobre plazer su cama;
presentes tiene todos los amores
de los más ecelentes amadores.

Recaen todos estos en su gloria,
viendo que son los suyos los mejores,
y es suya, en fin, la onra y la vitoria
de todos los amantes vencedores.
Sus thesoros están en su memoria,
lo poseído y los poseedores,
y anda siempre creciendo su caudal,
porque crece con bien, y más con mal.

D'uno en uno los tiene conocidos,
en cantidad y en calidad contados;
sus dolores escritos y sabidos,
y sus consuelos vistos y mirados.
Los espirtus de todos y sentidos,
del fuego están d'amor purificados;
tan conformes, que's hecho un sentimiento
el de todos y un mismo pensamiento.

Con ellos trae cuenta cada día
esta señora, a todos descansando,
y así sale con grande compañía,
las mañanas, su pueblo visitando.
Inche su vista el aire d'alegría,
un tierno amor en todos derramando;
gentileza y virtud y gracia inspira,
con su dulce mirar, por donde mira.

Los unos tañen blandos instrumentos,
y otros cantan cantares regalados;
los otros andan en sus pensamientos,
con un dulce silencio trasportados;
todos, en fin, sabrosos y contentos,
biven con sus cuidados descansados.
Las vegas por do van y las florestas
s'alboroçan aquí con estas fiestas.

Unos veréis colgados de'sperança
y otros que'stán gozando de su gloria,
algunos ay cuyo plazer no alcança
sino bivar en sola la memoria;
trae, en fin, cada qual en esta dança
verdad o semejança de vitoria;
y todos en común andan gozando,
los amados y los que'stán amando.

Viendo ella, pues, tan alta compañía,
tan conforme en su ser, y tan igual,
determinó de señalar un día
para un ayuntamiento general.
Y así, sin competencia ni porfía,
le hizo el aparejo universal,
y aparejaron todos sus arreos,
que fueron pensamientos y deseos.

Mostrava ya su resplandor la estrella
que barre de la sombra nuestro suelo,
y al su venir, toda otra cosa bella
dexava su lugar allá en el cielo,
cuando Venus salió, y al salir della,
salió el Amor, y junto salió el Zelo,
el zelo que d'amor nace en las cosas,
y más en las que nacen más hermosas.

Salió con sus cabellos esparzidos,

esta reina d'amor y d'hermosura,
su rostro blanco y blancos sus vestidos,
con gravedad mezclada con dulçura;
los ojos, entre bivos y caídos,
divino el ademán y la figura,
como aquella que Zeusis trasladó
de las cinco donzellas de Crotó.

Después que' estuvo en medio de su gente,
a todos començó de rodeallos,
y con ojos de luz resplandeciente
estuvo, sobre sí, puesta en mirallos,
y a su hijo, que allí estava presente,
cargo le dio que uviese de ordenallos;
y así fueron por él luego ordenados,
según la calidad de sus cuidados.

En estos que ella vio, vio los amores
muy blandos, muy conformes y asentados,
y dulces y sabrosos los dolores,
y los desasoçiegos sosegados;
y vio también que aquestos amadores
Amor les igualava sus estados,
y conoció que amando no medrava
ninguno déstos más de quanto amava.

Estos que digo aquí estavan presentes,
mostrando de sus almas los rincones;
de los otros también que eran ausentes,
pintadas aquí'stavan las pasiones,
y pintados, en fin, los acidentes
de todos los humanos coraçones,
de los que por amar su vida pasan
en cosas que no sé cómo las pasan.

Era de ver el desconcierto déstos,
ora temiendo y ora amenazando,
en sus propios sentidos descompuestos,
amando, en un momento, y desamando,
osados sin razón, sin causa prestos,
tardíos al menor tiempo y dudando,
en cosas de nonada confiados,
y en las otras medrosos y cuitados.

Víanse aquí, del todo descubiertos,
destos tristes amantes los sentidos,

con grande multitud de desconciertos,
y muchos sin razón acaecidos;
y víanse, también, otros conciertos,
desiguales los más y mal medidos;
los casos de fortuna andavan sueltos,
mezclados con contrarios y rebueltos.

Uvo dolor de tanta desventura
esta reina de todos los amores,
y así, porque este mal tuviese cura,
por el mundo embió reformadores,
los cuales, con industria y con cordura,
moderasen en parte'stos errores
y ablandasen así los pensamientos,
que'n gusto se bolviesen los tormentos.

Entre éstos escogió dos, los mejores,
cuio seso en amor era provado,
y dioles potestad d'embaxadores
para un negocio, entre otros señalado;
y porque fuesen desto sabidores,
dioles lugar y término aplazado,
adonde ella mejor los informase
de todo lo que allí determinase.

Venido, pues, el día y lugar cierto,
en el cual informados ser devían,
fue d'ella el razonar con tal concierto
que aun las piedras del son s'enternecían,
y por la soledad d'aquel desierto,
las aguas los sus cursos detenían;
y fue la dulce boz quella movió,
hablando estas palabras que habló:

«Vosotros sois de mí en tanto tenidos,
que así como los dos más principales,
acuerdo que seáis mis escogidos
para todos mis bienes y mis males.
Y así quiero que sean corregidos,
por vosotros, los echos desiguales
que contra mí se hazen, y mi hijo,
de la cual causa á mucho que maflijo.

Andan por todo el mundo desafueros
en grande daño mío y desacato,
unos amores falsos, lisongeros,

echos y aun desechos muy barato,
otros prometimientos chocarreros,
con un civil y mintiroso trato,
un andar siempre por buscar salida
a la cosa que veis que fue fingida.

Y lo que abiva más mi padecer
y me haze sentir más desplaceres
es pensar yo, que siendo yo muger,
lo más desto que digo es en mugeres;
sin saber cómo, empiezan a querer,
tiran después tras otros mil placeres,
así que andar siguiendo sus pasiones
es como andar por tierra de ladrones.

No se puede prestar sobre sus prendas
cosa ya que valer pueda dinero;
quebraros an entrambas a dos riendas
si en la mano no sois siempre ligero;
y harános quiçá por dos meriendas,
de muy familiar, muy estrangero;
hazen por vos lo que les demandáis
y búrlanse después si las miráis.

Con unos, las veréis escrupulosas,
sueltas con otros y desenfadadas;
tienen punto y sobervia en baxas cosas,
y en las altas son tristes y cuitadas;
de miserables, se hazen desdeñosas,
desprecian por no verse despreciadas;
quieren ser graciosas y son frías,
y hazen, por ser damas, damerías.

Algunas ay del todo endurecidas
contra'l poder que sobre'l mundo tengo,
en desechar mi ley envejecidas,
diziendo que ya yo ni voy ni vengo;
aquestas an de ser muy bien punidas,
por la mengua que dellas yo sostengo:
es una gente infiel ésta y perjura,
contra'l deleite y ley de la natura.

Y si en amar alguna vez aciertan,
estas que saltan contra'l poder mío,
a cada paso el punto desconciertan,
el punto del amar que'n ellas crío.

Para querer, tan tibias se despiertan,
que aun el fuego d'amor hazen ser frío;
tienen cien mil errores y eregías
en los preceos de las leyes más.

Esta maldad perversa y tan estraña
anda por todo el mundo derramada:
en Thracia, en Macedonia, en Alemaña,
en Memphis y en la Libia despoblada;
pero de todas éstas, es España,
desta llaga mortal más infamada;
en ella reinan más estos errores,
los cuales pestilencias son d'amores.

Ciudades ay allí d'autoridad,
que alcançan entre todas gran corona,
pero, entre estas ciudades, la ciudad
que más es de mi gusto es Barcelona;
yo puse en ésta toda mi verdad
y puse todo el ser de mi persona,
con todo aquel regalo y loçanía
que por thesoro está en mi fantasía.

Lo primero le di el cielo templado,
con una eterna y blanda primavera;
dile el suelo, después, llano y cercado
de vegas y de mar con gran ribera;
y dile el edificio enamorado,
tal cual yo de mi mano l'hiziera;
el sol veréis que allí mejor parece,
y la luna también más resplandece.

Y dile más: mugeres tan hermosas
que buelan por el mundo con sus famas;
dulces, blandas, discretas y graciosas;
no sé cómo nacidas para damas;
en amores onestas y sabrosas,
encienden, sin soplar, ardientes llamas;
cuanto hallan, apañan con los ojos,
y andan ricas después con los despojos.

Esta ciudad de mí tanto querida,
después que con mis largos beneficios
entre todas s'halla ennoblecida,
acuerda de hazerme deservicios;
y así, perversa y mal agradecida,

inventa contra mí mil maleficios,
maleficios que dan malos enxemplos
contra los sacrificios de mis templos.

Dos señoras allí son principales
en saber, en valer y en hermosura,
dispuestas para dar bienes y males,
deleites y dolor, gozo y tristura;
sobrepujan sus gracias, las mortales;
traslados propios son de mi figura;
y si no fueran tanto d'un igual,
ambas murieran de quererse mal.

Éstas pusiera yo en tan alto grado
que subieran a ser más que mugeres,
sino que así, sin más, an acordado
d'hazerse contra mí dos Luciferes:
quieren tener esento su cuidado,
y libres sus pesares y plazerés;
y, en fin, quieren bivar como bivieran,
si sin cuerpos acá solas nacieran.

Si estas mugeres andan levantadas,
mi poder y mi ley menoscabando,
luego andarán dozientas asonadas
d'otras mil que querrán ser de su bando;
en mis tierras veréis fuerças alçadas,
pendones y vanderas levantando,
para seguir la boz destas señoras
que quieren de sobervias ser traidoras.

Y si, por el contrario, quieren ellas
seguir la ley que'n ellas tengo escrita,
siguiendo el son de dos damas tan bellas,
luego andará tras mí gente infinita;
y forçado será que sólo en vellas
todo el mundo d'amores se derrita,
y anden alderredor locos mil hombres
por vellas y saber sólo sus nombres.

Así que ver podéis cuanto va en esto,
en que estas damas sean corregidas,
y el corregir sabé que á de ser presto
primero que acaezcan más caídas.
En vosotros mi bien veis que está puesto,
y está puesta mi vida y vuestras vidas;

por eso aparejaos, mis amigos,
para amansar tan grandes enemigos.

Y el amansar será con las razones
que más mansas y blandas os parezcan,
a fin que dos tan duros coraçones
con una blanda fuerça senternezcan.
Moveldes allá dentro sus pasiones,
con todos los deleites que se ofrezcan,
y daldes a entender cuán gran pecado
comete quien no ama siendo amado.

Conviene para esto que os partáis,
y traspasando por diversas vías,
adonde están estas señoras, vais,
y el camino á de ser en pocos días;
al ir no os deternán, no lo temáis,
que la ida será por tierras mías;
y, en fin, porque más presto allá lleguéis,
mis cisnes y mi carro tomaréis.

Y tomaréis mi hijo, bien armado,
con las fuertes saetas que les tire,
mas cuando ayáis a ellas ya llegado,
por el Niño mirá que no las mire;
de solo su tirar tenga cuidado,
d'suerte que en tirando, se retire:
¿paréceos que sería buen concierto,
que Amor yendo a matar quedase muerto?»

Puesto fin al hablar, fuese dexando
el aire con suavísimos olores,
y por el derredor ivan bolando
mil amores allí, cantando amores.
Hecho esto, quedaron adreçando
su partida los dos embaxadores;
y con tanto, se fueron otro día
a la hora que ya el sol esclarecía.

Hazia las tierras fueron caminando
que por el solo Nilo son regadas,
y anduvieron después atravesando
por las alexandrinas encontradas;
y a más andar, o a más bolar, pasando
por Creta y Rhodas, islas celebradas,
fueron a dar consigo en la gran Grecia,

adonde el mar se junta de Venecia.

Y desd'allí pasaron adelante,
adonde fue Parthénope enterrada,
y luego a la ciudad siempre triumphante
allegaron, haziendo su jornada.
Y por ellos, después, en breve instante,
Italia y Francia siendo atravesada,
subieron sin hazer ningún rodeo
a la cumbre del alto Pireneo.

Y tras esto, pasando por Girona
y por otros lugares no nombrados,
pararon un buen rato en Badalona
hasta que el sol se fue de los collados,
y así entraron de noche en Barcelona,
adonde fueron bien aposentados;
y ambos allí, y el Niño, reposaron,
y su razonamiento concertaron.

Otro día, después que el sol luziente
alumbró ya los altos edificios
y a bullir empezó toda la gente
en sus acostumbrados ejercicios,
mostrada fue, de Venus, la patente,
que de los dos mostrava los oficios,
y así juntáronse las dos señoras
a ser de la embaxada sabidoras.

Llegados, pues, a estar en la presencia,
que espantar suele cuantos son presentes,
de no hallar entre ellas diferencia,
entre sí se hallaron diferentes;
no podían discernir la precedencia
d'entrambas, si a las dos paravan mientes;
el uno en fin a la una así habló,
y a la otra después, según las vio:

«Dama, que al mundo por su bien venistes,
y por su mal, que entrambas cosas fueron
naçidas en el punto que nacistes,
en cuio ser milagros concurrieron,
tales, que sola vos los entendistes,
mil imbidias d'aquí se os rebolvieron,
pero tan grande fue vuestra vitoria
que todas se os bolvieron en más gloria.

Y vos, señora, que en los tres estados
d'todas sois un general enxemplo,
cuyo valer si vieran los pasados,
aun en vida os uvieran hecho templo;
d'hermosura y saber, tan altos grados
alcançáis vos, que os digo y que os contemplo,
alma gentil, dinísima d'impero
y que de sola vos cantase Homero.

¡Qué engaño, cuál error, el vuestro á sido,
andar contra el amor guerras moviendo!
Vosotras no tenéis por muy sabido
que es bivar sin amar bivar muriendo:
Amor dio ser a todo lo nacido,
diversas hermosuras produziendo,
y así entendió de producir las vuestras
como las dos más principales muestras.

De manera que Amor es fundamento
de vuestro ser estraño y milagroso,
y es principio de todo el movimiento
de vuestro sentimiento generoso;
dezíme, pues, ¿qué desconocimiento
el de vosotras es, tan espantoso,
que siendo Amor un rey tan natural,
por enemigo le tengáis mortal?

Amor es voluntad dulce y sabrosa
que todo coraçón duro enternece;
el amor es el alma en toda cosa,
por quien remoça el mundo y reverdece;
el fin de todos en Amor reposa,
en él todo comiença y permanece;
d'este mundo y del otro la gran traça,
con sus braços Amor toda l'abraça.

Sin él no puede aver gozo ni gloria,
ni puede aver subido entendimiento;
sin él está tan pobre la memoria,
que en su pobreza muere el pensamiento;
no ay, sin Amor, hazaña ni vitoria,
ni en el alma, sin él, no ay sentimiento;
todo valor y gracia y gentileza
es, luego, sin Amor muy gran baxesa.

Amor a cosas altas nos levanta,
y en ellas, levantados, nos sostiene;
Amor las almas de dulçura tanta
nos hinche, que con ellas nos mantiene;
Amor, cuando a su son nos tañe y canta,
trasportados en sí, nos manda y tiene;
amor gobierna todo lo criado,
con el orden por él al mundo dado.

La tierra, el mar, el aire y más el fuego,
lo visible también con lo invisible,
con lo mudable el eternal sosiego,
lo que no siente y todo lo sensible,
Amor, tú lo gobiernas con tu ruego,
ruego que es mando y fuerça incomprendible;
tu proprio asiento está y tu fortaleza
en la más alta y más eterna alteza.

Y desd'allí, no sólo las estrellas
y los cielos Amor gobierna y manda,
pero manda otras cosas que ay más bellas
sobre'l cielo que más ligero anda;
aquestas mueve así como centellas
una virtud que nunca se desmanda,
virtud que del amor deciende y llueve,
y poco a poco así todo lo mueve.

Aquesta corporal nuestra gran carga,
que nos trae los pechos por el suelo,
tan blanda y diestramente la descarga
que nos haze soplar en alto buelo;
nuestra cárcel nos abre y desembarga,
mostrando la salida para'l cielo,
y después ya de muertos y enterrados,
nos haze que seamos más nombrados.

Ésta fundó las cumbres de Parnaso
y los templos que en Cipro se levantan;
ésta llovió con abundante vaso
cuantos versos d'amor acá se cantan;
ésta texe y compone cualquier caso,
de los casos que siempre nos espantan,
y mueve nuestros pies y nuestras manos
a sentimientos mucho más que humanos.

Ésta hizo que aquel gran Veronés

por su Lesbia cantase dulcemente,
y hizo, por Corina, al Sulmonés,
abrir la vena de su larga fuente;
cantadas Delia y Cinthia las verés
por Tibulo y Porperio juntamente;
todos éstos y éstas se perdieran
si esta virtud d'Amor no recibieran.

Ésta guió la pluma al gran Thoscano
para pintar su Laura en su figura,
y hizo a miser Cino andar loçano,
loando de Salvagia la hermosura.
Y por pasar al vuestro castellano,
ésta puso al de Mena gran altura,
y le movió su alma y su sentido
a cantar 'Ay dolor del dolorido'.

Y al Bachiller, que llaman de la Torre,
ésta esforçó la fuerça de su estilo,
tanto, que dél la fama tira y corre
del Istro al Tago y del Tago hasta'l Nilo.
Y otro, que agora a la memoria ocurre,
que por amar perdió del seso el hilo,
Garci Sanches se llama, ésta le puso
en las finezas que d'amor compuso.

Ésta también al Andaluz de Haro,
le levantó sus versos, levantando,
y le hizo que al mundo fuese raro
sus tormentos d'amor notificando.
Y al de Bivero dio jüizio claro,
sus escritos moviendo y concertando,
y haziéndole, de puro enamorado,
començar 'Si no os uviera mirado'.

Y aquel que nuestro tiempo truxo ufano,
el nuestro Garcilaso de la Vega,
esta virtud le dio con larga mano,
el bien que casi a todo el mundo niega.
¡O su verso latino y castellano,
que desde el Helicón mil campos riega!
¡O dichoso amador, dichoso amado,
que del Amor acrecentó el estado!

Y al grande catalán, d'amor maestro,
Aosias March, que en su verso pudo tanto,

que enriqueció su pluma el nombre nuestro
con su fuerte y sabroso y dulce llanto;
Amor le levantó y le hizo diestro
en levantar su dama con su canto
y en estender su nombre, de tal suerte
que no podrá vencerse con la muerte.

Y aquí tenéis también, en vuestra tierra,
otro, que Gualbes dicen que se llama,
cuyo escribir, en su amorosa guerra,
señala el gran ardor de su gran llama.
De manera que quien d'amar no yerra,
dará y recibirá muy alta fama
y andará por el mundo la su gloria,
renovando en las gentes la memoria.

Conocéis bien, señoras, si ésta puede
dar y quitar la fama al mundo chara,
y sin amar, si es fuerza que se quede
oscura la muger que fue más clara.
Aunque más alto la fortuna ruede,
si falta amor, se pierde todo y para,
como en un punto todo pararía
si alguna vez el sol no amanecía.

Esta virtud compone los efectos
que vemos en el mundo milagrosos;
ésta imprime y gobierna los concetos
que hazen ser los gestos más hermosos;
ésta, en su bien, confirma los perfetos,
y de su mal, aparta los astrosos;
es ésta, en fin, un general jüizio
que jamás hizo a nadie perjüizio.

Ésta os hizo nacer en nuestros días,
amor en vuestros padres inspirando,
como las dos estrellas que son guías
de los que en alta mar van navegando.
Cayera el bien de nuestras fantasías,
dos bellezas acá, tales faltando.
Fuera perder que nunca se cobrara,
faltar vosotras, si el amor faltara.

Amor nacer os hizo, y él nació
al punto de tan alto nacimiento,
dístesle mucho más de lo que os dio,

y en vosotras, de sí, quedó contento.
La fuente fue do tanto bien salió,
mas, ¡ay!, el bien se buelve d'uno en ciento.
El amor y su madre es hecha rica,
con el bien que en vosotras multiplica.

Amor en vuestros ojos muere y bive,
si los cerráis, él muere y él se cierra;
si los abrés, él se abre y él rebive,
y tiro desd'allí jamás le yerra.
Allí trae su cuenta y allí escribe,
los que so vuestros pies muertos entierra.
Haze, en fin, tantas cosas, que se cansa,
pero en lugar está que él se descansa.

Ante'l valor de vuestro acatamiento,
cuanto llega á de ser de grande estima,
vuestro entender a todo entendimiento
apura y adelgaza con su lima.
Y si uviere, en miraros, sentimiento,
que a vuestro ser pudiese ver la cima,
tanto fuera de sí quiçá saldría
que a sí mismo bolver nunca podría.

En vosotras, si os vemos, contemplamos
el más perfeto bien que el mundo asconde;
y si a alguno milagros preguntamos,
con vuestras hermosuras nos responde;
y cuando algún estraño bien dudamos,
mirándoos, cómo está vemos, y dónde,
y en vosotras quedamos informados,
de quanto escrito está por los pasados.

Figuras son y fueron prophecías;
cuanto está escrito en loor de otras bellezas;
cumplidas todas son en nuestros días,
con sólo el bien de vuestras gentilezas.
Devría el mundo hazer siempre alegrías
por esas dos hermosas estrañezas;
devrías'alegrar, pero parece
que a las vezes por esto s'entristece.

El aire, el ademán y la postura,
la autoridad del cuerpo y el semblante,
la biveza, la sombra, la hermosura,
el variar con un gesto constante,

la claridad del rostro, la frescura,
el asomar que mata en un instante:
de cualquier d'estas cosas, quien las viere,
sálvese con su esfuerço, si pudiere.

Por vuestras hermosuras discurriendo,
me pongo en más peligro que devría.
Voy mi seso y palabras recogiendo,
mas su curso á d'hazer la fantasía;
yo veo bien que ¡guay de los que os viendo
contra vuestro poder tienen porfía!
Con esas vuestras manos los tomáis,
y con las otras cosas los matáis.

Las cejas son los arcos que amor flecha,
los rayos de los ojos las saetas
que su llaga mortal traen muy hecha.
¡O multitud de gracias tan perfetas,
que su cuenta, al contar, si justa s'echa,
es para enmudecer cien mil poetas!
¡O, señoras, bien es que no sepáis
el gran poder que entrambas alcançáis!

Y muy mayor vuestro poder sería,
si amásedes así como devéis.
Vuestra hermosura, entonces, crecería
sobre la natural que ya tenéis.
La lumbre del amor alumbraría
cien mil gracias que agora escurecéis,
como la luz del sol, cuando amanece,
alumbra cuanto bien allí parece.

No amando, estáis en noche tenebrosa,
y no esperéis jamás que os amanezca
hasta que os venga una ora tan dichosa
que por Amor deleite se os ofrezca.
Entonces con su luz no ternéis cosa
que en lustre y en valor y en bien no crezca;
y abríseos á, con él, la fantasía,
como con el luzero s'abre el día.

La tierra do no ay sol siempre está fría,
nunca en ella veréis fruto ni flores:
así es el alma al tiempo que porfía
a no sentir el sol de los amores;
su gusto, en su sentir, se le resfría,

con pasmo de sus gozos y dolores;
d'esto al cuerpo le cabe en su desgracia
mal ademán, mal lustre y mala gracia.

Y si estas cosas aún no os an cabido,
es porque el desamor, con su dolencia,
no os á tomado aún todo el sentido,
ni á podido romper tanta ecelencia;
y también el amor tiene creído
que avéis d'hazer enmienda en su presencia;
y así os sufre, señoras, y os espera,
porque tan alto bien así no muera.

Escrito está en las fábulas antiguas
que infinitas mugeres estimadas
fueron, por ser d'Amor siempre enemigas,
en piedras o alimañas transformadas.
No en balde los poetas sus fatigas
pusieron en mentiras tan soñadas,
pues d'esto, que a la letra es vanidad,
se saca en su sustancia gran verdad.

Y esta verdad bien clara se parece:
que el coraçón que en desamar es fuerte,
de lance en lance, veis que se endurece,
y en piedra, poco a poco, se convierte,
y también como bestia se entorpece,
la calidad mudando de su suerte.
Vosotras, pues, con vuestras duras mañas,
guardaos de ser piedras o alimañas.

Cuantas cosas acá vemos hermosas,
si como son hermosas fabricadas,
así también no fuesen provechosas,
serían cosas vanas y escusadas:
la luna, el sol y estrellas relumbrosas
no serían ya vistas ni alabadas,
si honduras no tuviesen y secretos
en el poder de sus grandes efetos.

Hermosas son las flores en los ramos,
y no por solo el parecer bien dellas,
mas porque fruto dellas esperamos,
por eso nos holgamos más de vellas.
Con las aguas la vista descansamos,
pero, si no pudiésemos bevellas,

al tiempo que más claras se verían
más nuestro corazón enfadarían.

Y aún la gran mar con gusto no se viera,
y a todos nos tuviera ya enfadados,
si el tanto navegar della no fuera
y en tanta multitud tantos pescados.
Tan hermoso el abril no pareciera,
si dél los labradores trabajados
no esperasen coger, con sus fatigas,
de muchos granos, llenas las espigas.

Y así entendé que vuestras hermosuras,
si sin provecho son, son escusadas,
y nunca serán más d'unas figuras,
como muchas que vemos bien labradas.
Todos dirán que sois buenas pinturas,
con esto os dexarán bien alabadas,
y quedaréis las dos con vuestra gloria,
como un mármol que queda por memoria.

Sin Amor no podréis ser de provecho,
ni sabréis qué mirar con vuestros ojos,
no os moverá lo dicho ni lo hecho,
baxo ternéis el gozo y los enojos.
De no nada, os verná un civil despecho,
tras el hilo os iréis de los antojos,
de los que sigue el pueblo de confuso,
y en vosotras valdrá también el uso.

Avréis d'andar por fuerça chismeando,
si no estáis en amar bien ocupadas,
acá y allá os verán andar bolando,
haziendo de vosotras algaradas;
pues ya aquel rato que estaréis pensando,
que miserias ternéis también pensadas,
torres haréis, en vuestro pensamiento,
civiles, sobre ser torres de viento.

Todo al revés será si estáis amando:
los oídos sabrán nuevas traeros;
los ojos gozarán d'estar mirando;
las manos holgarán de componeros;
la lengua su plazer sentirá hablando;
y los pies, do querréis, querrán moveros;
todo estará en su natural oficio,

haziendo por Amor blando exercicio.

Las noches dormiréis muy dulcemente,
a ratos acudiendo un pensamiento,
que os haga recordar sabrosamente;
los días, sentiréis un sentimiento,
que os aparte mil vezes de la gente;
deste os verná tan gran contentamiento,
que, d'estar muy contentas y loçanas,
cuantas cosas veréis, ternéis por vanas.

Entonces estaréis, d'estar quebradas,
en mitad de las fiestas, retraídas;
biviréis ociosas, ocupadas
en vuestros sentimientos recogidas;
sobre'l mundo andaréis siempre dobladas,
y andaréis vencedoras, de vencidas;
donde las otras estarán bailando,
vosotras estaréis solas pensando.

Haréis, en fin, si amáis como yo espero,
lo que hazen cuantas cosas son criadas,
todas siguiendo amor por fin primero,
siempre en amar se hallan levantadas.
Las piedras aman su reposo entero,
y al centro, por Amor, son inclinadas;
las plantas ningún fruto llevarían
si en sus tiempos amar no pretendían.

Los otros animales veis que amando
siguen también su natural pasión:
la leona al león va deseando,
y entrambos por amor conformes son.
En fin, todos d'amar biven gozando,
por un instinto y natural razón;
amá, señoras, pues, si no queréis
ser al revés de cuantas cosas veis.

El eternal y universal maestro,
cuando las cosas fabricó y compuso,
en todas, por el bien y plazer nuestro,
un principio de fuego d'amor puso.
Por esta razón, pues, que agora os muestro,
lo natural también vuestro os dispuso
a tener d'aquel fuego la simiente
que está en el coraçón naturalmente.

Tenéisle, mas tenéisle casi muerto
con dureza y costumbre desigual;
cerrado le tenéis, y tan cubierto,
como vemos que está en el pedernal.
Si os hiere el esclavón con golpe cierto,
el fuego saltará, que's natural,
y saltarán tan rezias las centellas
que a todo el mundo queme el ardor dellas.

De vuestro ser entonces gozaréis,
y en vosotras por otro iréis contentas;
amaros eis, amando a quien devéis,
y una cuenta serán todas las cuentas;
vuestras almas en otras las veréis
traspuestas con sus cargos y sus rentas,
y mezclarán en uno sus oficios,
repartiendo en sí sus beneficios.

¿Paréceos mal que estéis imaginando
siempre en aquél a quien vuestra alma distes,
y sepáis que'l está también pensando
en todo lo que hezistes y dixistes,
y que os andéis en mil cosas topando,
alegres aora estando, y aora tristes,
y que en los gestos y ojos os leáis
lo que os queréis, amáis y deseáis?

Qué vida, si alcanzáis dos amadores,
con quien partáis los vuestros sentimientos:
los miedos, los deseos, los dolores,
los plazeres y los desabrimientos;
y bien correspondiendo los amores,
os ayudéis a estar siempre contentos,
y vaya tan igual el armonía
que a todos dé en un punto el alegría.

Cuánto s'á d'estimar uno que quiera
siempre morir por siempre contentaros,
y que en todo lugar, y con quien quiera,
nunca sepa jamás sino alabaros,
y que en vosotras biva, y en sí muera,
y su vida y morir esté en amaros,
y sus plazeres mude y sus enojos,
a cada revolver de vuestros ojos.

Qué gusto deve ser un caimiento
con un cierto desmayo enamorado,
y un sosegado y blando sentimiento,
por mitad de las venas derramado,
y un no sé qué, que está en el pensamiento,
que al corazón descansa fatigado;
y un pensar, si sentís una pisada,
que alguna nueva os traen deseada.

¿Y no es plazer que halléis muchas razones,
para hallar deleite en las tristezas?;
¿y a hurto que escriváis con mil borrones,
y sea el escribir puras llanezas?;
¿y que juntos estén dos coraçones,
produziendo d'amor grandes finezas?;
¿y en cuanto hazéis, pensáis y deseáis,
que'l uno, por el otro, más valgáis?

¿Y no es gusto, también, así entenderos,
que podáis siempre entrambos conformaros,
entrambos en un punto entristeceros,
y en otros puntos, entrambos alegraros?;
¿y juntos sin razón embraveceros,
y sin razón también luego amansaros?;
¿y que os hagan en fin vuestros amores,
igualmente mudar de mil colores?

¿Qué deleite, pues, es desaveniros,
si tras ello sucede concertaros,
y sin porqué mil lástimas deziros,
y luego blandamente perdonaros,
y alguna vez, con lágrimas reiros,
y entre la riza y el llorar quexaros,
y que pare el quexar en mil dulçuras
y en mil enamoradas travesuras?

Puédese bien contar por muerta aquella
que'stos gustos d'Amor nunca á alcançado;
quedarà tal qual queda la centella,
al tiempo que ceniza se á tomado,
que ninguno recibe plazer della,
y en no nada le veis buelto su estado.
Así es la dama que no siente amores,
que nunca da plazer ni dolores.

Es como un ramo del árbol arrancado,

que en tierra está marchito sin su hoja,
que, acá y allá, los vientos l'an echado,
y a nadie de tomalle se le antoja.
La muger, que en su vida no á provado
los bienes con que Amor nos desenoja,
es como cosa deshechada y manca,
que de su cepa natural se arranca.

No sufráis, pues, bivar como cortadas,
de donde las raíces vuestras biven,
ni os consintáis estar siempre apartadas,
de donde vuestros bienes se reciben.
O, señoras, no estáis bien informadas
de los gustos que amando se conciben;
si desto bien alguno os informase,
no terníades cosa que no amase.

Y dígoos más, que mientras extranjeras
seréis d'Amor, y bivaréis desarte,
seréis medias personas y no enteras
hasta que os junte Amor con la otra parte.
Entonces, vuestras glorias verdaderas
el alma os pasarán de parte a parte,
y cuando alguna vez estaréis tristes,
será sólo del tiempo que perdistes.

Poseeréis entonces lo que es nuestro,
vosotras, a nosotros poseyendo,
y así también ternemos lo que es vuestro,
nosotros, a vosotras consiguiendo.
Todo estará sin recibir siniestro;
junto, y en paz, sus obras componiendo.
Y fundará el Amor su monarchía,
conforme al punto de su fantasía.

Esta verdad vosotras no inoráis:
que aunque en esto os faltó la esperiencia,
por puro entendimiento traspasáis
más adelante de cualquiera siencia.
Si tanto pues, señoras, alcançáis,
¿cómo puede bastaros la paciencia
a quitaros vosotras, y robaros,
unos bienes tan grandes y tan claros?

Los vuestros enemigos guerreando,
al tiempo que os hiziesen cruda guerra,

¿qué podrían, corriendo y peleando,
hazer más de tomaros vuestra tierra?
Vosotras hazéis más, que os vais privando
de cuanto bien acá y allá se encierra,
y a puro braço y fuerças, os quitáis
el reino y aun la vida que alcançáis.

En verde edad queréis así secaros,
como cuando seréis viejas formadas,
y en mitad del calor así enfriaros,
como cuando estaréis muy enfriadas:
esto es querer la muerte adelantaros
y sin porqué morir desesperadas.
Y es caso que jamás podrá alcançarse,
en la prosperidad desesperarse.

Bolvé, señoras, pues, sobre la rienda,
primero que'l buen tiempo se resvale,
hazé en buena sazón devida enmienda,
enmienda que'l valor vuestro señale;
biva llama d'amor así s'encienda
en vosotras, que valga lo que vale;
y salgan todas vuestras hermosuras,
embueltas en Amor con sus blanduras.

No resistáis a vuestra reina y nuestra,
la cual nos embió larga jornada,
para mostraros esto que se os muestra
acerca de su ley, sancta y sagrada;
vuestro saber, y la criança vuestra,
no dexen su justicia agraviada;
sino que agradezcáis con mil servicios,
las obras de sus grandes beneficios.

Yo de su parte agora os amonesto
que será, según fueren vuestros hechos,
el galardón o la vengança presto,
con muy largos deleites o despechos.
Así que, en vuestras manos, está puesto
que el bien o el mal os dé vuestros derechos;
por eso estad, señoras, corregidas,
procurando el plazer de vuestras vidas.

No os engañe ni os traiga levantadas
la mocedad y verde loçanía,
que os hallaréis después peor burladas

con el tiempo que burla cada día;
y de suerte os veréis desengañadas,
que engañaros querrá la fantasía,
y no os valrá ni maña ni consejo,
ni miraros mil veces al espejo.

Guardá que mientras el buen tiempo dura,
no se os pierda la fresca primavera;
salí a gozar el campo y su verdura
antes que todo en el invierno muera;
reposá y sosegá en esa frescura,
con el aire que blandamente os hiera,
y así falsas podréis estar, señoras,
sobre'l correr del tiempo y de las oras.

Si fuesen menester aquí argumentos,
para provar esta demanda mía,
pudiera yo traer más fundamentos,
para fundar tan cierta fantasía:
pero bastan los solos sentimientos,
a saber cierto que's la nieve fría,
y el fuego no dirá que no es caliente,
sino aquel que, de muerto, ya no siente.

Y así no ay más en esto que entendáis,
sino que, si acordáis de bien regiros,
vosotras de vosotras os sirváis,
sin querer engañaros ni mentiros.
En tantas estrechezas no os metáis,
que después dellas no podáis saliros,
y no os perdáis en el cerrado puerto,
de miedo de salir al mar abierto.

Mas ¿para qué's andar más alargando,
siendo vuestro júizio de manera,
que no á d'hazer para acertar, andando,
sino seguir de coro su carrera?
Callaré, pues, con esto, así parando,
mas por saber la voluntad postrera,
que sobr'esto en vosotras está puesta,
bolveremos acá por la respuesta.»